Fray Mocho

REVISTA SEMANAL



"DE LOS TIEMPOS ROMANTICOS"

Por D. Luna

N.° 841

AVENTURAS DE PIPIRI













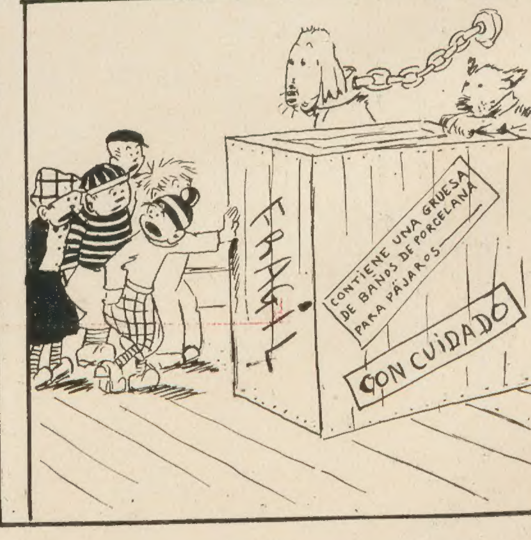












FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912. Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVII Buenos Aires, junio 5 de 1928 N.º 841

Ni con linterna, por Rojas



—¿Es Diógenes?
—Sí; pero en vez de buscar un hombre, busca a Melo y a Gallo, que nadie sabe donde se han metido...

EL NAUFRAGO

Por Francisco Camba

(CONCLUSION)

—Recuerde el momento y sea razonable. ¿Qué arte se requiere para quitar la cartera a quien las olas ya están registrando los bolsillos, y además cree firmemente no volver a necesitar dinero?

Todavía, desconfiado, el capitán le clavó unos ojos escrutadores:

—Hábleme con nobleza. Si usted quiere, que estos señores salgan y dígamelo a mí solo. ¿Está seguro de lo que afirma? ¿De veras no es usted un ladrón?

—Soy más bien todo lo contrario.

—¿Palabra?

—Recuerde que he venido en su buque.

—Pues tenga entonces mi mano.

Y al estrechar la del náufrago, el capitán miraba a Julita, cual si las de ella estrechase más bien.

V

Julita, sin embargo, no fué tan dichosa como después de estas tranquilizadoras explicaciones habíase animado a soñar. Aclarada así la personalidad del náufrago y sabiendo que, afortunadamente, no se trataba del aventurero a quien tío Alejandro tanto temía, ¿cuál pudiera ser la razón de no hablarle más claro? ¿Por qué, sintiéndola estremecida de amor en su presencia, no pronunciaba jamás la palabra comprometedora ni le pedía un beso nunca? Ladrón audaz y elegante y buen alma en el fondo, como le creyó hasta entonces, todo estaba justificado. Justificada aquella simpatía con la cual sabía hacerse dueño de cuantos llegaban a tratarle, justificada la clase magnífica de su ropa interior y justificado principalmente que, enamorándose de una mujer de otro mundo, se contuviese antes de arrastrarla a su vida azarosa. Mas de no ser lo que se pensó hasta entonces, ¿cómo este contenerse y la ropa elegantísima y una simpatía tal? Allí había indudablemente otro misterio. Y se desesperaba, incapaz de comprender cuál fuese.

—¿De qué misterio se tratará? ¿Qué clase de hombre es éste?

Quién fuere, cuál su patria, la razón de vestir interiormente con elegancia tal, todo esto lo relegó pronto a planos subalternos de su alma. Si algo la preocupaba ya, era únicamente el silencio de aquel hombre respecto a cosas que, según sus cálculos, ya había debido hace tiempo decirle. Y sola una tarde ante la solana, palideció toda a una idea que se le acababa de ocurrir:

—¿Tendrá novia en su tierra?

Tan dolorosa era la idea, de tal modo insufrible, que se esforzó por apartarla. ¡Novia en su tierra, y no parecía a gusto más que donde ella estuviese! ¡Novia lejana, y teniendo tanto que contarle, Julita estaba segura de no haberle puesto una carta siquiera! Imposible. Y, sin embargo, tan enamorado como de ella parecía y tan audaz como todos los informes lo presentaban, lo cierto era que allá iban ya días suficientes para todo, y nada le dijo aún, limitándose a suspirar desesperado, como quien siente sobre su felicidad el peso terrible de una losa. Una especie de luz reveladora descendió entonces a su espíritu:

—¡Aquí, indudablemente, anda tío Alejandro!

Y levantándose en el acto, marchó a verle, exigente y seria. ¿Qué le había dicho de ella al náufrago? ¿Fué capaz de contarle toda aquella historia de que estaba comprometida y sólo se casaría con el novio por su familia dispuesto? ¿Fué? Y golpeaba el suelo con el tacón de los zapatitos, y clavaba en tío Alejandro unos ojos devoradores.

—Porque ahora mismo lo llamo y le digo que no le haga caso ninguno. Yo me casaré con quien me dé la gana, y ustedes no tienen por qué meterse en mis cosas.

—Pára el carro.

—¡Pero si esto clama al cielo!

—Pára el carro, Julita.

—¡Si esto que ustedes conmigo hacen no tiene nombre!

—Te digo que pares el carro.

Convencido tal vez de la imposibilidad de conseguirlo con sólo sus dotes de persuación, dió un paso hacia ella y le sujetó las manos.

—¿Qué te preocupa a ti? ¿Qué te pone de este modo? ¿El miedo a que yo enterase al náufrago de tu situación?

—Naturalmente.

—Pues estate tranquila.

Y cuando Julita comenzaba a respirar con el dulce consejo, he aquí que tío Alejandro añade:

—Estate tranquia, que no ha hecho falta.

—¿Cómo? ¿Qué dice?

—Mirando por tu felicidad y por el nombre de nuestra casa, pensé un día en hablarle y ver de cortar a tiempo una afección imposible. Pero entonces, interpretando equivocadamente mis primeras palabras, creyendo tal vez que yo iba a quejarme de su conducta para contigo, no confesándote de una vez que te quería, va y me dice que es el hombre más desgraciado del mundo.

—¿Por qué, tío Alejandro?

—Porque el pobre no puede soñar en enamorarse de mujer alguna.

—¿Qué se lo impide? ¿Es casado?

—Como si lo fuese. Sin consultársele a él siquiera, su matrimonio está tratado hace tiempo, y no hay, según parece, manera de romper este compromiso. Hombre altanero e inflexible el padre del náufrago, no le dejaría siquiera hablar del asunto. Y parece además que hay todavía otras poderosísimas razones. De ese matrimonio depende, por lo visto, la paz de dos familias y hasta la felicidad de todo un pueblo.

Pálida como una muerta, Julita dejóse caer en un sillón. Tío Alejandro comentó entonces:

—¡Ya ves qué caso tan parecido al tuyo!

—No lo es tanto, no, señor, ya que él se resigna, y yo, desde ahora, ni hablar quiero oír siquiera del novio que ustedes me dan.

—Porque eres una chiquilla rebelde y mimosa que no atiende a razones ni a nada. Pero escúchame, por tu bien. No se me oculta cuánto el náufrago se te está metiendo en el alma, y creo sinceramente que nada peor puede ocurrirte. Oyeme, Julita: ese hombre no será nunca para ti.

—¿Usted qué sabe? ¿No dice que su caso es tan parecido al mío? ¡Pues puede llegar a serlo del todo, y hacer como yo: no querer casarse con la mujer que le imponen!

—No, sueñes, Julita, no sueñes.

Y tío Alejandro se le acercó con dulzura.

—No sueñes, que podía ser muy amargo el despertar, pues aquí hay misterio y gordo. Tu caso y el de ese hombre, aun cuando tan semejantes, no son, desgraciadamente, idénticos. Al darme a entender que su matrimonio obedecía a razones de Estado, no había, lo noté bien, en tales palabras un sentido metafórico, como cuando nosotros nos referimos al tuyo. Y desde entonces he meditado bien en el suceso, he estudiado detenidamente al joven y hoy tengo mi idea. Escucha.

ORACION A DON QUIJOTE

Dame tu caballo, señor don Quijote;
y, sin que me ayude ningún Gangolín,
cruzaré estas tierras de Castilla al trote,
lanza en astillero, sobre tu rocín.

Préstame tu adarga de pulido cuero,
rey de los Orlando y los Galaor;
dame tu bravura, loco caballero;
dame tu lirismo, noble soñador.

Príncipe que honraste la Caballería,
préstame tu vieja lanza señorial;
espejo de hidalgos, dame tu hidalguía;
germen de ideales, dame tu ideal.

Dame tu energía férrea y castellana,
que con los bellacos quiero ser cruel,
y tundir a palos a la turba humana
de estos Ginesillos de nuevo troquel.

Caballero andante, lírico Quijano,
préstame tu yelmo glorificador;
dame la fiereza santa de tu mano
para que en las luchas salga vencedor.

Señor de los pobres y de los dementes,
y de los que nunca dejan de sufrir,
y de los que luchan, nobles y valientes,
en esta batalla dura del vivir...

Danos la fragante flor de una caricia,
que nos comunique todo tu valor
a los que tenemos hambre de justicia
y soñamos con un mundo superior.

Campeón egregio de los campeones,
presta a nuestras almas tu sinceridad,
y unge de pureza nuestros corazones
y arma nuestro brazo de amor y lealtad.

Paladín glorioso de los paladines,
llena nuestras almas de fe y de ilusión,
clava tus espuelas en nuestros rocines,
pon en nuestras manos tu viejo lanzón.

Amador insigne de los amadores,
que en toda la historia no encuentras rival,
danos la ceguera de aquellos amores
que han hecho al Toboso fulgir inmortal.

Para que en las almas juveniles brote
de los sueños santos y la fe la flor,
danos tu demencia, señor don Quijote;
danos tu admirable locura, señor.

Sé para nosotros romántico y bueno,
alienta a los locos de tanto soñar
y dulce y piadoso, acoge en tu seno
a los que cayeron después de luchar.

Escucha la Salve de los peregrinos
que tras de tus huellas caminan también;
de los que marchamos por estos caminos
de la vida largos y tristes...
Amén.

Salvador VALVERDE

Acercóse más tío Alejandro, sentándose en una de las abrazaderas del sillón, y acariciando dulcemente las manos de Julita:

—¿A ti no te han chocado ciertas particularidades suyas? ¡Un individuo que, apenas llegado a un barco de lujo, se hace notar de toda la gente! ¡Un sujeto que roba una cartera sin darle a esto importancia alguna, y al explicárselo a todo un capitán de Marina le habla como haciéndole un favor! ¡Un náufrago que se queda sin un real y no se preocupa de esto, y a mí, el dueño de la casa donde está acogido, no se cree en la obligación siquiera de decirle quién es, y a ti misma, sobrina mía, señorita de educación y de rango, trata, bien lo veo, como a la criadita avispada y lujosa el gran señor! Sí, mujer, sí; no te trata de otro modo. Tal vez le gustes, que también gustan a veces las criadas; pero no pasa de ahí. Sabe muy bien que sería comprometerse, y tal vez se contenga por lástima; pero de todos modos, ya ves. Tengo mi idea, tengo, ¿y quieres que te la diga? Para mí es que se trata de un Príncipe.

—¡De un Príncipe!

—Un verdadero Príncipe.

Julita se había incorporado en el sillón, abiertos los ojos, la faz llena de preguntas, y el otro insistió:

—El heredero de alguna casa reinante, que hacía en ese buque un viaje de incógnito.

Y a pesar de que Julita, allá en Bergando, se había reído muchas veces del loco volar de aquella fantasía de tío Alejandro, entonces pareció anonadarse.

—¡Dios mío! ¡Un Príncipe!

VI

Desde aquel momento gozó melancólicamente de su amor. Fruto prohibido, si bien bastaba a llenarla de gozo, era con esa amargura que tienen los días felices cuando se sabe la felicidad ya próxima a morir. Ella y el náufrago seguían paseando por los bellos caminos de la isla; de vuelta del paseo, sentábanse en el jardín que formaba atrio a la vivienda, acercábanse a veces al rústico muellecito donde por las tardes solían atracar lanchas pescadoras, y de noche, después de la cena, apartábanse aún hacia el rinconcito más solitario de la galería. Sin embargo, ya nunca, en ninguno de estos lugares, por solitarios y propicios que fuesen, atrevíase Julita a provocar la confesión hasta entonces anhelada. Sabía bien cuán imposible le era a aquel hombre hacerla, y en posesión de su secreto, un solo gozo le quedaba:

—Sin embargo, me quiere.

Tenía la prueba en aquel modo tan fijo de mirarla, en sus suspiros cada vez más hondos, en la pena ensombreciéndole a veces la faz. Y, sobre todo, había una razón de la más alta elocuencia. Fortalecido otra vez el brazo, curado totalmente de sus heridas, ni por casualidad hablaba aquel hombre de marcharse. Pequeña la isla, despoblada casi y sin elementos de distracción, aparte los paseos bucólicos, tan poco atrayentes para un hombre de su juventud, ¿qué le detenía allí sino ella y el gusto de escucharla? No importaba siquiera que el tiempo, ya muy entrado el otoño, comenzase a meterse en lluvias obligándolo a confinarse entre las paredes de la casa. Detrás de los cristales quedábase a gusto viendo llover, con tal de verla a su lado. Tío Alejandro le decía a veces:

—Pero ¿este hombre, cuándo se va?

—No sé nada.

—Pues ya va siendo hora de que nosotros levantemos el vuelo.

Temió ella que así lo hiciese, y complicó a tía Aldonza en el asunto. La buena señora habló de lo bien que aquella temporada de aislamiento y quietud estaba realmente sentándole, y tío Alejandro, interesado cada vez más en la caza de la isla, y convencido respecto a Julita de que contra todo puede lucharse menos contra el Destino, cedió. Venturosamente, además, el tiempo, aliándose con ella, volvió a secarse y a adquirir la dulzura de los últimos días del verano. Ya otra vez no se rizaba siquiera la radiante superficie de las aguas, ya no se sentían por las noches aquellos terribles bramidos del viento, ni por las mañanas despertaba la isla envuelta en lluvia y como asustada y aterida entre tanta humedad y desamparo. Julita se felicitó ante el náufrago.

—Estaba viéndole a usted marcharse.

Y él se encogió de hombros sorprendido, como si aquella idea ni le hubiera pasado aún por el pensamiento. Que lloviese o que hiciese sol, que se le obligara a encerrarse en casa o le fuese posible pasear por los bordes de la isla, a él todo esto le daba lo mismo. Lo único que quería era tenerla a ella a su lado, y así, los días grises y los días radiantes, las tardes de encierro y las tardes de libertad, éranle igualmente luminosos y felices. No habló, que de ciertas cosas nunca hablaba. Con los ojos y el gesto, sin embargo, parecía decirle claramente:

—Si de verdad me quiere, no se preocupe de que me aburra y me marche. Yo, por mí, no pienso marcharme nunca.

Pero no se lo decía claramente; seguía rodeado en aquel misterio de los primeros días, sin aludir jamás a su condición ni mencionar siquiera qué clase de obligaciones le forzaban a encerrarse en tal mutismo. Notaba ella, así, y todo, que el mundo de donde venía no parecía tener para aquel hombre interés alguno, y si en algo se esforzaba era en olvidarlo. Todo su mundo se reducía ya a la isla venturosa en la cual le fué dable conocerla y de la que no quería resueltamente apartarse. Por eso tal vez no escribió carta alguna, por eso todo lo callaba respecto a sí que creyesen cuanto se les antojase, pero que no viniese nadie a sacarlo de allí.

Y si bien le agradecía todo esto, desesperábase al darse cuenta de que nada más había de ocurrir entre ambos. Con toda la altura de su nacimiento, él ganábale, desgraciadamente, en alcurnia, y jamás descendería hasta ella. Gustábale, no podía dudarlo; la amaba, tal vez; tal vez cuando tuviese que dejar aquellos lugares los dejaría con sincera pena. Pero la amaba tan sólo como se ama a la mujer de clase inferior. A su lado no era ella más que la modistilla graciosa junto al estudiante que en su pueblo tiene una rica y bella heredera esperándole. Con la modistilla el estudiante pasará horas las más felices; de ella se acordará, indudablemente, la vida toda; será un recuerdo que en cierto modo se la perfume. Pero tan pronto vuelva a su pueblo, el amor y la gracia quedarán relegados a secundario lugar, y el estudiante, ya hombre de carrera, arrodillaráse en un templo al lado únicamente de la novia de su mundo.

Y estas ideas, lejos de sublevarla, la fueron calmando más bien. Muchachita reflexiva y generosa, a tiempo que saboreaba la felicidad inmensa de aquel amor, no por oculto menos vigoroso en el corazón de su náufrago, estaba ya gozando la voluptuosidad amarga del sacrificio. Amándolo tanto, no podía truncarle el porvenir, ya que no sólo se trataba de unirle a otra. Tal vez no fuese lo que tío Alejandro creía. Pero, si no heredero de una casa reinante, de la realización de su tratado matrimonio dependían cosas de la mayor trascendencia. Y ella, segura de que insinuándose más, obligándole a decir una tarde todas las palabras en su corazón dormidas lo ligaría indudablemente a su destino, ¿pudiera animarle a semejante paso? ¿No era el amor precisamente sostén y auxilio del hombre a quien se ama? ¿No estaba en esto la piedra de toque de su verdadero valer?

Dispuesta así al renunciamiento, buscaba por veces la soledad del jardín, frente al mar y como encima del puerto. Las mujeronas que pasaban ovilladas en la red del marido o del hijo, deteníanse a saludarla y hacerle preguntas respecto a todo: al tiempo que aún le quedaba de estar allí, al genio del tío y a la salud del náufrago que en su casa seguía. Al tocar este asunto, las voces hacíanse tan pronto graves como picarescas.

—¡Y la señorita, que tanto se disgustó de venir, y venía en busca de su suerte!

—Cuentan que es un Príncipe, señorita.

NOSTALGIAS

Hay hombres que discurren con el pecho; son los que meten corazón en sus discursos. Otros no discurren; son la mayoría de las gentes, que han venido al mundo para hacer país. Viven en sus casas con sus mujeres, criando los hijos que mañana habrán de ocupar los huecos que ellos dejen, para que el país tenga siempre el mismo o mayor volumen. Un país se relaciona con otros; cuando uno se extiende demasiado, hay guerra; cuando no, hay paz. Tal es el objeto de los países.

Desde mi despacho oigo el ruido de los motores en las fábricas vecinas y veo en el mar buques en faenas de carga y descarga. Todas esas cosas son muy graves; me dan idea de miles de inquietudes encerradas en mundos que aparecen eternos e infinitos a los industriales y a los mercaderes. Temo que a alguno de esos motores les ocurra un percance o que uno de esos barcos no pueda despachar hoy.

¡Sería horrible! Temo por esas gentes, que vinieron a la tierra para alimentar unos hijos y ganar dinero. Hemos nacido para esos menesteres. Yo no me río, no me puedo reir. También yo vine al mundo para ser negociante, y, si me quedo en ideólogo, no tendré ni prole ni dinero. Y no tener nada es un lujo que se paga muy caro. Volar sobre todas las cosas para verlas perder sus grandezas en la distancia es muy divertido; pero un día tenemos que volver a la tierra. Y menos mal que lleguemos con vida. Nuestra pena es después, porque habiendo visto las gentes tan diminutas, no es fácil acostumbrarnos a verlas de tamaño natural. Siempre que aterrizamos entre hombres con quienes vivimos un día en el mismo plano, nos bailan delante de los ojos, pretendiendo alcanzar magnitudes que ya no tienen para nosotros. Cuando se han dominado todos los horizontes, nos asfixiamos en zonas limitadas, sin luz ni aire suficientes. Las pobres gentes no saben de nuestras penas, de nuestras nostalgias. Han oído hablar del alma como ha oído hablar el pastor que existen grandes ciudades con bellas plazas y espléndidos jardines. ¡El alma! Debe de estar allá...

Ni el dolor, que redime tantas cosas, los redime a ellos, porque si lloran alguna vez es por la muerte, y nunca por la vida. Así lloran, con llanto que fecunda, los que discurren con el corazón y les duele el pecho tras de sus discursos. Forman estos hombres un todo con la vida; no con la del momento, la del motor que ahora trabaja o la del buque que descarga ahora, sino con la que el tiempo encierra en sus mallas y gime en el encierro sintiendo la nostalgia de un reino perdido, como las esclavas que han sido princesas y sueñan sueños de melancolía.....

V. GARCIA MARTI.

Ella se encogía de hombros dolorosamente. Nada había de lo que las cándidas mujeres se imaginaban, y respecto a lo otro, ¡qué querían que les dijese, si no sabía nada!

—Pero ¿él no le ha dicho aún quién es?

—No; de veras. Ni una palabra.

—¡Querrá darle la dulzura de la sorpresa cuando sea la ocasión! Pero que se trata de un Príncipe, no lo dude siquiera. De Príncipe, al menos, tiene las trazas todas. Tiene la galanía, señorita, y tiene la arrogancia y, más que ninguna otra cosa, la generosidad con que nos habla a los pobres. ¡Ay, ojalá esto resulte! ¡Qué felices íbamos a ser nosotros entonces! Porque la señorita no se olvidaría de este peñasco florido, donde le conoció, ¿verdad? Y Princesa buena como ninguna, compraría la isla a los avariciosos dueños de ahora, y así como al presente sólo viene de tierra a nosotros el cobrador de las contribuciones, y del cielo la triste lluvia invernal, vendría el perdón de las deudas y el maná de toda dicha. Que sea el Príncipe que usted se merece, señorita, ya que esto forzosamente ha de acabar en bien.

Y allá se alejaban, parleras, comentando unas con otras todavía el suceso.

VII

Una tarde detúvose ante ella aquel extraño hombre que había venido a hacer de la isla su lugar de refugio, y a quien todos allí llamaban cariñosamente el tío Rey Mago. Persona que aún leía libros y ha tiempo recorrió el mundo largo, llevando en las manos, como uno de los magos reyes de la leyenda, el oro para los pobres y la mirra y el incienso de la felicidad para los infelices, al oír sus preguntas, Julita sintió una honda alegría en el corazón. Sin precisar concretamente nada, aquel hombre parecía en la sospecha de algo muy extraño y muy dulce. Notaba ella, al menos, que, si preguntaba, no era sólo por el sencillo afán de meterse en la vida de otros. Traba más bien de esclarecer lo sospechado, y así mostrarle tal vez un camino para la ventura.

Preguntó, pues, el noble viejo que con cuáles palabras precisas enteró el náufrago a tío Alejandro de aquel matrimonio convenido sin consultar su voluntad siquiera. Preguntó respecto a la cara que el jóven ponía al quererse saber de dónde era. Y habiendo Julita respondido con la mayor exactitud que le fué posible, el viejo de las barbas nevadas comentó sencillamente:

—¡Bien!

Una luz extraña y extrañamente esclarecedera pareció haberse hecho en los ojos de aquel hombre. Pero como nada más le dijese y la luz venturosa se apagara de pronto, también se apagó al instante la esperanza, un momento encendida, en el corazón de Julia. El dulce Rey Mago, que un día supo dejar en el regazo de una niña mendiga, a quien halló durmiendo, todo cuanto dinero llevaba para ver su alegría al despertarse y hallar consigo aquel tesoro, no dejaría sobre ella la felicidad. Dependiente ésta de otras voluntades, ¿qué podía hacer en su obsequio el generoso hombre?

Otro tan sólo podía dársela entera. Pero éste, tan capaz de ideas atrevidas y propias, no tenía, no, el arranque de audacia que resolviese venturosamente su destino. Amándola, como no podía dejar de reconocerlo, limitábase a aquella satisfacción secundaria de seguir a su lado ocioso y sin prisa. Y ni de amor le hablaba, temiendo comprometerse, temiendo acaso a la arrogancia de su corazón femenino, que tan pronto le oyese confesión semejante ya estaría sujetándolo para siempre. Y el desobediente así de los suyos, obligado tal vez a no regresar nunca a su patria, tenía miedo; tenía miedo a quedarse sin la opulencia de su casa, sin la fortuna que debía heredar. ¡Miedo cobarde a ganarse la vida quién supiese en dónde!

El amor que hacia él sentía pareció así aflojarse un tanto. Allá abajo estaba viendo a las mujeres que momento hacía pasaron junto a sí. Trabajaban afanosas en el arastre de la pesca, sin otra esperanza de recompensa que la ganancia de un pedazo de pan, y Julita recordó sus palabras de poco antes y, no queriendo destruir del todo las ilusiones de su corazón, pensó que tal vez el náufrago tuviese constantemente delante de los ojos visiones análogas, y por eso callaba y por eso no era capaz del gran arranque. Más generoso que ella, le daba, por el contrario, una lección con su conducta. No. Desgraciadamente, ninguno de los dos tenía derecho a la conducta egoísta de quienes nacen en el mundo sin ciertas obligaciones. El abandono de la novia que allá lejos le buscaron, equivalía a encender la guerra en una tierra no por remota menor digna de las dulzuras de la paz. Una tierra donde había hombres que la metralla destrozaría, y corazones de madres y de novias destrozados igualmente y al mismo tiempo. Y Julita, sin ser de verdad una Princesa, era también heredera de grandes responsabilidades y nobles deberes.

Caía la tarde con inefable dulzura, y a pesar de que ni el menor soplo de aire sacudiese las hojas de los árboles y rizase la superficie del mar, sintió un hondo frío viendo a las gentes de su comarca abandonadas por ella, que tanto las quería, y a merced de aquella familia ambiciosa y bárbara con uno de cuyos hijos le tenían dispuesta la boda.

—No puedo, no, abandonar a mi pobre gente. Casada con ese hombre, yo sabré hacerles mucho bien todavía. Imposible soñar en ninguna otra cosa.

Húmedos los ojos de lágrimas irreprimibles, los levantó entonces hacia el tío Rey Mago, que inmóvil ante ella parecía tener entre las barbas una sonrisa de la mayor dulzura y un gesto en todo el rostro de infinita sagacidad. Como si hubiese seguido el vuelo triste de sus pensamientos y cuál si comprendiera cuanto por su corazón pasaba, sonrió con extraña sonrisa prometedora:

—No se angustie de esa manera, que el Destino, tan cruel generalmente, tiene a veces ocurrencias de una generosidad asombrosa.

En los ojos del dulce hombre había vuelto a encenderse aquel resplandor de alegría con que Julita, minutos antes, fué tan dichosa. Y el resplandor parecía iluminarlo ya todo: la faz entera del hombre, y la adustez de la isla, y el horizonte del mar, y las perspectivas infinitas del mundo.

—Una pregunta, señorita: ¿sabe ese joven quién es usted?

—No, señor. Nunca se lo he dicho. Por no tener que contarle ciertas cosas, he preferido que me creyese de aquí.

—Pues no lo desengañe y espere.

Julita le clavó los ojos implorantes y devoradores.

—¿Qué es esto? ¿Qué sabe usted?

—Nada, no sé nada todavía; pero creo adivinarlo todo. Guíese por mí. Las cosas hay que procurar hacerlas bonitas. No le diga nada de esto que hemos hablado, y espere, repito.

—¿A qué?

Meditó el viejo un instante:

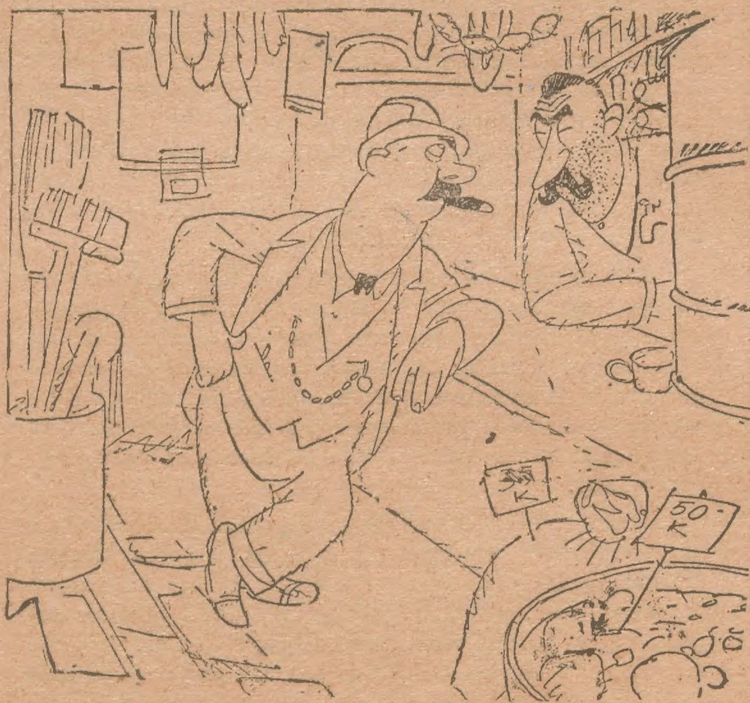
—A la felicidad que usted se merece.

Por sugestión de la leyenda de aquel hombre, por miedo a destruir la virtud de sus palabras tan prometedoras, en las cuales aleteaba tan ardiente poder de conjuro, Julita calló, en efecto. Pero los días pasaron sin traerle la ventura prometida, y acabó por sonreír amargamente:

—¡Qué locura! ¡Esperar tanto de un pobre hombre que sueña despierto, cuando ni un verdadero Rey Mago tal vez lo pudiera hacer!

VIII

Absurda era, indudablemente, la idea que, a fuerza de pensar en las



—¿Por qué has sacado al chico de la escuela?

—Porque me lo estaban echando a perder, enseñándole que el kilo tiene mil gramos.

LA VOZ QUE DICE...

Ven, pobre peregrino que caminas en vano
del Amor y la Muerte por el duro camino,
amante sin amores, vivir no es tu destino.
Yo sé el solo rincón de paz. Dame la mano.

Vendrás conmigo al templo de la triste alegría.
Conocerás tu sombra. En el jardín las gracias
de la paz hallarás. Y descanso, y acacias.
Irás la blanca senda de la melancolía.

Yo calmaré esa ansia de vida de que mueres,
y, a la divina hora de la tarde violada,
te diré lentamente cómo todo se olvida.

Te infundiré el beato miedo de los placeres...
Yo te daré el gran libro que no trata de nada,
y aprenderás a estar solo toda la vida.

Manuel MACHADO.

palabras de aquel hombre, había acabado por ocurrírsele. ¡Miren ustedes que tanto temerle al novio impuesto, y tanto desesperarse porque este otro, aun amándola tanto, no pudiese casarse con ella, para resultar finalmente...! ¡Bah! ¡Estaba loca! Cosas así sólo en las novelas suceden, si acaso. Sólo a una imaginación devota de lo asombroso pueden ocurrírsele. Celosa de los fueros del sentido común, a ras de tierra casi siempre, la realidad no le da, desgraciadamente, a los conflictos sentimentales soluciones tan poéticas.

Y, en efecto, el tiempo pasaba y nada sorprendente ocurría. Encerrado en el mutismo habitual respecto a ciertos asuntos, el náufrago allá continuaba saliendo con ella, viéndola bordar por las tardes en la galería, hablándole en las veladas nocturnas de cosas vagas e imprecisas; pero con palabras que, si bien nada apenas le decían, gustaba ella, al menos, como la más dulce música. Julita, a su vez, inconscientemente temerosa de romper algún conjuro, obedecía a las órdenes del tío Rey Mago, y nada tampoco preguntaba, dejando al tiempo la respuesta. Ya, por otra parte, ésta no podía retrasarse mucho. Tío Alejandro tornaba a hablar de irse, y aun cuando el cielo seguía tranquilo, las tardes enfriábanse demasiado.

Una de ellas, poco después de mediodía, bordada Julita en el jardín, delante del mar, al abrigo de una tapia donde el sol venía a remansarse, y el náufrago a su lado estaba diciéndole las cosas bonitas de costumbre, cuando levantó hasta él los ojos, sorprendida. Había callado de repente y, cubierto el rostro de una palidez extraña, miraba a lo lejos, a la punta de la isla que hacia su derecha limitaba el horizonte, y por detrás de la que asomaba majestuosamente un barco.

—¿Qué tiene?

Y no hizo falta que el náufrago respondiese siquiera a su pregunta. El barco, tan extraño en tales aguas, con su airosa silueta y su brillante pintura, no seguía mar adelante, sino que doblaba, ciñéndose a la isla, en busca seguramente del puerto. Y era tan bonito y tal porte tenía de yate real, que Julita lo comprendió todo, y adiós sueños un instante acariciados de que aquel hombre, aclarando su personalidad, se convirtiese en el hijo de don Atilano Martínez, a quien creyó odiar tanto y al cual amaba ahora con toda su alma. Más bien haríanse verdad las fantasías de tío Alejandro, y Príncipe verdadero el que a su lado estaba; sorprendía tan sólo no ver al buque que en su busca venía enarbolando un real pabellón. Tal vez esto no pudiera hacerse en aguas extranjeras. Tal vez el pabellón sólo se izase en los buques cuando el Príncipe navegaba a bordo.

A pesar de que él callaba, no repitió la pregunta. Pero tras el lento y largo callar, aquel hombre, después de levantarse y dar por el jardín unos paseos nerviosos, detúvose de pronto ante ella:

—Temo que esto se ha acabado. Que se ha acabado el encantamiento de esta isla, donde hasta ahora he sido el ser más feliz del mundo. No sé quién ha podido enterar a los míos de donde yo estaba, que no escribí carta alguna ni dije a nadie lo que me ocurría; pero conozco los buques de mi casa, y ¿ve usted ése que hacia nosotros se acerca? Pues, desgraciadamente, viene por mí.

Acercábase, era cierto, cada vez más, y ya lanzando al aire un agudo y vibrante cantar de la bocina, como la voz de un cíclope que hiciese un llamamiento. Mas entonces, venturosamente para las ilusiones de Julita, aquel hombre, tan resignado a todo, tuvo de repente el arranque de rebeldía durante mucho tiempo esperado. Sujetándole por primera vez una mano, acercándole los labios hasta rozar los suyos, exclamó impetuosamente:

—Pues que se vuelva, que yo no me marcho. Estoy loco por usted, Julita, y aquí me quedo. Aquí me quedo siquiera hasta ver de marcharnos a algún sitio donde me sea posible ganar el sustento de los dos.

Y, acercándose aún más, acabó por prenderle los labios perdidamente.

—¡Yo no renuncio a usted! Yo lo prefiero todo a dejarla.

Tímidamente, con miedo de verlo arrepentirse de sus palabras, aludió Julita a aquella amenaza de guerra suspendida sobre un pueblo si él desairaba a la mujer que las conveniencias nacionales le habían buscado para esposa. Y el bálsamo dulcísimo de las palabras del amado volvió a descender en tibias oleadas sobre su corazón.

—¡Que se hunda el mundo, pero yo no la pierdo, Julita! Y además, no exageremos, que la cosa no es para tanto. ¡Guerra! ¡Conveniencias nacionales! ¿Qué se figura de mí? ¿Que soy el heredero de un reino? No, Julita, no. Soy un hombre que hasta ahora le temía a la vida y no osaba desobedecer a su padre. Pero mi padre, que sólo sueña con dominar sobre esas tierras de enfrente, ya que está viudo, puede casarse con la heredera de los antiguos dominadores. Yo sólo me casaré con usted.

¡Qué alegría en el corazón y en los ojos y en la faz entera de Julita! ¡Qué ganas de gritarle a aquel hombre que era lo mismo, y casándose con ella realizaba el sueño de su padre! Pero se contuvo. Había visto avanzar, con la satisfacción de su bella obra, al tío Rey Mago, y quiso darle la alegría de que él enterase a Abelardo. Y, en efecto, aquel hombre, sonrió dulcemente.

—¿Usted cree, según acabo de oírle, que ese barco tan bonito viene por usted?

—Estoy seguro.

—¿Por quién entonces?

Sonreía amarga y escépticamente como quien sabe de antemano que no pueden darle ninguna respuesta tranquilizadora. Pero también se sonrió el otro, con la sonrisa del hombre que está en todos los secretos.

—Viene por la novia.

Y mientras Abelardo miraba a Julita, desconfiado aún, y al viejo de las barbas nevadas, como interrogando a la representación del Destino, el tío Rey Mago añadió, temblándole las barbas de emoción y alegría:

—Ese otro buque que ahí asoma, es el de usted.

Otro asomaba, en efecto, y el viejo terminó, feliz y radiante:

—La hija de unos Condes como los de Bergando no puede viajar con su prometido. Pero tampoco estaría bien que a usted se le quitase el contento de darle la debida escolta.

EL IDEAL

¿Qué es un hombre sin ideal? Nada, absolutamente nada: cosa viva entregada a las eventualidades de los seres extraños, y de que todo depende, menos de sí misma; existencia que, como el vegetal, no puede escoger en la extensión de lo creado el lugar que más le gusta, y ha de vivir donde la casualidad quiso que brotara, sin iniciativa, sin movimiento, sin deseo ni temor de ir a ninguna parte; ser ignorante de todos los caminos que llevan a mejor paraje, y para quien son iguales todos los días, y lo mismo el ayer que el mañana:

El hombre sin ideal es como el mendigo cojo que puesto en medio del camino, implora un día y otro la limosna del pasajero. Todos pasan, unos alegres, otros tristes, éstos despacio, aquéllos velozmente, y él, sin aspirar a seguirlos, ocúpase tan sólo del cuarto que le niegan o del desprecio que le dan. Todos van y vienen, cuál para arriba, cuál para abajo, y él se queda siempre, pues ni tiene piernas para andar, ni tampoco deseos de ir más lejos.

PEREZ GALDOS.

Gluck, el inimitable

Por Eduardo Zamacois

—Desengañate, pobre Cluck, yo no puedo deslumbrarme con las hiperbólicas ofertas de un hombre vulgar... La mujer que, como yo, levanta nueve arroba con los dientes, no se apasiona por ningún calzafraque sin corazón. El dueño y señor de mi albedrío será más fuerte que yo, más valiente que yo.

—¡Adriana! — murmuró el payaso ruborizándose.

—No me supliques... tus súplicas me exasperan rebajándote a mis ojos, porque toda súplica rebosa una debilidad. De los tres menguados que más decididos parecéis a molestarme con vuestras serenatas de amor, no quiero a ninguno. Nemo, el domador de leones, es valiente, pero tiene menos fuerza que yo y su apocamiento me disgusta... Parece un niño atrevido a quien podemos vapulear a telón alzado, si nos molesta. Los brazos de Alsini, el rey del trapecio, reconozco que son más vigorosos que los míos, pero Alsini es una bestia de carga, sumisa y cobarde. Le desprecio... En cuanto a tí, que pasaste la vida diciendo chistes, y que no tienes la fuerza del uno, ni diste muestras de atesorar la bravura del otro... A tí, mi pobre Gluck, no quiero juzgarte... Adiós.

Así habló Adriana Carmezza, la orgullosa italiana que recibía sobre las espaldas una bala e cañón de treinta kilos arrojada desde una gran altura, y levantaba nueve arrobas entre sus dientecillos de osezno, pequeñines y blancos. Y Gluck, "el inmitable", permaneció de pie, los brazos cruzados sobre su robusto pechazo de atleta y los ojos muy abiertos para no llorar.

Hasta los cuartos de los artistas llegaban los murmullos amenazadores del público que iba invadiendo las galerías; aquella noche Adriana Carmezza celebraba su beneficio y, como en obsequio a la beneficiada, la empresa organizó un programa magnífico, la concurrencia era enorme. Cuando resonaron los primeros acordes de la orquesta, los artistas refluyeron hasta el callejón que conducía a la pista: la representación iba a empezar...

El único que, abstraído en sus imaginaciones permanecía ajeno a todo aquel movimiento, era el payaso Gluck; Gluck el inimitable.. Estaba disfrazado de salvaje, la cabeza adornada por un vistoso penacho de plumas, las caderas ceñidas por un faldellín salpicado de relucientes lentejuelas, y las piernas y los brazos embadurnados de negro y adornados con sendos anillos de oro... Inmóvil, fuerte y mudo, como un picacho basáltico.

Casi todos los artistas que por allí pasaban, maravillados de su actitud, le dirigían alguna burleta o le daban en el hombro un amistoso golpecito.

—¿En qué piensas, Gluck... Gluck, ¿qué tienes?

Y Gluck, el Inimitable, les miraba sin responder. Luego, cuando vió pasar el atlético Alsini balanceándose sobre sus membrudas piernas de jayán, y a Nemo, aquel héroe que había puesto el pie sobre el lomo de tantos leones amansados, el payaso sintió que los celos le mordían el corazón y que sus mejillas echaban fuego. Después pasó Adriana.

—Adiós, Gluck — dijo.

En aquel momento el público aplaudía un ejercicio y todos los acróbatas se agolparon en un extremo del corredor, junto a la pista. Gluck y Adriana se hallaban en la sombra, tras unos bastidores. Ella vestía de negro: sobre el escote del corpiño se insinuaba el seno opulento y de marmóreas dureza y blancura; el cuello era grueso, el rostro expresivo, con una belleza varonil de amazona espartana; los ojos alegres y dominadores. El payaso se acercó a ella y cogiéndola fuertemente por una muñeca, la atrajo hacia sí.

—Adriana — repitó, — Adriana... ¡quiéreme!...

Lo dijo de golpe, sin preámbulos, con ese laconismo brutal de las pasiones supremas; laconismo que daba severidad y valimiento a su sencillo disfraz de salvaje. Ella sonrió desdeñosa.

—¿Otra vez?

—¡Cómo no... si eres mi vida, si cuando te alejas de mí parece que me arrancan el alma!... ¡Adriana, dame una esperanza y no consigas con esos desvíos que sea célebre esta noche de tu beneficio!... ¡Adriana, que me pierdes!... Ella, irritada por la orden que envolvía aquella súplica, le rechazó vigorozamente.

—¡No! — dijo.

El payaso exhaló un grito agónico y llevóse ambas manos a la cabeza con además de trágica desesperación; pero Adriana, furiosa, no satisfecha con desesperanzarle, le insultaba.

—¡No me satisfaces!... Eres cobarde, eres débil. Los fuertes no mendigan lo que pueden obtener por ssu puños, y tú suplicas... ¿Lo comprendes ahora? Me repugnas; me repugnas y te odio. Vete, vete, que no me sirves...

Sus palabras caían como mazos de batán sobre la cabeza de Gluck, que gemía sordamente. Después, cuando ya le juzgó bastante castigado y maltrecho, dió media vuelta y se alejó moviendo sus caderas amplias y firmes que parecían destinadas a engendrar una raza superior; Gluck, el Inimitable, quedó apoyado contra la pared, la cabeza sobre el pecho y flaqueándole las piernas, en la actitud de un salvaje herido.

Momento después, cuando Adriana Carmezza scalía a la pista pagando con sonrisas amables los aplausos del público, Nemo y Alsini reaparecieron, trayendo cada uno de ellos un gran ramo de flores. Al verles, volvió a resonar en los oídos de Gluck el apóstrofe de Adriana: "Vete, que no me sirves..." y, enloquecido, les cerró el paso.

—¿Para quién son esas flores?— exclamó con voz que el coraje tremolaba siniestramente.

—Para Adriana — repuso Nemo sin inmutarse.

Los tres hombres se miraron sañudamente: todos se odiaban desde que el Destino permitió que una misma mujer sirviese de norte a sus deseos, y en aquel momento casi se holgaron de tener un pretexto a qué asirse para dar vado a su antiguo rencor. Estaban en un carrejo obscuro abierto entre dos bastidores altos...

—A esa mujer — dijo Gluck, — nadie la obsequia más que yo.

—Quita, payaso — contestó Nemo subrayando la frase con dañina intención.

Pero Gluck, el Inimitable, se precipitó sobre él y arrebatándole el ramo de flores lo arrojó al suelo, despedazado.

—¡Al que dé un paso — gritó, — le parto el alma!!

Ni Nemo el domador de leones, ni Alsini, podían luchar con Gluck, porque al primero le faltaba la fuerza y al segudo el valor; más en aquel momento la furiosa acometividad del payaso les indujo a unirse en formidable alianza.

—Retírate, bruto — dijo Nemo.

—¡Atrás—agregó Alsini a quien vigorizaba el esfuerzo temerario del domador.

Pero Gluck, fuera de sí, arremetiólos sin contestar; su primer golpe fué para Nemo, el segundo para Alsini; dos puñetazos de titán furioso que resonaron con un sordo crujido de huesos. Entonces comenzó una lucha terrible; Nemo había caído al suelo, pero levantóse en seguida y arremetió al payaso; este ladeó el cuerpo hurtando un golpe de su rival, contestó con otro y Nemo volvió a caer... Mientras, Alsini descargaba sobre la cabeza de Gluck su brazo de hierro. Era una lucha de colosos; la lucha formidable por la "posesión de la hembra", de que habló Darwin.

Y entretanto, sofocando el seco estallido de aquellos golpes furibundos, llegaban hasta los combatientes, como ráfagas huracanadas de entusiasmo, los aplausos con que el público premiaba los ejercicios de Adriana Carmezza.

En momentos tales, Gluck el Inimitable, se revolvía con la agilidad y el denuedo del jabalí que hace frente a la jauría. Unas veces se agachaba prestamente para coger a su enemigo por la cintura y voltearle; o se recrecía para herir desde arriba, o brincaba para evitar un golpe, mientras su brazo, aquel brazo vengativo negro y musculoso como el de un cíclope, giraba infatigable, machacando cráneos. Enardecido hasta el paroxismo por el furor de la pelea, Gluck el Inimitable valía por ciento; según los casos, se cubría, se retrepaba, defendiéndose o atacando, pero siempre incansable y terco, magullando a sus enemigos con recios golpes, y exasperándoles y aturdiéndoles con denuestos. Cada puñada, era un tiro; cada insulto, un salivazo.

De pronto Alsini y Nemo coincidieron en sus ataques y Gluck vaciló: por la nariz y por los oídos derramaba borbotones de sangre. En aquel momento Alsini cogió un martillo; Nemo un puñal; Gluck un formón.

Entonces la lucha fué breve: al primer choque Alsini rodó por tierra, moribundo, y Nemo y Gluck quedaron solos, retándose con la mirada:

—¡Sobra uno de los dos! — murmuraba el payaso; — ¡uno, uno!..

—¡Tú! — repuso Nemo.

Y se acometieron: Gluck paró la cuchillada de su rival con el brazo; Nemo la paró con el corazón, y cayó muerto.

Horrorizado de sí mismo, Gluck el Inimitable, echó a correr; iba con los ojos fuera de las órbitas, anhelante de fatiga, chorreando sangre, y aquellos hililos rojizos se coagulaban formando sobre su pecho y sus hombros desnudos, extraños arabescos. Al llegar al corredor, todos los artistas, que por allí andaban retrocedieron espantados, mientras Gluck les miraba estúpidamente, buscando un rostro que no hallaba. En aquel momento reapareció Adriana que volvía de la pista sonriente y cargada de flores; Gluck, al verla, corrió hacia ella lanzando un grito de macho vencedor. Adriana palideció hasta la lividez, y bajo la acróbata viril que levantaba nueve arroba con los dientes, reapareció la hembra, dulce y tímida.

—¡Sóla mía!...—exclamó Gluck; —¡más valiente que Nemo, más fuerte que Alsini!...

Y repitió varias veces:

—¡Sólo mía!...

Después, sujetando a Adriana fuertemente por las muñecas, murmuró con ese acento de rencorosa satisfacción del hombre que puede vengarse devolviendo ojo por ojo.

—Ahora, dime; ¿sirvo?...

FIEBRE

El tiempo dió en grabar sus agresivas
huellas sobre tu ser; y una tras una,
huyendo fueron, mustias y furtivas
tus ilusiones de mejor fortuna.

Vencida a las urgencias extorsivas
de sentirse muy lejos de la cuna,
fuiste a calmar tus ansias redivivas
donde la paz y la virtud se aúna...

Frente a Jesús de Nazareth, el triste,
renunciaste al amor que concebiste
y con él, al hogar, al mundo, al nombre...

Y, lejos de ceder, creció tu pena
cuando mostró la esfinge nazarena
su inanimado músculo de hombre!

M. CIRES IRIGOYEN

EL HIJO MUERTO

Por Carola Prosperi

Mauricio la había estimado siempre profundamente, pero como mujer era otra cosa. Muy profunda era la diferencia entre aquellas dos naturalezas esencialmente opuestas, para que pudiesen entenderse.

Diferían en todo: ella era feúcha, delicada; él era sano, fuerte, buen mozo; ella era religiosa, casta, austera; él, despreocupado, temerario, egoísta, habituado a una vida de placeres continuos. En el fondo, ambos se despreciaban.

Lo único que los unía era el niño, pero queriéndolo separadamente también. Ella iba de la cama a un sillón y de éste a un sofá, enferma, deshecha, sin encontrar consuelo ni en la religión ni en el llanto y no teniendo más que una esperanza, un deseo: morir.

Mauricio, después de haber estado encerrado en su habitación como un animal salvaje, sin querer mostrar su dolor a nadie, había salido de allí, envejecido, adelgazado ,con los ojos mortecinos, la boca contraída en un gesto amargo, para emprender nuevamente sus tareas. Al llegar a su escritorio nadie se había atrevido a decirle una palabra, ni él tuvo el valor de hablar. Sentado ante su mesa, escuchaba lo que le decía en voz baja su empleado principal, perdiéndose en un laberinto de nombres y números.

Parecíale todo nuevo, como si le hubiese envuelto una ola de olvido.

Los negocios . ¿Qué negocios?... Los amigos . . ¿Qué amigos?... Las mujeres . . ¿Qué mujeres? ¿Tenía realmente una amante cuando Pablito cayó en cama enfermo?

Sí: aquel mismo día había vuelto muy tarde a su casa, entreteniéndose en la de Enriqueta, quien estaba algo enferma.

—¡Qué hermosa era Enriqueta!... ¡Qué alegre, qué vivaz!... ¡Y cuánto lo quería!... Pero ahora, ¡qué lejos estaba de su pensamiento!

Suspiró penosamente, tratando de escuchar al empleado, pero no veía sino una cosa: a Pablito vestido de blanco, detrás de los cristales, haciendo con la manecita el ademán de adiós...

¡Y Pablo había muerto!

—Bueno—contestaba al empleado,—ya veremos... Tengo que pensarlo... Ahora no entiendo muy bien... Después, después...

Quedóse solo y cerró los ojos, midiendo la amplitud de su dolor que no tenía ni la sombra de un consuelo. ¡Oh!... ¡Una palabra de esperanza, algo fresco que calmase aquel ardor que le abrasaba el corazón!

Alguien, alguien que con su ternura supiera consolarlo, darle ayuda, ilusionado piadosamente...

Como respuesta a su angustioso llamado, la campanilla del teléfono sonó largamente. Un empleado acudió, pero Mauricio había ya tomado el tubo y lo despidió con un gesto.

La voz velada, lejana, de Enriqueta, preguntó:

—¿Eres tú, Mauricio?

—Sí, yo.

—¡Ah! ¡Por qué no has venido? —se lamentó dulcemente.—He estado tan enferma... ¡Creí que me moría!... Me levanto hoy por primera vez... ¿Y no sabes una cosa?

—¿Qué?

—He tenido un niño... Es pequeñito, pero lindísimo... Tiene ojos y cabellos negros... Lo criaré yo... Mi marido estaba loco de alegría... ¿Y yo?... ¡Jamás imaginé emoción semejante!... Solo me faltabas tú, o al menos una carta tuya explicando tu ausencia.

Mauricio temblaba como si alguien le estuviese echando agua helada por la espalda. Veía la casa de su amante: la joven madre loca de alegría, el viejo marido encantado con su presunta paternidad, el ir y venir de parientes y criados, la llegada de regalos y flores ,toda la suave alegría de aquel acontecimiento como cuando nació Pablo.

No podía verter ni siquiera una lágrima. Tenía el corazón destrozado por algo que era a la vez dolor y rabia, como si dentro del pecho se agitase una furia. Le parecía que iba a volverse loco. Y viendo a la mujer arrodillada junto a la cama, con la cara espectral y ojos extraviados, empezó a mesarse los cabellos y a gritar:

—¿Pero no hay nadie que quiera matar a esta infeliz?

La mujer no pareció oírle. La monja, que estaba sentada rezando el rosario, se estremeció y elevó la voz; las dos sirvientas palidecieron y hasta el mismo médico retrocedió un poco.

—Amigo mío—dijo—tenga usted valor.

—Bueno, bueno—repuso brutalmente Mauricio,—pero llévense de aquí a esta desdichada... ¡Se necesita ser de piedra para no conmoverse!

La mujer se dejó arrastrar por las sirvientas hasta la puerta sin saber lo que hacían, pero cuando comprendió que querían apartarla de allí, escapó de los brazos que la sujetaban y se arrojó sobre el niño muerto llamándolo con desgarradores gritos:

—¡Pablo!... ¡Pablo!... ¿Por qué no me contestas?

Pero entonces fué Mauricio el que se arrojó sobre ella, levantándola en sus brazos para llevarla fuera. Ella se aferró a su cuello, sollozando, y así atravesaron el largo corredor hasta que Mauricio entró en el dormitorio y puso sobre el lecho a su esposa.

—Dadle algo—dijo al médico y a la sirvienta que le habían seguido; —un narcótico, cualquier cosa que la haga dormir, que la insensibilice...

Así pudo volver al lado del muertecito y contemplarlo a su gusto en el gran silencio de la habitación vacía, tratando de comprender, de darse cuenta—¡tan absurdo le parecía aquello!—que aquella criatura fría, inanimada, de labios blancos y párpados morados, era Pablito, su hijo.

No era fácil comprender un hecho tan monstruoso. Pocos días antes. Pablo era un niño sano y alegre, rubio, gordito, que al salir Mauricio iba corriendo a despedirlo.

—Un besito, papá—decía alzando la carita radiante.—Dime.. ¿cuándo sea grande podré salir contigo?

—¡Eh, eh!... ¡Cuándo seas grande! — decía sonriendo el viejo criado que ayudaba a su patrón a ponerse el sobretodo.

—Cuando seas grande — observaba Mauricio, bromeando, — no querrás salir con papá porque será viejo.

—No, no — insistía el niño — Siempre con papá.

Y una vez que Mauricio bajaba la escalera, corría a la ventana y miraba a través de los vidrios el automóvil que se alejaba. Luego iba a reunirse con la madre. Era ésta una mujer alta, delgada y rubia, de aspecto tímido y enfermizo, más bien fea y siempre vestida con austera elegancia. Sólo tenía de hermoso los grandes ojos negros, aterciopelados, que parecían velarse de apasionada ternura cuando miraban al niño. Lo adoraba, rodeándolo de toda clase de cuidados y no permitiendo que lo tocasen las sirvientas.

No podía soportar que nadie se ocupase de Pablito. Como madre,



—Afortunadamente es un agente de tr fico.
—¿Cómo afortunadamente?
—Sí, porque no puede denunciarnos la infracción.

MEDITACION

A Francisco Costa Dordán, poeta; en recordación

Si dudas y te abates en hondo desconsuelo
y ya a atinar no alcanzas con la soñada cumbre,
no te arredres en vano, tiende tu vista al cielo;
¡ha de venir un día que la aurora vislumbre
a tus ojos la llama celestial de tu anhelo!

Medita en la amargura y en el placer, medita;
escuela de los hombres es la meditación;
¡en tu sien hay un algo muy noble que palpita
con las alas gigantes que presta la razón
en el suave crepúsculo de esa hora infinita!...

Ejerce el santo oficio del pensador sereno,
haz culto de ese llanto que en tus pupilas brota
y tén para tu alma la fé del Nazareno;
¡la calma te preserva de ir a la derrota
y a cada pensamiento te has de sentir más bueno!

Santigüate en la pila lustral de la poesía
y eleva tu oración al Dios único y bello;
¡con todos tus quebrantos haz tu filosofía
antes que el tiempo crudo borre de tu cabello
las hebras predilectas de tu magna energía!

JOSE RAMON GONZALEZ

Montevideo.

—Pero, tú, ¿Por qué?... ¿Por qué?...

El contestó con voz dura, cortante:

—¿Sabes por qué? Porque en estos días he perdido a Pablo.

—¿Cómo?... ¡Perdido! — contestó la voz después de unos segundos de silencio.

—Perdido... ¡Muerto!

—¿Eh?

La voz fué un gemido ahogado, casi un sollozo.

—¿Muerto?... ¿Tu Pablito, muerto?... ¿Pero cómo?...

—De menningitis.

Parecía qué Mauricio experimentase un placer feroz en martirizar con aquellas respuestas crueles. Y como la voz callase, agregó con más dureza aún:

—Ya ves: a tí la alegría, a mí el dolor... ¡Qué lejos estamos uno de otro!

—Oye—dijo la voz entrecortada por los sollozos:—Dios ha querido consolarte con la llegada de este otro... Piénsalo... El niño...

—¡Calla!

Para mitigar aquella imposición brutal, agregó:

—Podrían oirte... Imprudente!

—Dime... ¿vendrás?... Te consolaré, te consolaremos...

—Nadie puede consolarme.

—Te lo suplico... El tiempo calmará tu pena. Otro afecto substituirá a aquél.

—¡Calla!—repitió Mauricio.—No sabes lo que dices; nada puede substituir a un hijo muerto.

Temió que Enriqueta contestase:

—"¿Ni otro hijo?", y terminó desesperadamente.

—Otro Pablo no volverá.

—No me trates así — gimió la voz.—Prométeme que vendrás.

—Iré.

—Que Dios te consuele.

—Gracias — repuso Mauricio amargamente.

Y cortó la comunicación.

Aunque Enriqueta estuviese sinceramente afligida, sus lágrimas se secarían muy pronto al ver a su hijo. ¡El hijo de Enriqueta!... ¡Y suyo también!... ¡Suyo aquel niño a quien el viejo marido engañado, acariciaba con ternura enseñándolo a todos con orgullo!... ¡Suyo aquel niño nacido en otra casa, bautizado con otro nombre y apellido, mimado por gente que no conocía!...

¡Suyo aquel niño que le llamaría "señor Mauricio" y que sólo podría besar a escondidas!...

No, no. La paternidad sólo podría sentirse con el hijo legítimo, nacido en su casa y destinado a llevar su nombre: el hijo, el verdadero, era el de la amante predilecta.

Y el anuncio de aquel nacimiento lo irritaba en lugar de consolarlo y le hacía pensar con envidia y amargura en aquella casa extraña donde gritaba un niño, mientras la suya, muda y fría, estaba convertida en una tumba.

No: no iría a ver a Enriqueta... Preferiría pasar algunas horas en silencio en el cuarto de su mujer, esperando a que ésta mejorase para poder ir juntos a llevar flores al muertecito. ¡Qué lejos estaba de su corazón en aquel momento la bella y feliz amante!

Y en cambio, ¡cuán cerca, la pobre mujer vestida de negro, anonadada por el dolor!...

Y Mauricio estalló en sollozos, sin saber si sus lágrimas eran para la madre infeliz o para el niño muerto.

AL CORRER DEL TREN

Mi compañera de viaje no cesaba de dar muestras de sed y de cansancio. Verdaderamente aquella caminata de kilómetros y kilómetros, dentro de un departamento por el que se filtraban los ardores de un sol de estío era para extenuar a cualquiera, máxime si como en la presente ocasión, mi compañera de coche era joven, bella y de aspecto exquisitamente delicado.

Varias veces levantó su cabeza hacia el "thermos" que descansaba en una de las perchas. Varias veces lo destapó, esperando encontrar en su interior alguna gota de agua que refrescase, aunque no fuese más que momentáneamente, sus labios resecos. Pero no consiguió nada. ¡Hacía ya tanto tiempo que el "thermos" no contenía una sola gota!

Entonces fué cuando se dirigió a mí para interrogarme ¡Tengo una sed!

—¿Sabe usted si falta mucho para la estación próxima. Me sonreí dolorosamente y contesté luego:

—Aún tardaremos cerca de una hora en llegar a Tentueby, que según tengo entendido, es la estación más cercana.

Ella calló, para decir más tarde:

—¡Qué desgracia! ¡Daría lo que fuese por unas gotas de agua!...

Ahora es cuando comprendo lo que deben sufrir los pobrecitos camellos. Pero.. ¿usted no lleva nada de agua? Yo le agradecería en el alma...

Quedé en silencio durante un rato; luego—soy un hombre educado y al fin y al cabo se trataba de una mujer y de una mujer guapa — le dije:

—Si le es a usted lo mismo un trocito de hielo... Ahora que sólo un trocito, ¿eh??

Creí que se desmayaba de placer.

—No sabe lo que le agradezco...

Salí del departamento y poco después regresaba con una partícula de hielo.

—Muchas gracias, muchas gracias... Se lo agradezco mucho — me repitió al tiempo que se lo introducía ansiosamente en la boca.

Pero aquéllo fué sólo un alivio momentáneo; nos faltaban aún cuarenta y tantos minutos para llegar a Tentueby, cuando mi compañera de viaje comenzó nuevamente a dar señales de la sequedad de sus labios. Yo opté por hacerme el distraído, y me puse a mirar por la ventanilla No estaba por acceder de nuevo a calmar su sed.

Mas ella me repitió nuevamente:

—¡Oh, caballero!... No sabe usted lo que lamento volver a molestarle pero... ¡si fuera usted tan amable que me proporcionase otro trocito de hielo!... Aunque sea más pequeño... Yo se lo ruego...

Me resistí durante un rato. Al fin no tuve más remedio que acceder y marché por otro pedazo de hielo, sobre el que se lanzó ávidamente mi compañera de departamento

Un cuarto de hora más tarde la volvió a acometer de nuevo la sed. En el modo de mirarme comprendí que iba a pedirme otro pedacito. Y antes de que la petición saliese de su boca, grité:

—¡No, señora mía, de ningún modo! Me es imposible darle más. Hágase cargo... Si sigo dándole hielo, el cadáver de mi pobre tío... ¡va a llegar muy descompuesto!

Carlos QUINCEY

Para medir la temperatura del sol y de las estrellas

Mediante la instalación, sobre una pequeña ecuatorial del Observatorio de París, de un fotómetro heterócromo de su invención, ha podido medir la temperatura del sol y de algunas estrellas el astrónomo francés M. Carlos Nordman. El conjunto del aparato, que lleva dos prismas de Nicol, que graduan un haz de luz pulverizada, puede girar alrededor de su eje.

Los rayos de una lámpara eléctrica, que hace de estrella artificial, colocada enfrente de la abertura, atraviesan los prismas de Nicol y lente divergente y son reflejados después hacia el ocular de la ecuatorial. Entre el foco y el ocular normalmente al eje del anteojo y sobre el trayecto común de los rayos luminosos de la estrella observada y del astro artificial, va dispuesto un recipiente móvil que contiene varias vasijas con líquidos coloreados rápidamente intercambiables. De este modo, el astrónomo vé una serie de estrellas monocromáticas de la estrella estudiada y de la estrella artificial. Para obtener las medidas le es suficiente comprobar la igualdad de brillo de las dos imágenes en medio de dos prismas de Nicol, provistos de círculos graduados, que se disponen en el trayecto de los rayos del astro artificial.

Este método facilita, de un modo independiente, las causas de los errores subjetivos inherentes a los procedimientos anteriores, la medida y las relaciones de las luces globales de las estrellas. Si en efecto, los espectros de dos fuentes distintas poseen una intensidad idéntica en su parte media, pero, al mismo tiempo, manifiestan grandes diferencias de brillo en sus extremos, la fuente a obtener está preponderante en el azul a la temperatura ordinaria y comparándolas con las de llama de temperatura conocidas, el procedimiento de medición óptica de temperaturas astrales no puede ser más sencillo. Así, Nordman, ha comprobado, que la temperatura del sol llegaba a 5.320 grados superior a la del arco eléctrico que es de 3.600.

Cómo es y cómo piensa el Presidente de la Cámara de Diputados de la Nación, doctor Andrés Ferreyra (hijo.)

El hijo de el autor de "El Nene" aquel maestro inolvidable que no quiso para sí los laureles de los legítimos méritos de su vida, que fué apostolado y oración patriótica de noble educador, es asequible y enteramente democrático. Recientemente la cámara joven lo ha honrado por segunda vez con la dirección de la misma, en una votación que ratifica su confianza y simpatía.

Andrés Ferreyra (hijo) ha sido en sus veinte años, en épocas de estudiante secundario, poeta y periodista. Y hasta hoy mantiene viva la vinculación con la prensa, a la que estima y aplaude.

—¿Un reportaje? — No, no, absolutamente. Me he trazado una línea de conducta que, no quiero quebrantar de ningún modo y por ninguna razón. Y no es por no facilitar el empeño periodístico tan meritorio y laudable. Lejos de ello. Vasta y honda es la misión de ustedes.

El legislador — presidente, nos habla con franqueza, sin preámbulos, con una cordialidad y precisión que se halla a tono con sus convicciones ciudadanas.

—Conversaremos...

—Con muchísimo gusto. Esta visita de FRAY MOCHO es para mi grata. Siempre alterno y es un placer que experimenta ello, con amigos periodistas, ya que yo lo he sido en otros tiempos.

—¿Recuerdos de otrora?

—Con algunos muchachos compañeros de estudio, fundamos y organizamos la Federación Universitaria Argentina, hace veintiún años Para mí es una satisfacción infinita este hecho que renuevo siempre con la evocación del pasado estudiantil.

Nos muestra un folleto.

—Aquí figuran los nombres de los concurrentes a las primeras reuniones del centro iniciado por una inspiración que tuve, en colaboración con mis camaradas, muchos de los cuales hoy ocupan altos cargos públicos y otros se destacan en el foro, en el cuarto poder y en la cátedra profesoral.

—¿Qué opina de la hora actual?

—Pienso que en esta democracia en que vivimos la obra es de todos y para todos. Que no se debe a uno solo. Y cuando leo alguna interviú a determinado político que no busca al acceder a la curiosidad periodística más que un afan inusitado de publicidad, me repugna. Esos hombres que no se mueven más que por intereses menguados, adoptan posturas solemnes y con rumbosidad se proclaman salvadores o prohombres de la patria. Desgraciadamente las posiciones las escalan con mayor facilidad los políticos que son en su mayoría los menos meritorios que aquellos servidores del país que luchan dentro de su esfera de acción muchas veces enorme aunque no visible, con su talento, profesión y hombría de bien. Por eso no estoy de acuerdo con los reportajes que son hechos tantas veces a hombres que no buscan otra cosa que la figuración que adorne



Doctor Andrés Ferreyra, presidente de la cámara de diputados de la Nación

sus menguadas personalidades.

—Pero nosotros buscamos a los que tienen valor y señalamos sus prendas de carácter, su obra, sus pensamientos y sugestiones para que el lector extraiga el espíritu de exquisiteces y no se deslumbre con el espejismo con que la retórica de los adulones recubren la vaciedad de los ineptos y ensalza la vanidad de pavos y alcornoques.

—Sí; muy bien, aunque desgraciadamente no siempre se encuentran los entrevistados con personas de la prensa de tan alta y pura inspiración.

Todo ciudadano debe aspirar a triunfar en la vida y culminar. ¿No recuerdan Uds. la anécdota de Sarmiento y Quirno Costa?

—No.

—Era Presidente de la República don Domingo Faustino Sarmiento y empleado de la Casa de Gobierno, el joven Quirno Costa. Un día este último necesitó dirigirse al primer magistrado para solicitar no sé qué concesión y resolvió hacerlo por escrito. Redactó la nota en términos respetuosos y protocolares: "Tengo el honor de dirigirme a S. E.... etc."

El viejo sanjuanino se hallaba en su despacho cuando recibió la solicitud. Al empezar su lectura frunció el ceño, notablemente. Mandó llamar al que subscribía. Ya en su presencia lo interrogó, mirándolo con energía y penetración de observador: ¿Por qué comienza Ud. el escrito, diciendo "Tengo el honor"?

El muchacho, que era tímido, ante el Presidente hallábase poco más que emociando y nada lograba dominar su turbación.

Al contemplar su estado Sarmiento masticó una pregunta más reconfortante: "¿Acaso no piensa Ud. en llegar a ser Presidente de la Nación?".

Los ojos del interrogado brillaron. Su cortedad impuso la respuesta: "No, señor". "Pues muy mal hecho", replicó, Sarmiento, "todo argentino, debe tener altas miras y no asombrarse de que pueda llegar un día a la más alta función pública".

Así, repito. Como la labor de todos y cada uno forja la grandeza de la patria, en este gran ejército que es el pueblo, todos hacemos y contribuimos al producto colectivo. Yo no pensé, siendo niño, que llegaría a ser lo que soy. Máxime habiendo visto a mi padre, un hombre superior, de grandes cualidades que no había sobresalido del marco de una consideración que estaba lejos de llegar a la que merecía.

¿Quién puede predecir los destinos de un adolescente? Quién sabe lo que alguno de Uds. llegará a ser. La democracia lleva a los hombres como los vientos de un mar a los barcos que ostentan desplegado su velamen en los mástiles enhiestos. Nada difícil sería que viera mañana al culto mozo estudiante que un día me visitó en mi bufete de abogado para reportearme, exaltado en el sillón curul de Rivadavia.

Soy un hombre que pienso y ejecuto. Busco la acción y me oriento con las convicciones y los conceptos que me he formado yo solo. Entiendo que el hecho de llevar el nombre de un progenitor ilustre no enaltece mientras el heredero no pueda llamarse digno de usarlo con orgullo. Y para esto se requiere ser como su precedesor—, honrarlo y si las condiciones y virtudes allanan el camino glorificar el apellido legado sobrepasando valores si ello fuera posible.

Había en una ocasión un hombre de rancia aristocracia que ostentaba con soberbia pergaminos y condecoraciones, títulos que acreditaban su nobleza de sangre. Su comportamiento desmentía en absoluto la respetable tradición de sus antepasados pues era un pillo, cobarde y felón. Así muchos casos.

Cada uno debe labrarse su propio escudo de méritos y acreditar nobleza—, descontando la que pueda haber heredado.

El doctor Ferreyra — cesa de hablar. Se reconcentra mientras su mirada denuncia la gimnasia mental que produce el ordenamiento de los recuerdos y las deducciones que la reflexión señala.

Al retirarnos repite:

—No he dicho nada. Reportaje no.

Y la silueta varonil y enérgica del diputado y Presidente de la Cámara de Representantes se destaca en actitud bizarra frente al retrato del doctor Hipólito Irigoyen, el ilustre jefe del Partido Radical, dentro del cual todos luchan por los ideales cívicos que dieron vida a la institución política y orgánica que es un solemne, vigoroso y admirable movimiento de opinión nacional.

R. C. V.

EL CALIZ DE FUEGO

Y bailé sobre mi alma que sangraba en silencio,
con toda la locura de mi sangre mortal...
e hinqué las siete espinas de mis siete deseos
en la pálida frente de un moribundo ideal.

Dios permitió el martirio, y apartado de mí,
dejó pasar el grito de mi concupiscencia,
hasta que al fin la gracia, doloroso rubí,
se abrió—cáliz de fuego—en mi obscura conciencia

Sentí entonces el trágico anhelo de ser puro,
y al tirarme en el polvo del arrepentimiento,
soñé que de mi cuerpo brotaba humilde junco,
que una eterna elegía suspiraba en el viento...

FERNÁN FÉLIX DE AMADOR

SALVAJE

Por Valentín García Saiz

La tarde agonizaba lentamente. Mientras el sol iba ocultando su disco enmelenado de rojo trás el confín lejano, en las llanuras galopaban tropillas de sombras hasta escalar las colinas, borrando los últimos charcos de luz dorada.

El canto melancólico de una calandria posada sobre un árbol solitario en la sierra, fué rodando de barranca en barranca.

Imperaba el mismo silencio de todos los días, y la mansa quietud de la hora ponía su broche de tristeza en las almas.

Había una ventana abierta que daba al campo y en ella estaba una criolla joven, de gran palidez en el rostro y de profundas ojeras. Con los codos apoyados en el marco y ambas manos en la faz—como si estuviera sosteniendo el peso de su cabeza—con ojos rociados por lágrimas secretas, miraba insistentemente la larga culebra del camino que se extendía en la ladera de la cuchilla. Y su mirada se alargaba, se alargaba al escrutar el sendero envuelto por las sombras donde cada vez se hacían más densas.

Sus brazos se quedaron como agarrotados, y al enderezar el cuerpo, de su pecho salió un suspiro largo, venido de muy hondo, y, con amargo acento, dijo:

—¡Hasta cuándo, Claudio, me vas hacer sufrir! ¡No comprendés que sin vos la vida pa mí no tiene apego!

Después de breve pausa le habló al campo, tal vez a las sombras.

—¡Todas las tardes a la mesma hora lo espero y nunca yega! ¿Por qué es tan malo habiendo sido yo con él tan güena?

—¡Rosaura!—sonó una voz gruesa y pausada a sus espaldas.

La muchacha, sobresaltada, quiso hablar y no pudo. Después, al ver en la puerta a su padre, exclamó, yendo a sus brazos:

—¡Tata!... ¡Tatita!

Era la única hija de ese buen criollo; la quería entrañablemente. Desde días atrás le seguía los pasos, temiendo que por culpa de aquel gauchito ingrato que supo mentirle amores, terminara todo con un desenlace fatal. El la había visto adelgazar, la había visto perder el apetito poco a poco, y, como buen padre, decidióse hablarla, aconsejarla. Prendió la lámpara de la salita y en seguida dijo:

—No te vayás... vení, sentate acá, al lao mío.

Ella acató dócilmente, y al tiempo de tomar asiento preguntóle:

—¿Hacía mucho rato qu'estaba, tata?

—Ricién llegaba — contestó.

—¡Si viera qué susto me ha pegao!

El padre, al tiempo que señalaba el rostro de su hija con el índice de la mano diestra, dijo con gravedad:

—¡Vos, Rosaura, has estao yorando!

—No... tata...

—¿Y qué hacías en la ventana hablando sola?

—¡Yo... hablando!...

—Si... has estao hablando. Mirá... m'hijita... yo te vengo oservando dende hace mucho tiempo. Te estás poniendo como animal avichao... no comés... te venís cada vez más flaca, y si seguís asina, te vas a enfermar de endeveras. Yo demasiao me doy cuenta cual es la causa. Escuchá a tu tata qu'es pa tu bien. No te apenés por ese mal gaucho que se ha portao como un puerco; se conoce qu'es misturao con gringo. Vos sos joven entuavía, sos linda como la finadita tu mama, podés encontrar otro novio mejor qu'ese sabandija y te podrás casar.

—Pero, tata...

—No hay tata que valga... ¿Cómo? ¿Y entuavía lo querés a ese murriña?, ¡canejo!

Ella agachó la cabeza ante la palabra dura de su padre y guardó silencio.

—¡Rosaura, levantá la cabeza y mirame!, — prosiguió él enérgicamente. — ¿Vos lo querés, decime, lo querés?

Ella alzó la frente y con los ojos humedecidos de lágrimas, con miedo y valor a la vez, respondió:

—Pero, m'hija... ¿Devera?... ese canaya ti'ha engañao?... ¿Cómo?

—¡Yo me muero!... — respondióle con voz estrangulada por un sollozo.

El semblante de aquel criollo había adquirido extraña rigidez; sus ojos se dilataban más y más; sus dedos se crispaban; temblaba su cuerpo como una vara verde. Quiso hablar y no pudo; se le trabó la lengua.

Por su mente cruzó como un relámpago la idea de que el honor de su hogar hubiera sido pisoteado por la cobardía de aquel gaucho, burlándose del amor de su hija, que rayaba en pasión.

Con una voz que tuvo en esos instantes algo del rugido de las tormentas, nuevamente díjole.

—¡Levantá la cabeza y mirame, Rosaura; aquí en los ojos!

Ella obedeció, alzando la cabeza inconscientemente, pero con los párpados entornados. Estaba pálida, casi amarilla; el dolor, la desesperación y la angustia de muchas noches de insomnio era lo que reflejaba aquel rostro.

Luego él, cambiando de tono y al tiempo que le pasaba la mano por la cara, díjole blandamente:

—Decime, m'hijita, tuita la verdá. No te voy a castigar... ¿Vos te conservás güena cómo antes? ¿Vos te conservás "santita"?

—¡No, tata!—gimió la infeliz, al tiempo que caía de rodillas y juntaba las manos pidiendo perdón.

El levantóse de la silla como movido por un resorte, contemplóla por un instante algo turbado y muy pronto sintió piedad de su hija. Ella tenía la frialdad y el abandono de un reo que espera su ejecución.

—Sí... ta...ta, lo quiero y lo quedré tuita la vida! El me ha engañao, pero puede que güelva algún día arepentido del mal que mi ha hecho. ¡Naide más que yo tiene la culpa de lo que me pasa!

—¡El te ha engañao a vos! ¡Te ha engañao!

La muchacha bajó la cabeza de nuevo y prorrumpió en un amargo llanto.

El padre la tomó de un brazo, la atrajo dulcemente contra el pecho, y con palabra densa y pausada le dijo:

—¡Con que ti'ha negañao ese gaucho perverso! ¿con que ti'ha hecho mal!... pero... ¿qué te hizo?... contame, Rosaura; vos sabés que sos m'hija única... contame tuito!

Y yendo a otro terreno más fangoso el pensamiento de aquel criollo, prosiguió:

—No te voy'hacer nada... ¡decime la verdá!

—¡Tata!... ¡tatita!

—¡Pobre m'hija! Parate, pues... yo te perdono, si... pero antes me vas a decir ande se le puede ver a Claudio.

—¡Tata!... ¿que va'hacer?... ¡Lo va'matar!

—¡Ande puedo verlo, decime!

Ella estaba trágica, tenía el cabello en desorden; en sus ojos enrojecidos no había más lágrimas; solamente gemía su pecho desgarrado. De pronto armóse de valor y dijo resueltamente.

—¡Pero tata!... ¡Si yo no lo quiero: lo odio! ¡No ve que si lo mata, lo van a llevar preso a usté, y entonces quedaré solita n'el mundo! Mas mejor dejeló... ¡Le juro tata, que ya no lo quiero! Y dispués... tatita, cuando nazca él, vamos a ser muy felices los tres. Usté es güeno... me ha perdonao la falta...

Aquel criollo fué serenándose poco a poco ante las palabras convincentes de su hija, las que contenían mucha verdad. Tras breve reflexión, un pensamiento dulce le hizo ronda en el corazón, desarmándolo lentamente hasta desistir de su primer impulso. En ese instante se sintió abuelo y una ternura infinita invadía todo su ser. Y más aún, Creyó, por momentos, tener en brazos a un "gurisito" lindo que lo acariciaba; enredando sus manecitas redondas entre sus luengas barbas, y con mezcla de mimos y besos le repetía en su media lengua: "Tata viejo... tata viejo..."

Luego dirigiéndose a su hija, dijo:

—¡Pasencia.. el destino lo quiere asina! Vos has hecho mal, pero... ¿qué culpa tenés de que haigan hombres malos?

Dió unos pasos lentos por la salita y mientras mesábase la barba, en su lenguaje rudo, salvaje, preguntóle sin rodeos a su hija:

—¿Y pa cuando esperás la cría?

Ella, bastante cohibida, contestó:

—Di'aquí cuatro meses.

El, disimuladamente, miróle el vientre.

—Ta güeno... Vaya'la cocina y traiga pa su tata un amargo.

La muchacha salió rápidamente; parecía un pájaro que recobraba su libertad.

La pálida luz de la lámpara, iluminaba el rostro de aquel criollo inundado de una serena bondad. Y mientras liaba un cigarro en chala, a intervalos, sonreía... sonreía dulcemente, soñando con el futuro nieto.

Luego dijo, a manera de una sentencia a su propia soledad:

—Arrejuntar cariños, cuando se va pa viejo, es abrirle cancha a la felicidá.

ANECDOTA

En las cercanías de Pizziglistone (Italia) un coronel cayó prisionero. Bonaparte se acercó a él, sin darse a conocer:

—¿Qué tal, amigo?... ¿Cómo van vuestros asuntos?

—Bastante mal, — respondió el alemán. No sé cómo acabará todo esto.

—¿Y eso? ¿qué sucede?

—¡Os parece poco!... Nos han hecho venir aquí, a pelear contra un chiquillo que ataca sin norma ni orientación precisas; ora a la derecha, ora a la izquierda, por frente, por detrás... Vaya, que un hombre de conocimiento se vé perdido con él. Ese modo de guerrer es imposible y... nada, que por mi parte os digo que me alegro de haber acabado.

EL HOMBRE QUE PERDIO SU CAMINO

Por Andres Demaison

De pie sobre la pasarela del vapor "Mazarin", el capitán Colboc, apoyado sobre el pasamanos, inspeccionaba la costa. Como viera un sinnúmero de pequeños conos negros flotar, sobre la superficie lacustre, sacó los gemelos, observó atentamente y tiró de la cuerda de la sirena.

—¡Teniente! — gritó — preparaos a entrar. La barra presenta buen aspecto. He aquí al piloto.

Dos hombres corrieron sobre el puente iluminado crudamente por la luz cegadora del sol de las diez de la maña. Abajo, el jefe de mecánicos nivelaba la máquina: dos vueltas para nada.

Algunos instantes después, el piloto negro Per Gueye subía a la pasarela, estrechaba la mano del capitán y se acomodaba a su lado. Ante ellos se abría la embocadura del Senegal. La lucha entre las aguas que descienden del Sudán y las de la marea alta, se traducía, como en todas las costas del mundo, por una serie de remolinos que iban extendiéndose por todas partes hasta perderse en la lejanía. Era en medio de esos torbellinos de espuma, a través de los altos fondos y de los bancos de arena, por donde se necesitaba encontrar un pasaje franco para el barco. El canal se veía claramente por instantes. Todo un equipo de piraguas operaba durante días enteros haciendo sondajes para comprobar el efecto de los caprichos del agua y del viento sobre aquellos enormes depósitos de arena flúida que, traidoramente, la corriente amontona en el mar, y que retienen o se tragan para siempre a los navíos imprudentes o desgraciados.

Los tripulantes de las piraguas eran gentes de Gandiol, bastante avanzados en civilización, aún cuando estaban vestidos a la manera indígena: plumero flotante y calzón corto.

En tanto que se viraba y se preparaban a echar el ancla, el comandante dijo al piloto negro:

—Per Gueye, ¿opinas tú que pasaremos fácilmente? Piensa que es este el último viaje de mi barco, y mi último viaje. No quisiera dejarlo morir en el Senegal.

—Tú lo sabes mejor que yo, maese Colboc; tu barco ha pasado por aquí en más de cincuenta ocasiones. Déjalo en mis manos.

Y volviéndose al hombre que estaba en la barra, añadió:

—A estribor un poco. El viento de tierra nos ayuda.

Y después al comandante:

—¡Adelante, media velocidad!

El barco, sordamente animado, se balancea, se inclina ligeramente como para sondar con la proa, vuelve a balancearse y avanza hacia tierra.

—El paso, hoy, no me parece muy lejano de tu villorrio — dijo el comandante.

—Mis hijos me lo dijeron esta mañana — respondió dulcemente el piloto.

Sobre el puente, por estribor, uno de los ayudantes del piloto repetía las indicaciones que aquél daba desde el puesto de la sonda:

—Tres brazas de agua... Tres brazas, falta un poco...

La tierra encuadraba actualmente al navío. A la izquierda la lengua de Berbería y el semáforo; a la derecha, una especie de bahía en forma de vírgula.

—Un poco hacia babor — dijo el piloto negro.

La proa enfiló hacia el horizonte bordeado de árboles.

—¡Derecho!

El barco se lanzó hacia adelante. Los bancos eran duros, pero regulares.

—A dos brazas falta un poco el agua — seguía cantando el hombre situado en la sonda.

De pronto todos sintieron una ligera sacudida, muy semejante a la que habría producido la caída de una paca de arroz en la cala. Después una más fuerte.

—Vamos tropezando — dijo el comandante.

—Es la costumbre, pero eso no tiene que ver nada — replicó Per Gueye impasible.

De pronto la hélice pareció volverse loca. Se sentía claramente que el barco se deslizaba sobre una superficie viscosa. Y un momento después, los árboles que se erguían a la orilla de la ribera, quedaron súbitamente inmóviles.

—¡Atrás a toda máquina! — gritó el comandante.

—Chocamos — exclamó el teniente, confirmando la orden del capitán al telegrafista de la máquina.

—¡Con mil diablos, buena la has hecho! — gritó el comandante al piloto, en las narices...

—Posiblemente... — respondió Per Gueye. Es que, comandante, el pasaje cambia como los caprichos de una mujer.

* * *

—No permanezca usted más tiempo allá, comandante; con el calor del sol acabaréis por atrapar un acceso pernicioso.

—¿De manera que creéis que el barco va a salirse del atolladero por sí solo? Usted puede regresar a San Luis, si así lo estima conveniente, mi querido alférez.

—¿No tiene usted que ordenar nada más?

—Nada, antes de que el barco no vuelva a estar a flote.

—Tengo la pena de manifestarle, comandante, que yo soy de la misma opinión que los expertos y los armadores, y que no creo posible el salvamento del barco. Esas arenas no devuelven jamás lo que reciben.

—¡Ah! ¿Usted cree eso, teniente? Pues bien, ya veremos quién es el que tiene la razón: yo o toda esa cáfila de expertos. Regresad, embarcaos en el primer barco que regrese a Francia. Es usted libre de hacerlo si los armadores le autorizan. Yo me quedo. ¡Buen viaje!

El teniente saluda, monta en una piragua, transborda a la canoa automóvil y enfila en dirección de San Luis, dejando al comandante sentado sobre la arena. en la embocadura del Senegal, en donde las lluvias y los rigores del sol siempre están de acuerdo para fatigar, por turno, la superficie de la tierra. El capitán Colboc contempla por un instante la canoa que se aleja y sigue con la vista la estela de espuma que deja tras de sí. Levanta los hombros y considera de nuevo que su barco está inmóvil, y un tanto inclinado sobre los bancos de arena de la barra.

Desde hace muchas semanas el "Mazarin" se encuentra en el mismo estado, a unos trescientos metros de la costa. Después del choque, el capitán ha insistido en permanecer a bordo con el equipaje, en espera de que la próxima marea alta volverá a poner a flote el barco. Poco después había pedido ayuda a San Luis. Un regular número de lanchones había acudido a descargar las bodegas del navío con infinidad de trabajos. Pero la desgracia fué que a medida que se descargaba el barco, las mareas disminuían en intensidad y el "Mazarin" se hundía lentamente, cada vez más, en su fondo de arena movediza.

El capitán Colboc dijo:

—He escrito a los armadores para que me manden una draga, con el objeto de hacer un canal artificial y salvar el navío!

Pero lo que tenía que suceder sucedió. Las maderas de la cala, después de treinta años de uso consecutivo, cedieron bajo la presión inferior. Y el "Mazarin" seguía hundiéndose lentamente a medida que el vaso penetraba en sus calas. Debieron haberlo evacuado.

Sólo el capitán había insistido en quedarse a bordo, y había dicho a la tripulación:

—Idos, hijos míos; yo me reuniré con vosotros en San Luis.

* * *

Quemado por el sol, abatido por la fiebre y sin provisiones frescas, tuvo que ceder a las insinuaciones del guardián y desembarcar. Y se pasaba los días enteros extrañamente obstinado, en espera de la draga que había mandado pedir, o de las mareas favorables.

Con sus calabrotes de carga en reposo, su chimenea vacía, el barco, inclinado sobre su borda, parecía dormir o descansar como el nadador después de una fatiga enorme. A lo lejos, el capitán percibía la lengua de arena que se alargaba o se estrechaba en la embocadura de la barra. Detrás de ella, Gandiol, pequeño poblado de pescadores negros, se extendía hacia Dakar. A su izquierda, el Atlántico continuamente azotado por los vientos alisios. A su derecha, la corriente misma que remontaba hacia el Norte, después de doblar bruscamente un codo.

Sobre su cabeza un cielo de Invierno, una extensión gris por la que se deslizaban pesadas nubes negras que iban a reunirse a alguna parte lejana del Norte, para desencadenarse en terribles tempestades, y el sol que calentaba el agua, que quemaba la arena, que irritaba la piel de los hombres; el sol del trópico que hubiera hecho desistir de su empresa a cualquiera otro que no hubiera sido el capitán Colboc.

—Un barco que viniera de Burdeos o de Senegal... — pensaba en alta voz. — Después de treinta y cinco años de hacer la misma ruta... Pero, en fin, ya veremos quien tiene razón cuando llegue la draga.

Y volvía a su contemplación. Se han visto así madres que no pueden separar la vista de los cadáveres de sus hijos, en espera de verlos removerse, rehusándose obstinadas a aceptar la fatalidad.

El capitán Colboc, comandante del "Mazarin", no podía resignarse a creer que hubiera ocurrido el accidente. Por la centésima vez, desde hacía ocho días, reconsideró una por una las circunstancias desgraciadas, tratando de encontrar las responsabilidades ocultas y terminando por pensar que el piloto

LOS DOS ESPEJOS

Flexible espejo del mar,
barómetro gigantesco,
que reproduce y anuncia
todos los cambios del tiempo:
azul, gris, verde, amatista,
marrón, ópalo, bermejo...
¡En el azogue del agua
refleja su ánimo el genio
que desata las tormentas
y azuza al corcel del viento,
y, rudo pastor de nubes,
las ordena en un inmenso
rebaño y las precipita
Dios sabe a qué abrevadero!
La ondulada superficie
del mar es como un espejo.
cromático del espíritu
cambiante y vario del tiempo!
Y es, además, un exacto
símil de este azogue interno,
en que refleja la vida
sus matices más diversos...
Mi alma se tiñe, lo mismo
que las ondas del océano:
azul, verde, gris, marrón,
lila, ópalo, bermejo...
¡Toda la gama inefable
del sentir y del ensueño,
de la emoción hecha música
y del ideal hecho verbo!
¡Azul de paz venturosa!
¡Verde, si ventura espero!
¡Gris, cuando dudo de todo!
¡Marrón, cuando soy un yermo!
¡Lila, es nostalgia de tí,
oh, amada, que estás tan lejos!
¡De ópalo son los ocasos
en que florecen mis versos!
¡Y mi alma frente al Destino,
—tirano implacable y ciego—
se viste de rebeldía,
que tiene color de incendio!
. . . .
Ahora... no sé qué matiz
refleja el psíquico espejo...
Acaso... el lila de otoño
de tu inefable recuerdo...
¡Filtro de insomnio, que agita
mil horas de afán supremo!

MARIO CASTELLANOS

había sido presa de una alucinación en los momentos de ocurrir el accidente.

Colboc seguía soñando. ¿Qué iban a pensar los amigos y su familia, que acaso lo esperaban con impaciencia, de regreso en los muelles de Burdeos? ¿Y las gentes de Lormont, los constructores de Bacalán, y el maestre del puerto? Sobre todo, ¿qué diría Mme. Chermat, aquella querida Alberta, que esperaba para casarse con él que renunciara a su carrera de marino?

El capitán Colboc se daba a todos los diablos, pensando en el momento en que había consentido en comandar al "Mazarin" en su última travesía.

—A buen seguro — se consolaba —que lo que me ha ocurrido es menos duro que el miserable fin del capitán de otra compañía que, al término de su carrera, pidió conducir al "Bambara" en su primer viaje. Como ese barco llevaba en sus bodegas pólvora y dinamita, todo había explotado en medio del Mediterráneo sin dejar la menor huella... ¡Había que desconfiar de los primeros viajes!...

—Sin embargo — seguía pensando — yo no puedo presentarme ante mis armadores sin mi navío.

Y se felicitaba de haber, embarrancado sobre aquella playa, y enviaba al diablo a los que trataban de convencerlo de que la abandonara.

* * *

Entonces, los negros de Gandiol comenzaron a inquietarse. Hasta aquel día, Colboc tenía la costumbre de retirarse y pasar la noche en el pueblo. Los pescadores, reunidos en consejo en la casa del jefe, decidieron alejarlo de allí y alojarlo en una choza especial, cerca de la ribera.

Al día siguiente pudo verse a un pequeño ejército de negros ocupados en construir una pequeña choza de paja en la orilla de la playa, destinada a proteger a aquel capitán obstinado que, por el amor de un viejo barco, se rehusaba a volver al lado de sus semejantes.

Aquella misma noche, el capitán, que había hecho transportar su lecho de a bordo a su nueva residencia, sorprendió a unas mujeres que depositaban en la arena de la playa cazoletas de arroz cocido y de pescado frito, destinados a calmar la cólera de los genios marinos que descienden del Sudán al filo de la media noche.

Pero el "Mazarin" seguía hundiéndose siempre. Por decisión de los agentes de seguros marítimos, el despojo del barco fué vendido a un individuo de San Luis.

—¡Despojo! ¡Tenéis el descaro de llamar despojo a ese navío! — dijo el capitán con voz sorda a los aseguradores que fueron a notificarle la nueva. — Yo he pedido una draga a mis armadores, y esos son hombres que no habrán de abandonar el barco.

El mensajero no insistió. Pero cuando regresó a San Luis, dijo a los miembros del círculo, reunidos a la hora del aperitivo:





—Sospecho que el rigor del sol le ha hecho mella en la cabeza. ¡Hace un calor allá abajo!...

Y el agente de los armad res:

—No deberíais dejarlo. Hacedlo volver a Francia ahora que toda esperanza se ha perdido.

Cuando comenzaron a desmantelar el "Mazarin", el comandante rugía desde la playa.

—Están locos. Ya les demostraré yo.., con tal de que no se lleven las máquinas y el timón...

Mas que nunca se obstinaba en no alejarse de la playa en espera de la draga o de alguna marea providencial, que no legaría antes del equinoccio.

tán dijo al jefe mecánico:

—¿Abandonáis vuestras máquinas? Está bien. Probablemente esperáis manejar otras más modernas en otro navío... Yo no seguiré ese ejemplo, señor...

Todo el mundo trataba de convencerlo. Pero Colboc movía la cabeza y respondía:

—Todas esas bellas frases no pondrán a flote mi barco. Y yo no regreso a Francia más que a su bordo...

Verdaderamente hacía un calor terrible. Los oficiales del gobierno y los demás visitantes lo abandonaron contritos y pesarosos. Per

NOCTURNO DE BUENOS AIRES

La Ciudad me vá abriendo sus calles como brazos.
Y el bullicio creciente llama a mi corazón
Como a una puerta inmóvil cerrada a cal y canto!
En cada anuncio luminoso irradia
La espléndida alegría de un intenso color
Y la polifonía exaltada de ruidos
Llega hasta mi en el viento como una sola voz
Buenos Aires, vestida de luces, se contempla
Sobre el río nocturno; dulcifica su sien
La diadema de plata de esta luna de Abril...
Marea de un océano impetuoso y febril,
El entusiasmo hirviente se ha acostado a sus pies.
Mi tristeza te surca, dulcemente cansada,
Buenos Aires, mi bien!
Paisaje conocido y adorado, estos ojos
Son un espejo tuyo, mi Buenos Aires fiel.
El júbilo violento de la ciudad se enciende
Como un cielo apretado de fuegos de artificio
Y es una serpentina celeste que se tiende
Hacia mi juventud y hacia mí ensombrecido
Corazón tan esquivo!
Enclavada en la peña, peregrino en silencio.
Y el corazón descansa dulcemente de un peso
Como si se aliviara de una gota de sangre
En cada anuncio blanco que tapiza las calles...
Mi soledad se expande y se escucha a sí misma.
El ruido de mis pasos dá como una armonía
Opaca y monorrítmica
Tu nombre que se agranda ¡qué se agranda! en la calle...
Y el viento lo agiganta y multiplica, rompiéndolo en el aire
Mi ciudad va encendiendo frente a mí, el collar de oro,
De sus escaparates,
Y es tu recuerdo la obsesión que atisba
Vigilante y despierta
Desde el descanso abierto en toda esquina...

María Alicia DOMINGUEZ

* * *

Los días seguían a los días. Las lluvias cesaron para dejar paso a los vientos del Norte, que refrescaban a los hombres, pero que, sin embargo, no hacían subir la marea.

Ya no se veía del "Mazarin" más que la pasarela, la chimenea y el palo mayor. Pero Colboc seguía allá, a pesar de las órdenes de los armadores, obstinado en contemplar aquella silueta querida que tanto amaba.

Apiadadas las gentes de San Luis, fueron a Gandiol con la esperanza de convencer a Colboc de que regresara a su patria. El capi-

Gueye, a su vez, quiso consolar al capitán:

—Tú no eres el primero — le dijo — que ha perdido su barco en la barra. Acuérdate del "Colbert", del "Vauban", del "Alcyon" y de tantos otros, que mi padre y mis abuelos han visto perderse en estas aguas... Ven, el sol acabará por abismarte...

Pero el capitán lo despidió murmurando:

—Dos brazas... ¡Falta un poco de agua! ¡Ah, dos brazas...! ¡Falta un poco de agua!... ¡Maldito piloto de mal agüero!...

Aquella misma tarde, Per Gueye, al regresar al pueblo, dijo:

—Nadie me puede quitar de la cabeza que los genios de la barra se han apoderado del espíritu del comandante...

Y aquella noche de luna llena, los hombres del villorrio, los pescadores negros y sus mujeres y sus niños, se pusieron a cantar:

—El comandante ha perdido su camino en el mar. El navío ha querido morir cerca de nuestras chozas. Es nuestra arena la que habrá de servirle de cementerio.

La cosa terrible es que en Africa las palabras encadenan a menudo los cerebros y a veces las divinidades. Y, además, el sol brillaba a pleno en un cielo sin nubes. Y a medida que el barco se hundía más y más, la idea fija se anclaba más y más en el cerebro de Colboc. Los negros del villorrio lo habían sorprendido deambulando por la noche sobre la playa, gritando al viento y a los árboles:

—Dos brazas...; falta un poco de agua...; dos brazas...

Y ellos añadieron a sus cánticos:

—El barco conocía el camino de nuestro país. Pero el comandante no volverá a encontrar el camino que perdió sobre el agua.

Alguien pensó en la novia del capitán como única salvación para que éste se convenciera y regresara a Francia. Con toda suerte de precauciones la informaron de los acontecimientos y la hicieron venir hasta San Luis para que le hablara.

Cuando la señorita Chermat llegó al lado del comandante, Colboc le preguntó:

—Alberta, tu nombre es el mismo de un yatch, ¿verdad? ¿Conoces tú algún medio para sacar ese barco del atolladero?

—Por el momento no me acuerdo de ninguno...

—Entonces, no me interesas...

—Pero lo encontraré, mi querido amigo; pero no aquí..., porque hace demasiado calor — respondió la mujer, paciente y astuta.

Hizo venir de San Luis una carroza, en la que mandó subir el equipaje del capitán, y cuando Colboc trató de resistirse a subir en ella, la señorita Chermat, le dijo dulcemente:

—Venid, querido amigo; he reflexionado en que no sois el responsable del accidente. Creo más bien que fué el piloto... Soy enteramente de vuestra opinión. Acaso estaba pensando en su familia cuando ocurrió la desgracia. Desde el momento que yo os lo digo...

—Quizá tengáis razón... ¡Piloto de mal agüero!... Dos brazas...; falta un poco de agua... ¡Faltaba seguramente más que eso!...

* * *

Cuando el capitán Colboc llegó al desembarcadero de Dakar, en el momento de franquear la pasarela del paquebote, vaciló, dió algunos pasos torpes, y, dirigiéndose a la señorita Chermat, exclamó:

—Dadme vuestro brazo, querida amiga; las pasarelas de ese navío, sabéis, no tienen nada de seguras...





PUBLICIDAD

Por Clemente Vautel

El editor Lateigne no tiene rival cuando se trata de lanzar a un novelista. En ocho días hace de él un hombre célebre.

Un escritor conocido no encuentra favorable acogida en su casa.

—No—le dice Lateigne—; prefiero un desconocido. Con él puedo prometer cuanto quiero al público, que ya sabe lo que puede esperar de un Paúl Bourget o de un Pierre Loti. El autor a quien nadie ha leído tiene más probabilidades de atraer la atención del público, a condición, claro es, de que un reclamo hábil imponga su nombre y su obra a la gente.

Los últimos éxitos de Lateigne prueban que tiene razón.

Todos recordamos las fabulosas tiradas de algunas obras que parecían destinadas al fracaso y que el más audaz de nuestros editores ha sabido lanzar al mercado con una habilidad incomparable.

Recordamos algunos títulos:

"Deleites ideales", curiosa novela autobiográfica, escrita por un chiquillo de catorce años. (Premiada por la Sociedad del estímulo).

"Los placeres del obeso", por una dama de 148 kilos de peso. (Premiada en el Concurso Agrícola).

Y así podríamos citar muchas más obras que han obtenido recompensas en los concursos de las sociedades de mayor autoridad.

Pero Lateigne comprende que ha llegado el momento de cambiar de sistema antes de que el público se canse.

Hay que buscar otra cosa para atraer la clientela.

Lateigne ha descubierto un escritor normalmente constituído. Ha editado su primera novela, titulada "Amores sencillos".

—El libro no es nada; el reclamo es todo — ha dicho.

Para lanzar la novela ha gastado grandes sumas en una formidable campaña de publicidad. El aeroplano, la T. S. H., el anuncio luminoso..., todo lo ha utilizado; pero, a pesar de ello, solo se han vendido 200.000 ejemplares.

Y Lateigne ha declarado:

—Hay que pensar otra cosa.

* * *

Fué entonces cuando se presentó al gran editor el joven Feliciano Paturon con un manuscrito bajo el brazo.

—Le traigo a usted— le dijo— una novela... con una idea...

—No me interesan los libros de ideas.

—Es que la idea no está en la novela. Es una idea que pudiera servir para la publicidad del libro.

—Eso es otra cosa. Explíquese usted.

—¿Qué opina usted de un crimen sensacional cometido por mí quince días antes de poner a la venta mi novela titulada "El hombre que yo asesiné"?

—En efecto, no está mal pensado.

—En realidad, no asesinaré a nadie. Pero tengo un amigo que está cansado de la vida y quiere suicidarse. Para favorecerme se matará de manera que la justicia crea en un crimen.

Huiré, sospecharán de mí, y seré perseguido. Peripecias cómicas y dramáticas. Extensas informaciones en los periódicos. Mi retrato en primera plana. Dejaré que me detengan, y entonces se publica mi libro. Comparezco ante los jueces, y como todas las pruebas me acusan soy condenado a muerte.

Ya habremos vendido entonces 300.000 ejemplares. Y cuando llegue el momento de la ejecución usted muestra a la justicia la carta en que mi amigo declara que se suicida y que no se culpe a nadie de su muerte, carta que usted conservará en su poder hasta horas antes de la ejecución. ¿Qué le parece este sistema de publicidad?

Lateigne, entusiasmado, le arrebató el manuscrito y exclamó:

—¡Esto va ahora mismo a la imprenta! Salimos dentro de un mes. Diga usted a su amigo que se suicide dentro de quince días. ¡Vamos a tener un gran éxito!

Las cosas ocurrieron como había predicho Feliciano Paturon.

Su amigo se suicidó, y lo hizo en tal forma que nadie dudó del crimen.

Pero el supuesto asesinado dejó antes de morir una carta, que probaba el suicidio consciente y organizado. La carta fué enviada por Feliciano Paturon, para que hiciese de ella el uso convenido.

El joven escritor, al que todo acusaba, huyó. La policía salió en su busca. Informaciones sensacionales en la Prensa. Incidentes múltiples. Detención. Aparición en las librerías de "El hombre que yo asesiné". Exito enorme...

Cuando el joven Feliciano fué condenado a muerte, su novela alcanzaba los 400.000 ejemplares.

La víspera de su ejecución se habían rebasado los 500.000.

Pero el editor Lateigne tuvo buen cuidado de no enseñar a nadie la carta reveladora del suicidio.

Cuando leyó en la Prensa el relato de la ejecución del desdichado Paturon, dijo sencillamente, frotándose las manos con la satisfacción del comerciante feliz:

—Esto será un magnífico error judicial. Nada mejor como reclamo del autor.

Y telefoneó a la imprenta para que tirasen otros 100.000 ejemplares de la obra maestra de Feliciano Paturon.

TROPICAL

Por Antonio G. Manrique

Dió el último hachazo y con crujido grave de desgarramientos cayó el corpulento árbol, haciendo trepidar la tierra. Echóse al hombro la herramienta y tomó la carabina que tenía recostada contra otro árbol y emprendió el regreso, saltando sobre riscos y malezas, como un animal montaraz hecho a aquellas breñas, en donde a cada paso se encontraba emboscada a la muerte, ya en forma de áspid o felino, de derrumbe o de aplastamiento.

Mateo pensaba, mientras descendía la cuesta, en el hermoso porvenir que se abría a su constancia como un boquete de sol en el horizonte después de la noche hosca. Con el esfuerzo de su brazo y la virilidad de su constitución férrea se había abierto ancho paso en aquella vida de lucha y de peligros, enfrentado a la naturaleza, como ahora se lo abría por entre las malezas, y satisfecho de sí mismo se palpaba los músculos acerados de sus brazos atléticos con satisfacción de esteta.

Por un momento se detuvo en su camino para contemplar las cicatrices que adornaban su brazo derecho; se entreabrió la camisa de tela burda, empapada en el sudor del trabajo de aquella tarde, y apareció el pecho velludo, cubierto de arañazos feroces empalidecidos por el tiempo. Mateo, sonriente en su soledad de este momento, recordó un episodio espeluznante de su vida:

Sucedió que en las estancias de los contornos hacía constantes estragos en las reses el tigre, y amenazaba la vida de los hombres, de sus hembras y de sus proles, rondando con descaro de bestia cebada en torno de los ranchos cuando se ponía a salvo el ganado, y el valiente Mateo invitó un día a su íntimo amigo, el Zurdo, a ir en cacería de la fiera. Encontrando el rastro, lo siguieron tenazmente con hábiles perros de presa que olfateaban afanosos las veredas del río, hasta dar con él en una plazoleta de la vega, tendido elásticamente sobre los despojos de un ternero robado en noches anteriores. El tigre se incorporó con ojos fosforescentes, azotó sus flancos con la cola nerviosa y pareció contar en torno suyo los perros que lo rodeaban a prudente distancia entre ladridos y acometidas audaces. Súbito la fiera se abrió paso con dos zarpazos que regaron entrañas caninas, y saltó ágilmente sobre Mateo que ya en guardia lo esperaba lanza en ristre. Pero el golpe falló y el tigre dió en tierra con el valeroso cazador, hincándole las garras en el pecho y destrozándole los brazos del primer empuje; entonces el Zurdo, que se hallaba a diez pasos del terrible grupo, disparó certero su carabina, clavándole una bala a la bestia en plena frente.

Rosa, su amante, guardaba la piel del animal al pie del lecho como un recuerdo triunfal, y Mateo el rastro de las caricias de la fiera, como un lujo, en su cuerpo atlético, que tras muchos cuidados de su hembra había vuelto a sentirse capaz de continuar la lucha con la Naturaleza y con las bestias salvajes.

Siguió su marcha con una sonrisa de triunfo bajo el labio bigotudo, con el hacha en alto y la carabina en bandolera.

Aquella vida de lucha le atraía y le era benéfica para la salud de sus músculos, para la salud de su alma sencilla y bondadosa, pero, sin embargo, y por complacer a Rosa, ya que ella se aburría en aquellas soledades, y que sus negocios mejoraban de día en día, pensaba trasladarse al pueblo vecino y dedicarse a negocios mercantiles en donde el pellejo estuviera más resguardado.



MUSICA RADIO ELECTRICA

EL INTELIGENTE. — Ya descubrí el secreto. ¡Usted es ventrílocuo!

De pronto oyó un ruido sospechoso entre la hojarasca: aguzó la vista y el oído y aprestó la carabina. En efecto, por entre las ramas asomó bravía la cabeza aplastada de un tigre enorme que lo miró alelado. Mateo se echó el arma a la cara y disparó sin hacer blanco, la bestia acobardada volvió grupas y emprendió la huída por entre las malezas seguida del hombre que se empeñaba en acertarle.

Cada vez que Mateo la veía asomar a un claro de bosque disparaba su arma, pero aquel día, decididamente estaba torpe para la caza de fieras, porque la bestia seguía saltando y hurtándose a sus balas. Así descendieron mucho trecho en rodeos y zig-zags, hasta que Mateo, fatigado de aquella persecución inútil, resolvió tomar el camino de su rancho, porque la tarea de la tarde, la carrera emprendida en persecución del tigre y lo avanzado de la hora, recordaron a su organismo la necesidad de nutrirse de las sabrosas viandas que ya Rosa de seguro tendría preparadas a su hombre, con todo el esmero de su profundo amor, mil veces demostrado en el correr de los años y en medio de la ardúa lucha contra los elementos.

Todavía con la carabina ardiente por los disparos sucesivos, entró a la salita de su rancho, sigiloso para dar una alegre sorpresa a la hermosa mujer que le traía sorbido el seso con sus encantos de buena moza.

A la luz indecisa del atardecer, que entraba indiscreta por una ventana de la alcoba, Mateo vió algo horrible... y Rosa, pretendiendo arreglarse el cabello, se incorporó para salir a su encuentro audazmente, en tanto que el Zurdo, su buen amigo, su salvador de un día, a quien debía la vida y hoy la traición última, pretendía escurrirse cobardamente tras un mueble.

Mateo soltó una blasfemia y añadió enloquecido:

—Eh, cobarde! No huyas, presenta el cuerpo!... Imbécil, yo buscaba la fiera en la montaña, la perseguía por entre las breñas tontamente, mientras ella se regocijaba en mi propia casa! Maldito!

Y disparó su arma, certeramente ahora, haciendo rodar al Zurdo bajo la cama, al lado de la piel misma de aquel tigre que un día matara en defensa de su amigo.

Rosa, valiente y arrojada, pretendió tardíamente desviar la bala, y Mateo, ensorberbecido cada vez más con el olor de sangre, quiso disparar a quemarropa sobre ella, pero el arma estaba vacía y falló. Entonces, con un movimiento rápido, tomó el hacha caída a sus pies, y de formidable tajo partió por medio el cráneo de la hermosa que cayó bañada en sangre negra, revolviéndose en los estertores de la agonía.

Mateo contempló el cuadro horrible con los ojos fuera de las órbitas, soltó una carcajada histérica, volteó la espalda a aquella escena de sangre, salió a la puerta de su rancho, giró la vista en torno y exclamó como si tuviera auditorio:

—La fiera! Sí; la fiera soy yo! Por allí tomó el tigre; vamos en su busca! El hermano tigre. Ahora ya somos dos para matar hombres!

Y se perdió en la noche llena de murmullos salvajes.

ANECDOTA

Aquel día figuraba entre los comensales de la siempre hospitalaria mesa de Julio Herrera, el general X. que había venido de sus pagos para "saludar al Gobierno".

Como recién se empezaban a conocer los helados en Montevideo, cuando se sirvieron éstos como postre, el viejo guerrero, gran comilón, tomó el cuchillo y cortando una rebanada de pan, dió a ésta una buena untada con el helado, que llevó en seguida a la boca—, tarascón que, naturalmente, no pudo deglutir.

Y, apremiado, "largando todo" como si se hubiera quemado, exclamó en alta voz:

—¡La gran flauta que está fría la manteca!!

Rómulo F. ROSSI






LA VERRUGA

Por Joaquín Arderius

Eugenio no puede remediarlo; no depende de su albedrío.

El quisiera; pero le es imposible.

Son sus nervios que no le dejan.

¡Maldita fatalidad!

Muchas veces se dice él mismo, con las boquitas afónicas de los sesos:

—¡Neurasténico! ¡Neurasténico!

Y el desenlace fatídico es irremediable, inminente.

Ha consultado ya a varias eminencias de la psiquiatría.

Todos le han recetado baños templados, reconstituyentes, alimentación abundante y selecta y descanso intelectual.

Eugenio todo lo ha hecho con miles de sacrificios, y ha terminado por sacar esta consecuencia:

—¡Pamplinas! ¡Pamplinas!

Y en su enfermedad le va el pan, los garbanzos, la carne, los calcetines, las medias, las botas; en fin, todos los artículos necesarios de la vida cotidiana de él, de su honrada esposa y de cuatro hijitos.

Eugenio es un excelente periodista. No tiene rival en las redacciones.

Pero sus nervios le traicionan...

Es una cosa baladí si se quiere, hasta una tontuna; pero para él tiene más trascendencia que la forma de gobierno para un Estado.

Y no se diga que está loco. El tiene sus facultades mentales muy equilibradas.

¿Quién escribe mejor que él un artículo de actualidad?

¿Quién concibe mejor una crónica de más pureza literaria?

¿Quién hace una crítica de arte con más sabiduría y más justicia? ¿Quién infla con más amenidad e interés un telefonema?

¿Quién más puntual?

¿Quién más obediente?

¿Quién más educado?

Hasta si se les consulta alguna vez sus opiniones son aforismos.

Que se le pruebe, que se le haga un examen; siempre resultará el ejemplar del mejor periodismo.

Qu se le pruebe, que se le haga un examen; pero con una condición precisa: no tiene que estar delante Félix Ramírez, su compañero de redacción.

Si se le examina estando Félix Ramírez presente los dedos se le agarrotan y no puede coger el palillero, y si lo coge es invertido, con la pluma para arriba. También sus dientes sufren dentera, su estómago se hace un ovillo de náuseas, sus músculos se ponen rígidos, sus ojos rezuman lágrimas, su espíritu se le reconcentra en el pecho, y sus nervios, de punta, le salen por los poros de la piel, semejantes a pinchos de chumbera.

Y todo esto, ¿por qué?

Félix es una gran persona, un poco bromista; pero, en fin, muy buena persona. Es un gran periodista, no tanto como Eugenio; pero un formidable periodista.

Entre ellos no hay ningún abismo de odio.

Es una nimiedad lo que experimenta Eugenio al ver a Félix; sin embargo, para él es tan esencial como lo que media entre la vida y la muerte.

Todas las esperanzas están perdidas. Eugenio, de un momento a otro, será despedido del periódico.

No puede suceder otra cosa.

El director no está porque se den sueldos al que no trabaje.

Como Eugenio se pasa todo el tiempo sin escribir una letra, con los dedos agarrotados, con los dientes sufriendo dentera, con el estómago hecho un ovillo de náuseas, los músculos rígidos, los ojos rezumando lágrimas, el espíritu reconcentrado en el pecho y los nervios, de punta, saliéndosele por los poros de la piel, semejantes a pinchos de chumbera, pintando sobre las cuartillas lunares, lunares, con la punta del palillero, es evidente que de un momento a otro tiene que ser despedido.

La culpa de la desgracia de Eugenio será de los señores doctores en Medicina, y, sobre todo, de los especialistas en psiquiatría. Sobre todo no tratándose, como no se trata en este caso, de devolverle la razón a un loco, pues es cosa infinitamente más sencilla: se trata simplemente de quitar a los nervios de Eugenio una repugnacia.

Es una simplicidad. Hasta da vergünza mencionarla por lo pueril. Es un trastorno parcial, porque quitando de su presencia a Félix Eugenio es el ser más equilibrado del mundo.

Félix, el hombre, tiene una caraza ancha y carnosa de sochantre, y como éstos, también mece una colosal sotabarba.

En el sitio más visible de la clerical visera de carne una verruga de color vinoso, formada por un agregado de glóbulos semejante a una mora, es la parca, que desde su trono le teje la cesantía a Eugenio.

Eugenio siente por esa excrecencia morada un asco que no cabe en la bóveda celeste.

Como cuando le acomete a uno un vómito a causa de la mala digestión, tales parecen ser las náuseas que siente Eugenio ante la verruga de Félix.

Ni eso siquiera, porque eso es, comparado con la repulsión de Eugenio, lo que un grano de arena para los Andes.

Es probable que la madre de Félix, estando grávida de él, sufriera una gran indigestión de moras.

Que los especialistas en la materia lo investiguen.

Félix sabe la enfermedad de Eugenio, y en vez de enfadarse lo ha tomado a broma.

Otro tanto sucede con los demás compañeros.

Nadie hace nada en la Redacción.

Félix, con miles de pretextos, se acerca a él a cada momento para meterle la verruga por la nariz. Los compañeros se divierten mucho, y allí nadie trabaja.

Así transcurren los días.

—¡Es usted un idiota! ¿Pero qué estupidez es esa de la verruga? ¡Mañana vamos a traer todos una verruga pintada en la cara! ¡Y usted también! ¡Si usted quiere entrar aquí mañana tiene que traer también su verruga! ¡Qué verruga ni qué ocho cuartos! ¡Esto, por terminado! ¡Desde este momento queda usted dimitido! ¡Es intolerable, es intolerable! — grita colérico el redactor jefe, metiéndose las manos en el pantalón y saliendo de la sala, una noche en que la broma ha llegado a tener caracteres de orgía.

Eugenio se encuentra en el frenesí de su locura.

Un compañero guíñale un ojo a Félix para que vaya junto a Eugenio y lo ciegue con la verruga.

—Este telefonema...—empieza a decirle Félix a Eugenio rozándole con la verruga en la mejilla.

Eugenio salta como un "buldog" sobre la papada de Félix, y se queda entre los dientes con una tarascada de carne, en la que va la verruga.

—¡Un médico, un médico! ¡Qué me desangro, que me desangro!

—¡Un médico! ¡Todos los médicos del mundo! ¡Pero para usted, Félix, sólo para usted, porque yo ya estoy curado!—exclama Eugenio.

LA MUERTE DE HEINE

Enrique Heine, en su lecho de muerte, decía a Luis Kalish:

—La tragedia está en su quinto acto, el cual encuentro largo y fastidioso. Por otra parte, tengo la edad en que debe morir un poeta que se respete. Vuelve pronto a verme; darás solamente algunos pasos para llegar a mi casa. Pero por poco que tardes necesitarás recorrer el camino largo y sucio que conduce al cementerio, en donde tengo ya preparado un departamento con magníficas vistas para la eternidad. Aunque no está amueblado lujosamente, supongo, y aun puedo asegurarlo, que se halla un poco húmedo; pero el propietario no me aumentará la renta, y, además tendré vecinos pacíficos que no turbarán mi sueño.

Dos horas antes de morir, alguien le preguntó si estaba bien con Dios, a lo que contestó:

—Dios tiene que perdonarme. Es su oficio.

No obstante, el gran humorista había tomado sus precauciones, a fin de neutralizar el mal efecto que el recuerdo de sus salidas de tono pudiesen causar en lo alto, y veremos a continuación la opiata con que había ungido su testamento:

"...Cuatro años hace que abdiqué todo orgullo filósofo y he vuelto a ideas y sentimientos religiosos. Mucro creyendo en un Dios único y eterno, creador del mundo, cuya misericordia imploro para mi alma inmortal. Siento haber hablado en mis escritos de cosas santas sin el respeto que se les debe; pero iba arrastrado más por el espíritu de mi época que por mis propias inclinaciones. Si ofendí sin saberlo a las buenas costumbres y a la moral, que es la esencia verdadera de todas las creencias moneteístas, de ello pido perdón a Dios y a los hombres".

Fermín MIRALDA

Curiosidades

Los granjeros de Holanda van a sus fincas en lanchas que recorren los infinitos canales de esta nación.

* * *

Los lagartos son, por lo general, faltos de voz; no obstante, algunos de ellos pueden emitir algún ligero chillido, o un silbido algo parecido al croar de las ranas.

* * *

Tanta calor hace en algunos lugares de la península de Malaya, que en ocasiones se interrumpe el tráfico y se cubre el suelo en gran parte con esteras para evitar quemaduras.

* * *

En algunos tribunales ingleses ordenaban azotar a los niños en sus casas y cada escuela elemental tenía sus correspondientes correas.

* * *

Los marineros, según la Asociación de Bibliotecas para la Marina de los Estados Unidos, prefieren el tipo de literatura más elevado. Los escritores más leídos son Walter Scott, Shakespeare y Milton.

* * *

Las hojas y las flores de los naranjos producen un aceite volátil que se utiliza en la fabricación de perfumes.

* * *

Se está empleando actualmente el termómetro para la pesca del bacalao y ródalos, que viven en aguas cuya temperatura es de 40 a 50 grados.

* * *

Según una gran Compañía, mil pies cúbicos de gas darían de sí para guisar las comidas para seis personas y calentar agua para afeitarse éstas durante mil días; para encender dos cigarros al día día 500 años; para tostar el café necesario para dos tazas diarias durante 70 años; para cocer 1.700 panes de kilo; para cocer 275 jarros de agua; para freír el jamón de 1.750 bocadillos, y para hacer el trabajo de dos gallinas ponedoras de huevos.

* * *

Durante una fuerte tormenta habida en Nueva Zelanda, se pescaron en sus calles peces, raros y desconocidos, algunos de gran tamaño.

* * *

El sentido del olfalto es el que las serpientes tienen más desarrollado; no así el del oído, que lo tienen menos perfeccionado que los lagartos.

* * *

El mar Caspio no tiene más que 5 kilogramos de sal por tonelada de agua; el canal de Irlanda 32 kilos, y el mar Muerto 49.

* * *

E sonido de una campana que en tierra sólo se oiga desde 140 metros de distancia, dentro del agua puede oirse desde 14 kilómetros.

* * *

En la Edad de piedra había individuos hábiles en trepanar los cráneos por medio de sierras tan diminutas que casi a simple vista no se distinguían sus dientes.

* * *

La India, con una área la mitad que la de los Estados Unidos, tiene una población tres veces mayor.

El ojo de la lechuza está completamente fijo en su órbita, lo cual queda compensado por la extraordinaria movilidad de la cabeza, que puede girar casi en circunferencia completa.

* * *

La capital de la India es Delhi. El 12 de diciembre de 1911 se realizó en aquella ciudad una fiesta de la coronación, anunciándose entonces la transferencia de la capital que era Calcuta.

* * *

Las lombrices de tierra pueden llegar a vivir diez años.

* * *

En las islas Hawai hay muchos caballos y millares de animales vacunos que nunca beben agua. El ganado en aquellas islas se encuentra en las montañas donde sólo llueve una vez cada dos o tres meses y no hay arroyos. Los animales comen una planta conocida por los indígenas con el nombre de "maninia" que suple la falta de agua.

* * *

El tapir de la India es el único cuadrúpedo que tiene precisamente medio cuerpo de un color y otro medio de otro, blanco y negro.

* * *

En el cráter del volcán extinguido Aso-San (Japón), hay una colonia de 20.000 habitantes.

* * *

La palabra cafre, de origen árabe, procede de "kafil", incrédulo.

Celebración del 25 de Mayo





El presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, acompañado de los ministros del Poder Ejecutivo, del cuerpo diplomático y de altos funcionarios de la administración, dirigiéndose a la catedral para asistir al Tedeúm oficiado con motivo del aniversario patrio.



El abanderado de las fuerzas navales inglesas que tomaron parte en el desfile militar.



La marinería de desembarco de las unidades de la armada inglesa "Amazón" y "Ambuscade", surtas en nuestro puerto, a su paso por frente a la casa de gobierno.



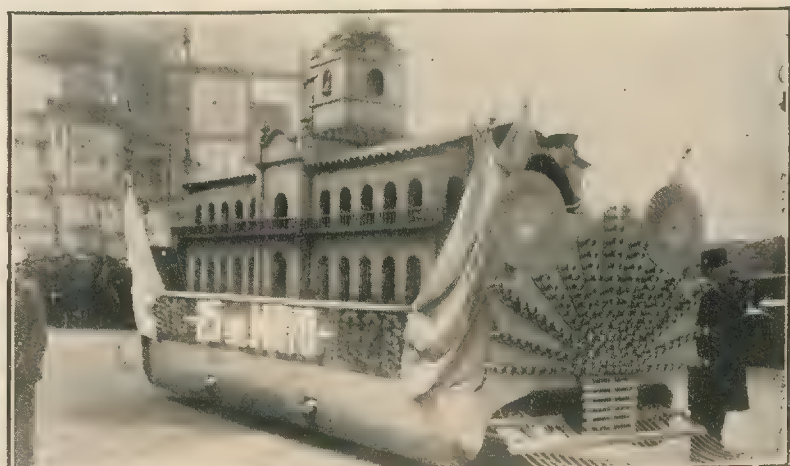
El Colegio Militar desfilando ante el presidente de la República



Los cadetes de la Escuela Naval.



Los granaderos del General San Martín.



Reproducción del antiguo Cabildo, construída sobre una zorra de la Compañía de Tranvía Anglo Argentina, que desfiló por las calles de la ciudad.




EN EL CLUB DEL PROGRESO. — Algunas de las familias que concurrieron a la brillante fiesta social que, como de costumbre, organizó la mencionada institución, para conmemorar el aniversario de la independencia argentina.



EN EL CLUB DE FLORES. — Grupo de señoritas que tomaron parte en el baile de gala con el cual se celebró la efemérides patria.



Concurrentes a la fiesta organizada por el Club de Flores que tuvieron a su cargo la ejecución del pericón nacional.



Banco Municipal de Préstamos



Celebrando el quincuagésimo aniversario de la fundación del Banco Municipal de Préstamos, el directorio de dicha institución organizó un acto conmemorativo que se llevó a efecto en la casa matriz del establecimiento. — El intendente municipal, doctor Horacio Casco, las autoridades del Banco y algunos invitados al servirse el lunch.

La venta de automóviles Rugby en la Repùblica Argentina





Con motivo de la venta del automóvil Rugby que completaba el número de treinta mil vehículos de esta marca enajenados en la República Argentina, los importadores de dichos coches, señores Ditlevsen y Compañía ofrecieron una fiesta a la cual concurrieron numerosos invitados. — A la izquierda: parte de la concurrencia. — A la derecha: al servirse el lunch.

Ecos del atentado terrorista contra el consulado de Italia



Empleados policiales y bomberos frente al edificio del consulado de Italia, contra el cual se perpetró un bárbaro atentado terrorista que causó numerosas víctimas. En primer término: montón de escombros originados por la bomba.



Público aglomerado ante el consulado de Italia, momentos después de producirse la explosión, que ha conmovido hondamente a la opinión pública provocando la unánime condenación del hecho



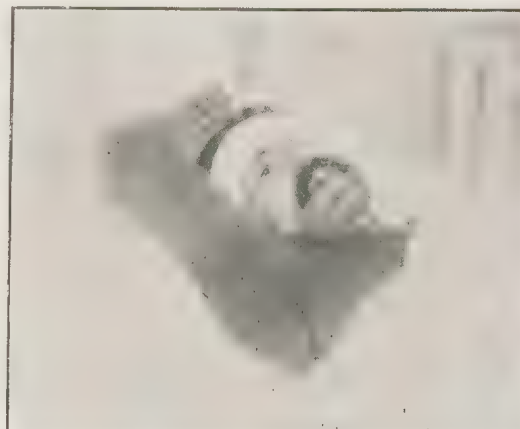
La policía removiendo los escombros, en busca de indicios para la investigación del repudiable crimen



Uno de los heridos a consecuencia del inicuo atentado, esperando la llegada de la Asistencia Pública.







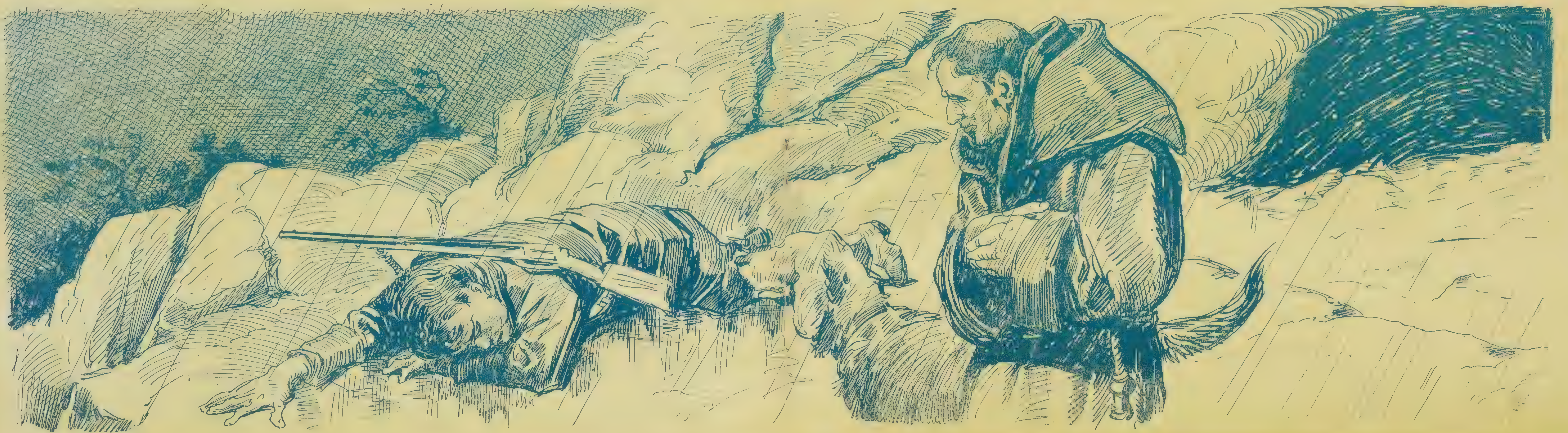
Tres de los heridos por la bomba colocada en una claraboya del consulado de Italia, cuyo terrible poder explosivo causó la muerte de nueve personas inocentes e hirió a cerca de cuarenta más, algunas de ellas de bastante gravedad.

EN LA BIBLIOTECA POPULAR DE VILLA GENERAL MITRE





En conmemoración del aniversario de nuestra independencia la Biblioteca Popular de Villa General Mitre organizó una velada en la cual el profesor Oreste Ciattino pronunció una conferencia que versó sobre el tema "La trascendencia social de la revolución de Mayo". — A la izquierda: el conferenciante leyendo su disertación. A la derecha: vista parcial del auditorio.



ROSA

Por María de Echarri

Taciturnos, silenciosos, y, para ser franca, aburridos estábamos aquella noche, cuando la inesperada llegada de Enrique vino a animar nuestra melancólica reunión.

Con su gracia habitual comenzó a referirnos detalles de su reciente viaje a Asturias, y la relación que más se grabó en mi memoria y que más despertó el interés del auditorio, fué la siguiente:

—De lo que os voy a contar hará cosa de un mes, — empezó Enrique; — habíamos salido mis amigos y yo muy de mañana, con el caritativo fin de matar un oso, que, según nos dijeron, rondaba por aquellos parajes; cansado de esperar al velludo animal que no se daba prisa en visitarnos, y, siendo como soy algo inclinado a la poesía, me eché el fusil al hombro y dejé que mis compañeros más cazadores que yo, siguiesen aguardando con paciencia.

Subyugado por aquella hermosa naturaleza tan alegre y poderosa, miraba sin cansarme las llanuras que se extendían ante mi vista y las majestuosas montañas cuyas escarpadas rocas parecían servir de guarida a una legión de bandidos, como en los tiempos antiguos; una montaña más alta que las demás atrajo mi alma, iluminada una mitad por el sol no muy fuerte de noviembre y quedando la otra en la penumbra; una roca que semejaba una cueva dominaba la altura de este monte, al cual determiné subir. La mañana estaba hermosa y nada hacía presagiar la tormenta que media hora después y por uno de esos fenómenos de la naturaleza estalló formidable, retemblando el estampido de los truenos entre las duras rocas y fulgurando el relámpago su luz vivísima que me cegaba. La lluvia me azotaba el rostro con tal fuerza, que me impedía ver el camino; mi situación era algo crítica; me encontraba separado de todos, y, medio perdido en aquellas soledades, sin saber por donde iba, tropecé y caí varias veces, hasta que rendido por la fatiga y calado hasta los huesos, me tiré al suelo, falto de alientos para seguir.

Medio aletargado permanecí no sé cuanto tiempo: de repente una mano se posó sobre mi hombro, y levantando la cabeza me encontré con un monje.

Era un hombre joven, al parecer, y sus ojos azules claros..., muy claros me miraban con compasión, y al mismo tiempo con rudeza; cubría su cuerpo tosco sayal y el capuchón caído dejaba al descubierto su cabeza y su frente ancha y despejada... Junto a él un hermoso mastín negro meneaba la cola con satisfacción: a él, como supe más tarde debí el no permanecer más tiempo abandonado.

¿Quién era aquel monje? ¿Dónde vivía?

Mientras interiormente me hacía estas preguntas, mi salvador me ayudaba a ponerme en pie; quise explicarle lo que me había ocurrido, más él, haciendo un ademán como significando que lo mismo le daba, echó a andar parándose después de unos veinte minutos de marcha. Sin darme cuenta había llegado en mi excursión al límite ambicionado y no fué poca mi sorpresa al hallarme de repente frente a la cueva que coronaba la cresta de la montaña y que resultó ser la habitación de mi guía.

Sin hablar palabra, éste me hizo entrar; con presteza, que denotaba costumbre, encendió un fuego que devolvió a mis ateridos miembros la elasticidad perdida; siempre en silencio, sacó una jarra de tosco barro y poniéndola sobre el fuego, me hizo beber un vaso de leche que acabó de reponer mis fuerzas.

Seguía yo con la mirada a mi extraño guía, cuando le ví estremecerse y fijar en mi con horror sus expresivos ojos que me atraían como un imán; sorprendido de este cambio, tan brusco, hice un movimiento pero él sin dejar de mirarme y con voz ronca exclamó:

—Perdone usted, la vista de esa rosa que lleva prendida tiene la culpa de todo...

—¿Algún recuerdo doloroso?—me atreví a insinuar—llevándome instintivamente la mano al ojal de la americana donde mis amigos habíanme puesto una rosa para bromearse del *cazador-poeta*, como me llamaban, y que permanecía tan fresca como cuando se erguía altiva en su rosal. El monje movió lentamente la cabeza, observé que a pesar de su juventud parecía viejo; a causa de la demacración de su semblante rudo pero simpático; parecía sostener una lucha consigo mismo, pero, de repente y como no pudiendo más, habló así:

—No sé lo que me mueve a hablarle como no lo he hecho a ningún otro hombre, exceptuando al pobre anciano que vivía aquí y el cual me dió albergue en esta cueva; quizá su rostro me inspira confianza... quizá sea a causa de la rosa... De todas maneras voy a desahogar mi pecho.

"Vivía en un pueblecito lejos de aquí (el nombre no importa); era yo, por entonces, herrero, y, como trabajaba con ahinco, no me faltaba qué hacer y nos íbamos sosteniendo mi madre y yo; frente a nosotros tenía su casa el tío Tomás, el cual vivía con su hija, llamada Rosa.

Decirle a usted que la quería, es poco; de niño y después de hombre la amaba con tal pasión que me hubiera dejado matar por ella, y una sonrisa que me concediera, me bastaba para ser feliz; pero también ¡qué guapa era! En todo el pueblo no había una que lo fuese tanto; sus ojos tenían el brillo del diamante, eran negros, negros como el azabache, alta, delgada y con cierta elegancia que me imponía; era la envidia de las mozas y la desesperación de los mozos, que se morían por ella; con esto ya me comprenderá usted lo orgulloso que me tenía la preferencia de Rosa... ¿Por qué me la demostraba? No lo sé; sólo sé que por las tardes a la salida del trabajo acudía yo a la fuente donde Rosa iba a llenar el cántaro y más feliz que un rey marchaba a su lado hablándola con frases salidas del corazón.

Aquí se interrumpió el pobre monje y sus ojos se fijaron con cierta melancolía en el cielo, recordando aquellas tardes que, aún después de tanto tiempo, no había podido olvidar. Luego continuó, diciendo:

—Mi madre deseaba que una vez casado, viviésemos con ella; accedí gustoso, tanto más cuanto que Tomás tenía un hijo para cuidarle, y mi viejecita y yo éramos solos en el mundo; hablé de ello a Rosa y lo tomó mal, replicó no sé cuántas cosas que me indignaron, y aquella tarde, por primera vez, no acudí a la fuente; pero en mí duran poco los enfados, volví al día siguiente, no se habló más de la cuestión, y me pareció que Rosa seguía queriéndome como antes.

Cuando — aquí la voz de mi interlocutor se alteró — volvía yo hacia mi casa, de regreso del pueblo próximo, a donde había ido aquel día, — y antes de ver a mi viejecita quise entrar a saludar a Rosa: cuestión de pasos, ya ve usted. Al llegar cerca oí que hablaban; me paré, me parecía que la sangre se me helaba, hice un esfuerzo, me arrimé sin ser visto...; y, a qué cansarle con detalles: lo de siempre, una mujer coqueta pisoteaba mi amor engañando á otro...

En el que hablaba reconocí al hijo del barbero, muchacho algo tímido que de no ser impulsado por Rosa no hubiera nunca obrado así... Al ver lo que ocurría, dí un grito, grito que debió de oirse en todo el pueblo; la sangre me cegaba, llevaba una navaja y la clavé en el corazón de la mujer que se había burlado de mí.

Rosa cayó sin decir, ay, — continuó el solitario con voz ronca, — el que me la robaba huyó en cuanto me vió, sin duda alarmó al vecindario porque, cuando lívido y palpitando mi corazón, como si fuera a romperse, no me atrevía a avanzar ni a retroceder, oí rumores de pasos. Entonces volví al sentimiento de la realidad, y, antes que pudiera nadie tocarme, arrojé el ramo de rosas que le llevaba de regalo y que eran iguales a esa que tiene usted en la americana, sobre el cadáver de la que tanto había amado, y huí, huí hasta llegar a estos montes. Un anciano vivía en esta cueva, era un santo varón, me acogió con dulzura y me ofreció este asilo seguro contra los que me perseguían. Cuando la muerte cortó sus días, ocupé su lugar, y, desde entonces, paso a los ojos de la gente de la aldea por el sucesor del que veneraban como a un santo.

—¿Y nadie sabe su paradero? — pregunté después de largo rato de silencio.

—Nadie; supe porque lo oía contar, que me buscaban, supe que mi madre había muerto de pena, pero nadie reconoce en el austero penitente de la cueva al hombre que vengó su ofensa matando a una mujer...

Mientras hablaba, la tormenta había terminado, el arco iris extendía sus brillantes colores por el azul del cielo, un perfume delicioso embalsamaba el ambiente y un aire frío ensanchaba los pulmones.

Miré el reloj; era tarde, y, seguramente, mis amigos, aunque hechos a mis correrías, me buscarían, inquietos de mi prolongada tardanza; era preciso partir y así se lo manifesté al que acababa de relatarme su desgracia, preguntándole:

—¿Y piensa usted permanecer aquí siempre?

Siempre; en esta cueva hago penitencia de mi crimen, que Dios me perdone... Usted es joven, acuérdese de mi ejemplo y no olvide al solitario que morirá entre estos breñales, cuando pudo ser feliz sin la traición de una mujer...

Y cuando, ya al despedirme, me indicó el camino más recto, que debía seguir y me saludó con la cabeza... le alargué la mano, en la que él depositó la suya, mientras que las lágrimas brotaban en profusión de sus ojos... y por un movimiento impulsivo me arranqué la rosa, entreguésela y me alejé sin decir palabra.

Dí algunos pasos y me volví: el sol empezaba a descender en el horizonte, pero su resplandor rojizo iluminaba aún las majestuosas montañas; uno de sus rayos envolvía como un cerco de oro al pobre solitario. Lo último que le ví hacer fué llevarse la rosa a los labios y despacio... muy despacio, imprimir en ella un beso!

. . . .

Hacía ya tiempo que la reunión se había disuelto... asomada a mi balcón, mi pensamiento volaba a las montañas asturianas donde, escondido entre sus escarpadas cimas, habitaba el pobre monje que tan terrible misterio escondía en su vida!

LA DIRECCION DE "FRAY MOCHO"


Señor Pedro Rojas, codirector


Señor Juan B. Coltella, codirector


Señor José de Robledo, subdirector

De hoy en adelante, la ardua labor periodística que pesa sobre nuestro director, don Pedro Rojas, será compartida por el señor Juan B. Coltella, quien, en carácter de codirector de Fray Mocho, se incorpora al personal de esta Revista, aportando el concurso de su inteligencia y entusiasmo a la obra común de los que trabajamos en esta casa. Secundará la acción de los nombrados el señor José de Robledo, en sus funciones de subdirector, siguiendo la ininterrumpida labor que viene desplegando en Fray Mocho desde la fundación de la Revista.

SOCIALES


La señorita Matilde Soriano Torrejón y el doctor Pedro Osvaldo Sagreras, después de su enlace


Señorita Adela Josefina Oyuela


Los contrayentes, señorita María Luisa Gallia y señor Leonardo D. Garibaldi después de la ceremonia nupcial.


La señorita Rosa Elena Mandayo y el señor Eduardo Balzano, recientemente desposados.


Enlace Demaría Fauvety. — Los novios después de sus esponsales


El señor Eusebio Rodríguez y su señora Luisa Corzi, rodeados de sus hijos al cumplir sus bodas de plata matrimoniales.


La señorita Elena Angélica Otengel y el señor Federico Carlos Berger últimamente desposados

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Dolores del Río, la famosa y notable actriz mejicana a la cuál presentará Artistas Unidos próximamente en "Ramona"



Lars Hanson y Lillian Gish en "La letra escarlata", próximo estreno extraordinario de Metro-Goldwyn-Mayer



La bella Elinor Fair, protagonista de "Mi amigo el hindú", que Glucksmann está exhibiendo



Carol Nye y Myrna Loy en "La chica de Chicago", film del programa Ajuria que la General estrenará el sábado próximo.



Larry Semon, protagonista en una escena de "Norah, la vampiresa", que la New York Film exhibe con éxito.



Dorothy Sebastián y Tom Sautschi en la película extraordinaria "El fantasma del mar", que estrenará en breve la Corporación.



Marjorie Daw en una escena de "Esposas inconscientes", que la Corporación estrenará el domingo



Buck Jones en "Tan bueno como el oro", que la Fox Film estrenará pasado mañana

DE CANARIAS

Visita del gobernador a las islas de Fuerteventura y Lanzarote





El gobernador civil de Canarias, (x) acompañado del delegado de la Isla de Lanzarote, en camino hacia la Montaña de Fuego, durante la visita que recientemente efectuara a la mencionada isla y a la de Fuerteventura.



El gobernador y las autoridades locales frente a la escuela de la antigua Fuerteventura



El mandatario presenciando el conocido experimento del rabdomante, para localizar el agua, sirviéndose de una varita de avellano.



La comitiva oficial en camino hacia la Betancuria



Las autoridades de Puerto Cabras y un grupo de señoritas de la localidad, acompañando al gobernador, a su llegada a la población



Durante un alto en el camino a la Montaña de Fuego, en cuyo viaje se utilizó el camello, característico elemento de movilidad en el archipiélago.



Los alumnos de las escuelas de Feguise (Isla de Lanzarote), rodeando al gobernador

Fots. Maisch

LA CORBATA AZUL

Por Atilio Chiáppori

—¿Visita usted a menudo a Máximo Lerma?

—No, señora, desde los días de su reclusión.

—Eran grandes amigos...

—¡El desdichado!... No lo frecuento para evitarme un dolor inútil, ya que mi afectuosidad en nada puede beneficiarle.

—Entonces, ¿está irremisiblemente perdido?

—Perdido para siempre.

Callamos. Un enervamiento contagioso flotaba en la atmósfera suave de aquel crepúsculo de fines de abril. La pálida coloración del cielo uniforme, la inmovilidad perfecta de los árboles, el profundo silencio comunicativo que previene el descenso de las sombras — toda esa ausencia de vida patética en la naturaleza, — volvía el espíritu hacia las cosas lejanas y tristes.

Mi interlocutora, cediendo a la emoción del momento, provocaba los recuerdos dolorosos.

—¡Qué horror cuando se piensa en la infortunada Luisa que ha muerto creyéndole un culpable, tal vez odiándole! ¡Y qué lucha interna, bárbara la de ese pobre obsedido! Lo espantable es la insidiosa llegada del mal, imprevista para uno mismo, sin ningún signo precursor, con la suma crueldad de no ser, siquiera, completamente inhibitoria de la razón... ¿Es posible semejante desharmonía en la naturaleza humana?

—Tout homme est revetu d'invisible cilices — respondí con Leconte.

Hubo un momento de silencio.

—Nunca me ha referido usted los incidentes de la tragedia...

—¿Quiere aterrarse?

—Creo que he dejado de ser una niña...

—¿Está usted segura de no seguir siéndola, a pesar de todo?

—No hablamos de mí — repuso con la más encantadora seriedad.

—Entonces ¿lo desea?

—Lo exijo — intimó sonriendo.

En el jardín las sombras descendían gradualmente.

—Debo rectificar una de sus reflexiones: los signos precursores no han faltado; sólo que, en estos casos, el virtual encadenamiento de la vida los anticipa, muchas veces, a la del mismo enfermo. ¿Recuerda el carácter melancólico de la madre de Máximo, sus frecuentes paroxismos angustiosos sin motivos ostensibles de ningún género, que labraron su infelicidad y la de los suyos hasta el fin de sus días?

—Sí.

—Bien. Este desequilibrio, redivivo en el hijo, bajo la forma de la hiperestesia que malograra sus mejores aptitudes, hizo crisis con aquella escena tristísima que, gracias al examen de los profesionales y a sus propias declaraciones, ha sido fácil reconstruir.

Aquella noche, daban las ocho y Máximo seguía debatiéndose con su congoja sin decidirse a volver a su casa. Desde la una, que llegara a la ciudad resuelto a consultar con el célebre doctor Biercold, habíala recorrido en casi toda su extensión, extraño al pululamiento de la calle, como un ausente, sin cumplir su propósito. A esa hora la de Florida volvía a animarse con la concurrencia de los grandes restaurantes a la moda, y el tráfago de ruidosos carruajes que conducían familias a los espectáculos públicos.

Máximo miraba, sumido en una especie de autopatía, a la multitud satisfecha y alegre que llenaba las aceras. Pero al llegar a la Avenida, la visión de una pareja apretada en la tenue penumbra de un café, le asoció la idea de su joven esposa que debía esperarle inquieta por ese retardo inusitado.

—Es necesario — se dijo — que resuelva este conflicto absurdo.

Detúvose. Y como siempre que, desesperado, a fuerza de voluntad, se libertaba de su preocupación ansiosa, experimentó un tremendo cansancio, análogo al que sucede a todo paroxismo. Los músculos tetanizados por la marcha incesante, comenzaban a relajarse dolorosamente, el estómago desvanecíasele de vacuidad, y, completando la sensación de languidez general, apretábale la garganta un nudo atroz.

Dirigióse hacia el bar más cercano para pedir a la fugaz excitación del alcohol la energía agotada, pero la presencia de un guardia de seguridad infundióle un miedo imperioso, incoercible. Retrocedió sobresaltado, con la precipitación de los perseguidos, sin volver la cabeza, estremeciéndose a cada paso. Sólo a las dos cuadras tuvo conciencia de ese temor pueril.

—¿Por qué huyo? — interrogábase afligido. — ¡Pero yo me vuelvo loco!

Se descubrió. Durante varios minutos permaneció inmóvil, gozando de la fresca impresión con que el aire de la noche serenaba su frente caldeada. Aún persistía la ansiedad que oprimiera su pecho, más la razón ya aceptaba el discernimiento. Entonces, como quien habla a otro, en pleno estado de dualidad, trató de convencerse.

¿Cómo era posible el temor de ceder a ese deseo inconfesable? ¿No quería a Luisa por encima de todas las cosas, más que a su vida, tanto como a un Dios? ¿Por qué hacerle daño, pues?... Aun suponiendo que no le abandonase el impulso exasperante, ¿no estaba su conciencia, su voluntad para mantenerlo definitivamente extático? ¿Acaso, por que, días anteriores al hacerla distraído el moño de la corbata corriera el nudo más de lo necesario, debía dudar de sí? ¡Oh, qué absurdo!

—Volvamos a casa.

Así resuelto, después de comprar los diarios de la tarde, subió en el primer tranvía eléctrico que iba a la Floresta. Daban las nueve cuando llegó a Flores, casi tranquilo, interesado en la lectura de las últimas noticias. Pero en la estación, al cambiar de coche, volvió a inquietarse. Experimentó una sensación indefinible: algo así como un repentino obscurecimiento cerebral, al mismo tiempo que una onda dolorosa le recorría los músculos posteriores del cuello hasta la base del cráneo.

Muy pocas personas viajaban a esa hora. Un viejo labrador, desplomado en un banco delantero, quizás beodo, miraba entenecido y su pipa apagada; atrás dos jóvenes comentaban en voz alta mil frivolidades; y en el asiento anterior, una mujer de porte elegante leía una novela. Inconscientemente comenzó a examinarla. Debía ser bonita. La nuca, velada por leves rizos castaños, era graciosa; el cuello esbelto y fino.

—¡Qué rara coincidencia! — pensaba Máximo. — El mismo color de cabello que Luisa.. La misma delicadeza de líneas... ¡Dios mío! ¿Por qué serán tan frágiles los cuellos femeninos?

De pronto se estremeció.

—¿Por qué pienso estas cosas?

Miró a los compañeros de viaje y parecióle que tenían los ojos fijos en él.

—¿La habré tocado?

Esta duda alucinante, admitida sin ninguna reflexión, vino a exagerar de tal modo su interno suplicio que en la primera esquina descendió. Y se detuvo en la obscuridad con la mirada estupefacta, fija en el coche que se alejaba horadando las sombras en medio de una fugitiva florescencia de chispas azules. Minutos después, sin deliberar, como un autómata, encaminóse a su casa.

Junto a la verja encontró a Luisa agitada por la ansiedad de la espera, y un repentino escalofrío recorrió sus miembros.

—¿Por qué llegas tan tarde, Máximo?

—Me he entretenido con un amigo — contestó impasible, asom-

brándose él mismo de la espontaneidad con que mentía.

—Bueno, ven; vamos a cenar.

—No, perdóname; ve tu sola... deseo acostarme en seguida...

—¿Estás enfermo?

—Fatigado no más; ve...

—¿Sola? ¡Ah, no!

—¿Por qué?

—No, querido, no insistas... De todas maneras no tengo apetito... Acostémonos... Pero, ¿por qué ni me miras?

—¿Qué no te miro? — dijo Máximo temblando de pies a cabeza al reparar que su mujer llevaba puesta la obsesionante corbata azul.

—A tí te pasa algo... No lo ocultes...

—No, Luisa, ¿por qué negártelo?

En este momento entraban en las habitaciones, no ya como de costumbre, en riente pareja, sino la una en pos del otro, de improviso distanciados por ese algo impalpable y hosco que preside las rupturas del espíritu. Al cruzar la pieza tocador, Máximo notó que su mujer no le seguía. Detúvose indeciso, presintiendo la impresión penosa que esa frialdad debía causar en su sensible compañera. Entonces vivió los más turbadores instantes de excitación. De un lado, los sentimientos de esposo amantísimo; de otro, la firme voluntad de evitar la más mínima circunstancia íntima que pudiera exasperar su delirio. Pero, al fin, triunfó el amor fortalecido con los recuerdos de los días felices, de las apasionadas caricias, traídas a su memoria por el testimonio de los objetos que lo rodeaban, y se volvió hacia ella rojo de vergüenza.

Luisa, inmóvil, contemplábale en silencio. Sus grandes ojos claros, muy abiertos, humedecidos con lágrimas que se esforzara en retener, brillaban como dos astros humanos; y el combado seno latía profundamente con amplias inspiraciones, reveladoras de una congoja infinita. Ese dolor mudo que parecía haberse concentrado en la expresión angustiosa de las pupilas, revivió en él tan intenso que, sobrepasando la agudeza de su tortura, hízole suplicar, mientras la tomaba de las manos:

—No te aflijas Luisa... ¡por favor! ¿No vez como estoy fatigado?

—Sí, sí, — repetía ella — pero ni una palabra cariñosa, nada, ni siquiera me miras...

Máximo, invadido por una gran ternura, la acarició con vehemencia en los labios; y ella, ya más conforme, deseosa de retenerle, dijo:

—Pero antes tomarás una taza de té preparado por mí...

—Bueno, — murmuró Máximo, a quien la inminente conjunción del beso lo entregaba de nuevo al paroxismo, mientras Luisa, en voz baja, oprimiéndole amorosa, añadía:

—... Y en castigo de tu retraso te condeno a asistir a mi tocado...

E interpretando un consentimiento en el silencio de su marido, separóse contenta, casi alegre, porque no pudo ver cómo a sus espaldas se retorcía las manos.

Sentóse en un sillón que la lámpara de alto pie, velada por coqueta pantalla ambarina, dejaba casi en penumbra. Un martilleo furioso destrozaba sus sienes y no sabía como ocultar su agitación. El silencio era tal que se oía el canto del agua que humeaba en la tetera sobre una mesita colocada en el centro.

Luisa, después de avivar la luz, comenzó a desprenderse la bata, enviándole por el espejo deliciosos mohines de enfado. Máximo sonreía, pero su risa espasmódica mejor semejaba un rictus que una expresión afable. Y por más que se esforzara en no mirarla, sus ojos espiaban sus movimientos con verdadera avidez.

Vió, sacudido por hondas palpitaciones, como deshacía el moño desataba los magníficos cabellos castaños que se desparramaron como una honda cálida y compacta, por la espalda hasta más abajo de la cintura; y por delante, divididos en dos opulentos haces que seguían los bordes del entreabierto peinador, inundaron su alto seno agitado bajo la batita trasparente. Durante unos minutos deleitóse contemplándola auroleada por mil raros efectos de luz. Su cabellera resaltaba con brillazones dorados que recorrían toda la gama de los matices—desde el pálido auricalco hasta el sangriento bronce batido—sobre un fondo de cambiantes luminosos entre los que predominaba el verde amarillo de los crisoberillos.

Sin poder evitarlo, Máximo ya no apartaba los ojos de esa débil garganta que, sele aparecía ceñida de una cinta azul que luego era violácea, luego roja, de bordes nítidos como los de un nevus. Y bajo la influencia de esa alucinación, una ola de placer siniestro recorríale las venas, irrigaba su cerebro en cuyo centro sentía fluctuar un núcleo vagamente doloroso. Una sed de agonía quemábale el paladar, y los ojos, propulsados de las órbitas por la fuerza de la mirada, dolíanle a intervalos con punzazos lancinantes.

Ya no luchaba; al contrario, dejábase poseer con voluptuoso espanto por el deseo de oprimirla. De su "yo"—casi abolida la actividad psíquica — apenas persistía un resto de conciencia pasiva, espectante. Y cuando más lo tensionaba ese ímpetu cruel, imperioso como un instinto, generábase en su espíritu una asombrosa agudeza para percibir los más mínimos detalles materiales. Así, de todo el cuerpo de su mujer, sólo el cuello, fino y redondo, atraíale con la fuerza de un maligno hechizo simpatista, de una fascinación sensorial. Y era tanta la vehemencia de su organismo que, a la mera idea de aprisionarlo, su sensibilidad hiperexcitada transmitíale alucinaciones físicas: ya se le ahuecaban las manos en cuyas palmas tenía la sensación anticipada del contacto.

En este instante, Luisa, creyendo que la examinaba así por curiosidad, le dijo:

—Sí, sí; ya puedes mirar... Todavía conservo la señal de tu descuido.

—¿Cierto?...—preguntó Máximo con voz ronca, mientras su razón desaparecía en el obscuro vértigo de lo irresponsable.

—¿A ver?

—Mira... — añadió la infeliz, acercándole el cuello en cuya piel láctea percibíase una pequeña mancha cárdena cual la que deja la prolongada succión de un beso.

Máximo no vió nada, no sintió sino que la impresión de contacto en las palmas de las manos era más intensa, y que sus músculos se contraían en un esfuerzo consolador.

—¿Se imagina usted — pregunté interrumpiendo el relato — todo el horror, la inaudita confusión de ideas y sentimientos que experimentara Luisa en aquel minuto al ver a su esposo, a quien amaba con delirio, siniestramente transfigurado, ahogándola sin piedad?

—Continúe...—respondió, despacio, mi interlocutora.

—Cuando volvió en sí aún conservaba apretado el cuello de su jóven esposa, que presentaba, esta vez como un collar, la franja cianótica producida por la presión de los dedos. Loco de desesperación quiso reanimarla, pero la desdichada ya había expirado a causa de uno de esos reflejos nerviosos que acarrean la muerte antes que la asfixia. En su rostro exangüe, los grandes ojos inmotos, con las pupilas desmensuradamente abiertas, mirábanle opacos como dos astros apagados...

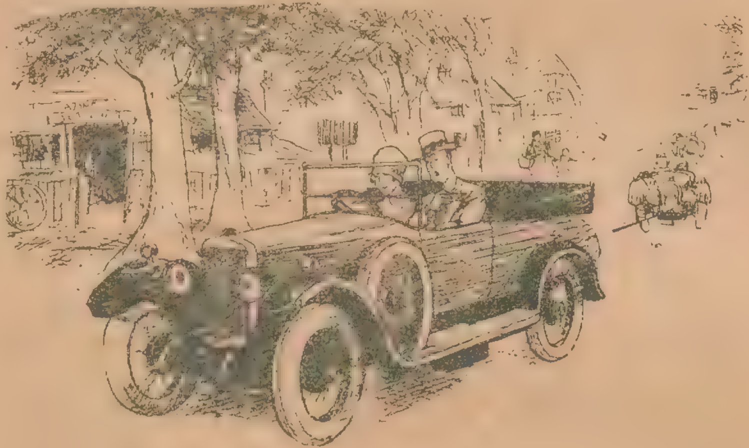
—Lo demás, usted lo sabe—concluí:—la desesperación apresuró la demencia precoz de ese pobre amigo.

Mi oyente no contestó. Con la mirada perdida a lo lejos parecía seguir el vuelo lejano de su pensamiento.

De pronto, estremeciéndose de modo casi imperceptible, dijo:

—Ha resfrescado mucho, entremos.

Bajo nuestros pasos, mientras nos alejábamos en medio de los árboles inmóviles, crujía la arena del camino.



—EL INSTRUCTOR. — Ahora saque hacia fuera la mano para que los que vienen detrás sepan que va a dar la vuelta hacia la derecha, la izquierda o a estrellarse contra un árbol...

DURANTE NUEVE LUNAS.

(Del próximo libro "Flechas en la Mañana")

Durante nueve lunas, tu cuerpo de estatuária,
tomó la forma cóncava de las ánforas griegas,
y tus ojos negrísimos, de mirada violenta,
tomaron dulcemente, serenidad de cielo.
El color rojo oscuro de tus labios sensuales,
cambió áquel rictus raro, provocante y maligno,
por sonrisa tiernísima, por temblor, por plegaria.
Y tus manos inquietas, largas, finas y pálidas,
se enredaron en lana de increíble blancor.
El fingido violeta de tus grandes ojeras,
en azul pincelada de pronto se cambió,
y tu negra cabeza, como una flor inmensa,
al peso de su fruto maduro, se dobló.
Y esperando, esperando, pasó todo el invierno,
y en la espera sublime llegó la primavera,
y cuando las glicinas sus pétalos abrieron,
y en una lluvia lila inundaron la tierra,
te he contemplado, absorta, con las manos cruzadas
sobre el pecho repleto por obra del amor,
y en el regazo suave, tu fruto palpitante
todo envuelto en las lanas de increíble blancor!

Tery MORRISON

LA MONJA ALFEREZ

UN FINGIMIENTO DE VEINTE AÑOS

Por Leopoldo Soler y Pérez

En los años de 1620 y 24, las gentes acudían al paso de una monja, que, acompañada por clérigos, frailes y un prelado una vez, andaba por las ciudades del Perú en visita de conventos donde hospedarse. Impulsaba a la concurrencia el deseo de ver a un extraño personaje, que, femenino, era alférez y había figurado durante muchos años en las batallas contra los indios, en multitud de aventuras de capa y espada, a punto de ser ahorcado y ocultando su sexo y filiación hasta en convivir con sus tíos y hermano. La curiosidad era, pues, justificada y el caso extraordinario. Porque mujeres de ánimo belicoso las ha habido en todos tiempos. La mitología griega creó el reino de las amazonas, cuyas luchas con los helenos figuraban esculpidas en los templos y como estatuas independientes en la obra del insigne Polícleto. Y un gran río americano, el Amazonas, debe este nombre a la afirmación de haber luchado con una tribu de indias guerreras el descubridor Orellana en 1539. Mujeres que vistieran traje varonil también las hubo y las hay: por varios motivos, uno nada digno, el espinaje; otros, la caza, la aviación, los deportes, la evasión o el amor. Pero una mujer, que a los quince años y después de once de clausura, sin haber visto la calle, tomaba la resolución, sin consejo ni impulso de nadie, de hacerse pasar por hombre, y sostiene esta simulación durante tantos años no viviendo aislada, sino dándose a toda clase de relaciones con gentes de su sexo y más del otro, enamorando o peleándose, matando y siendo herida, acogiéndose al asilo de los conventos largas temporadas y sosteniendo su papel aun conviviendo con sus parientes..., esto es inaudito, y sin caer en la comparación de las mujeres ilustres — ¡Safo, Aspasia, Porcia, Santa Teresa de Jesús y Mad. Stael!— como hizo el editor Ferrer, en 1829, ni venerarla, como ella afirma que la dijo un obispo, al conocer el sexo y vida; su historia admiró a sus contemporáneos, dió osunto a una "Comedia Famosa", de Montalbán; pintores como Pacheco y el italiano Crescencio la retrataron, y en 1838-39 resumió esa historia, en el "Musée des Familles", la duquesa de Alrantes, y en 1894 la tradujo al francés el poeta Heredia, en libro ilustrado por el famoso dibujánte Daniel Urrabieta Vierge, y que ha entrado en la categoría de los raros. Esa historia la heroína la escribió o la dictó en el buque que la devolvió a España, y su estilo conciso y varonil muestra bien su carácter en aventuras que a veces son cuadros de la vida social, en que figuran monjes, caballeros, damas, militares, tahures, comerciantes...

El relato comienza así: "Nací yo, doña Catalina de Erauso, en la villa de San Sebastián de Guipúzcoa, en el año de 1585, hija del capitán D. Miguel de Erauso y de doña María Pérez de Galarraga y Arces, naturales y vecinos de aquella villa".

A los cuatro años de edad la entraron en el convento de San Sebastián el Antiguo, que es de monjas dominicas, y donde era priora una prima hermana de la madre. A los quince años era novicia, y no llegó a profesar, porque en una noche, resentida ella de que la maltratase una monja viuda y más fuerte, huyó a la calle, que nunca había visto, tomando las llaves de la priora. Ocultóse en un castañar contigo, y fuera del pueblo dejó el hábito e hízose vestidos varoniles con la basquiña de paño azul y el faldellín de perpetuan que debajo llevaba. Cortóse el cabello, y en la tercera noche se fué a pie a Vitoria, a veinte leguas, alimentándose con las hierbas que topaba por el camino.

En Victoria sirvió a un catedrático, casado con una tía de Catalina, al cual no se dió a conocer, y le dejó a los tres meses, porque quería, llegando a maltratarla, que siguiese estudios. Cogióle unos cuartos, y por doce reales llevóla un arriero a Valladolid, donde fué siete meses paje, llamándose Francisco Loyola, de D. Juan de Idiáquez, secretario del rey. De esa casa escapó al llegar nocturnamente el padre de Catalina, que la buscaba, y preguntó a otro personaje, presente ella, si podía visitar a Idiáquez. Se fué ella a Bilbao, sin saber adónde ir, dejándose llevar del viento como una pluma, y allí, a unos chicos que la miraron y cercaron fastidiándola, tiróles piedras, e hiriendo a uno, se la encarceló por un mes. Al salir partió para Estella, donde sirvió dos años a un caballero santiaguista, dejándole por capricho. Paso a San Sebastián, y aquí, bien vestida y galán oyó misa en su convento, sin darse a conocer a su madre, que la miraba. En Pasajes embarcó para Sanlúcar, visitó Sevilla, y de allí para Punta de Araya y Cartagena de las Indias, yendo como grumete en un galeón de la Armada mandado por un tío, suyo, quien le tomó cariño y le puso a su servicio. Tampoco se le dió a conocer, y en la noche en que el buque había de volver a España, Catalina, durmiendo su tío, lo abandonó.

Sirvió a comerciantes en Panamá, Saña y Trujillo (Perú) y en la segunda villa tuvo el primer desafío con un fulano Reyes, que le quitaba la vista en el teatro, y comenzó la serie de sus asilos o refugios en las iglesias y conventos, donde pasaba muchos años. En Saña imitó la fuga del casto José, con la dama de su amo, y en Lima, adonde fué desde Trujillo, se la despidió por jugar y triscar con la cuñada de otro, la cual quería casar con Catalina. Enumera en Lima, capital del opulento *reino del Perú*, las instituciones que fundó España: 102 ciudades, 28 Obispados, 6 Audiencias, y en aquella ciudad, catedral parecida a la de Sevilla, 7 parroquias, 12 conventos, Tribunal de la Inquisición, virreyes.

Despedida en Lima, Catalina se alistó para la "campaña de Chile", y en la Concepción de este reino halló a su hermano Miguel, capitán y secretario del gobernador, ausente de la familia cuando ella tenía dos años, y que al saber donde nació preguntóla por sus padres y hermanos. No se dió a conocer, aunque comieron juntos casi tres años. Miguel, que tenía una querida, por Catalina también visitada, tuvo celos, y aguardándola a la salida de la casa de aquélla, acometió a su hermana y la hirió. Hubo ella de defenderse, y, temerosa del rogorismo del gobernador, entróse en el convento de franscisnos. Aquél la desterróó a Parcabí, donde pasó tres años de trabajo y defendiéndose de los indios invasores. Reforzados los españoles, Catalina, en la "batalla de Valdivia", recobró, herida, la bandera que un cacique, al que mató, se llevaba. Nueve meses después la nombraron "alférez" (antiguamente, abanderado), cargo que tuvo cinco años, y por muerte del capitán mandó seis meses la compañía.

"Una tragedia". — Vuelta a la Concepción, donde vivía tranquila, la fortuna que jugaba con ella hizo que un día riñera con otro alférez en una casa de juego, y al ruido acudió el auditor general, que, sujetándola fuertemente, la zamarreó, hiriéndole mortalmente ella. Asilóse en la iglesia de los franciscanos por seis meses. El gobernador cercó el templo en un principio, después suavizó el rigor y Catalina recibía visitas. Un alférez la pidió que le acompañase en un desafío nocturno. A las diez acuden, y la oscuridad era tanta, que no conoció a su hermano, compañero del contrario, y le hirió mortalmente. Como los otros dos caídos, gritaba él: "¡Confesión!" Catalina corrió al convento, y salieron dos monjes. El gobernador cercó el convento y quiso entrar; los monjes, celosos de su privilegio, le dijeron que si lo hacía no saldría. Miguel fué enterrado allí, y desde el coro su hermana le vió. ¡Dios sabe con qué dolor! Ella siguió allí ocho meses, y un amigo le dió caballo, armas y viático, para que partiese a Valdivia.

* * *

Acompañaban a Catalina dos soldados desertores, y en "los Andes" (cumbres de 6.334 metros), recorriendo 330 leguas, sufrieron hambre, sed y frío terrible. Hubieron de matar los caballos para comer en tasajo su carne enflaquecida. Toparon con dos hombres que, arrimados a los peñas, con la boca abierta, como riéndose, se habían helado. Murieron los soldados, y Catalina lloró por la primera vez en su vida, y rezó el rosario a la Santísima Virgen y al glorioso San José. Por fin, salió del reino de Chile y entró en el de Tucumán según el temple tibio que reconoció. Rendida de cansancio y de

MAÑANA DE PARTIDA

Una luz recién nacida se derrama sobre el mundo,
Olores de selva llegan en las ancas de los vientos.
Menuda llavizna oblicua solloza sobre los campos,
Pardo horizonte de plomo: ¿Qué guardas para mi anhelo?

Mi corazón bailotea en la madrugada mustia
Con su copa rebosante de esperanzas y de sueños...
Como un gajo frutecido la emoción está de lágrimas
Mientras camino adelante me arranco triste del predio
Y se abre sobre mi frente la flor húmeda del día.

José Pedro HEGUY VELAZCO

hambre, previno su arcabuz, al ver venir dos hombres a caballo. Llegaron y la recogieron, llevándola a una casa de campo que a tres leguas tenía una señora mestiza, hija de español y de india. Ella la cuidó y vistió, y días después la propuso casarse con su hija, fea y negra como un diablo, muy contraria al gusto de Catalina, siempre de buenas caras. Para preparar la boda fueron a Tucumán, donde durante cuatro meses la fué difiriendo Catalina. Mientras tanto, trató a un canónigo provisor, que le ofreció para esposa a su sobrina, bella y rica, la cual le regaló vestidos y 200 pesos.

A las dos familias entretuvo hasta no poder más, y, montando a caballo, desapareció, no sabiendo nada después de la negra ni de la provisora. Enderezó hacia Potosí, a 550 leguas, cabalgando tres meses. En el camino la acompañaba un soldado que tiraba hacia allí, y se defendieron de tres ladrones, matando a dos. En el Potosí, sirvió, como mayordomo, a un harinero, que le encargaba de transportar trigo y harina de los llanos de Cochabamba a las Charcas, cargando 12,000 carneros de la tierra (Llamas), conducidos por unos 100 indios. Pero el amo tuvo querellas y encarcelamiento, y le dejó Catalina, volviéndose al Potosí. Entró de nuevo en la milicia, que dominó la rebelión de Ibáñez, colgándole con treinta y seis de sus parciales. A Catalina la nombraron ayudante de sargento mayor, cargo que sirvió dos años. Partió la tropa para el Dorado, a 500 leguas, y cuyo río llevaba oro por lo que los soldados querían conquistarlo.

Y al oponerse el gobernador jefe, desertaron muchos. Catalina entre ellos, yéndose a "la Plata", de cuya vida presenta un pequeño cuadro.

"Las etiquetas". — Catalina, amiga de un criado, dormía en la casa de doña Catalina de Chaves, viuda, y señora la más principal. Por ocupar un puesto en la iglesia en las estaciones de Jueves Santo, riñó esta señora con doña Francisca Marmolejo, casada con don Pedro de Andrades, sobrino del conde de Lemos, y la golpeó con un chapín. Promovióse gran tumulto. Doña Catalina se fué a su casa, y a ella acudieron parientes y amigos. Doña Francisca no se atrevió a salir de la iglesia, hasta que al anochecer su esposo, el corregidor, los alcaldes ordinarios y ministros, con hachas encendidas, la sacaron para su casa. En el trayecto, un ruido de cuchilladas apartó a las autoridades, dejando a la señora y entonces un indio pasó corriendo y con una navaja cruzó el rostro de la dama, y llegando aquél a la casa de doña Catalina, le dijo: "Ya está hecho". Fué grande el alboroto, y a los tres días el corregidor va a casa de doña Catalina y la recibe declaración de si sabría quién lo había hecho, a lo que contestó: "Una navaja y esta mano". El corregidor se salió, dejándola guardas. Un indio, criado de doña Catalina, atemorizado por el tormento, dijo haber visto a Catalina con traje y cabellera de indio, dados por su señora, y una navaja traída por un barbero vizcaíno. Detuvieron a ambos y se les dió tormento, desnudando a Catalina (que, según un escritor italiano, había hecho desaparecer el pecho por un emplasto doloroso), que negó su delincuencia, y se la quitó del tormento al recibir el alcalde de doña Catalina. Se condenó a los supuestos culpables, y apelando, los absolvió la R. Audiencia, condenando en costas a doña Francisca. "Que estos milagros suelen acontecer en estos conflictos, y más en Indias, gracias a la "bella industria".

* * *

En las Charcas no sabía que hacer un domingo, y jugó en casa del sobrino del obispo con algunos prebendados. Disputó con un comerciante sevillano, se pelearon y lo derribó, buscando asilo en la catedral. De ella salió una noche para Piscobamba, donde también por juego disputó con un portugués, le mató y no se asiló porque vió que nadie lo presenciara. Pero testigos pagados aparecen, y fué sentenciada Catalina a la horca. De ésta se salvó, por la misericordia de Dios, al presentarse un correo, que decía que los testigos, también condenados a la horca por no sabía qué delitos, declararon la falsedad.

"Singular aventura". — A Cochimbamba fué Catalina para liquidar cuentas con D. Pedro de Chavarría, esposo de doña María Dávalos, cuya madre era monja en Lima. Hospedada dos días en casa de aquéllos, se despidió y fué a tomar la mula que le habían traído, y al pasar montada por delante de la casa, vió un tumulto y a doña María, que, desde la ventana, le decía: "Señor capitán, lléveme usted consigo, que quiere matarme mi marido". Y dicho esto se arroja abajo. Dos monjes dicen a Catalina: "Llévela usted, que la halló su marido con D. Antonio Calderón, sobrino del obispo, y lo ha muerto, y a ella la quiere matar. Y diciendo esto me la pusieron a las ancas y yo partí". No paró hasta que a las once de la noche llegaron al río de la Plata, que iba grande y creía imposible vadear. Pero doña María dijo: "¡Adelante; pasad, que no hay otro remedio, y ayúdenos Dios"! Lo vadean y se albergan en una venta próxima, y cuando, al amanecer, siguen el viaje, les sorprende la aparición de Chavarrita sobre un caballo, al parecer cansado. Disparó desde unos treinta pasos la escopeta, cuyas balas oyeron silbar. Corrieron los fugitivos cuatro leguas y llegaron a la Plata, donde en el convento entró doña María. Al salir de él Catalina encuentra a Chavarrita, que la acomete, y compadecida del error de creerla su ofensor, se defiende solo, y peleando entran en la iglesia, donde se hieren mutuamente. Acude la justicia queriendo sacarlos, y los franciscanos de un convento frontero se la llevan a Catalina, con la ayuda disimulada del alguacil mayor, cuñado de su amo. Allí curó y estuvo cinco meses. También curó Chavarrita, que reclamaba a gritos a su mujer. El arzobispo y otros señores convencieron al matrimonio que debían profesar, y lo hicieron. Catalina fué absuelta de su querella, y la hicieron regalos la madre de doña María, ésta y otras señoras que visitó. Por recomendaciones de doña María, la Audiencia comisionó a Catalina para ir a Riscobamba a procesar a un alférez que había muerto a dos indios por robarlos. Le condenó a ser ahorcado, y lo confirmó la Audiencia de la Plata, donde se ejecutó.

En la Paz vivía tranquila Catalina, hasta que, conversando con un criado del corregidor, el demonio aventó en las brazas, y aquél la desmintió y dióle un sombrerazo en la cara. Tiró ella de daga y lo mató. Tanta gente se arrojó sobre ella, que la hirieron y encarcelaron. Condenada a muerte, tardó dos días, haciendo la confesión, y al comulgar en la celda, volvió la Forma, recibiéndola en la palma de la mano derecha, gritando: "¡Iglesia me llamo, Iglesia me llamo! (¡Apelo a la Iglesia!)". Prodújose gran tumulto, y todos la llamaban hereje. El señor obispo y el gobernador acudieron. Sacerdotes y pueblo se juntaron, encendiéronse los cirios del altar y trujeron el palio, llevando a Catalina en procesión a aquél. Allí, un sacerdote cogió la hostia y la introdujo en el sagrario. Rascó y limpió la mano de Catalina, y la dejaron sola. Un "santo religioso franciscano", su último confesor, le había dado este consejo. El gobernador tuvo un mes cercada la iglesia, y al fin, retiradas las guardias, un santo clérigo, por orden del señor obispo, reconoció el alrededor y dióle una mula y dinero a Catalina para irse a Cuzco.

En esta ciudad, tan popular y rica como Lima, atribuyeron a Catalina, mal reputada, la muerte del corregidor, que se supo después había hecho un fulano Carranza, y estuvo aquélla cinco meses encarcelada. Vuelta a Lima, peleó en el Callao contra los holandeses, que echaron a pique a la almiranta, salvándose Catalina, un franciscano y un soldado, que se acogieron a un buque enemigo, el cual, después de veintiséis días, los echó en la costa de Paita, a cien leguas de Lima, y a ésta, pasados muchos trabajos, los llevó un buen hombre. En dicha ciudad le ocurrió que pasando a caballo por una plaza, llamóla un alguacil por orden del alcalde, al cual dos soldados dijeron que el animal era el que les faltaba. No sabiendo ella, sorprendida, qué decir, se le ocurrió quitarse la capa, cubrir con ella la cabeza del caballo y proponer al alcalde que preguntase a los soldados cuál de los ojos le faltaba. Contestaron ellos que el izquierdo, y ella quitando la capa mostró que los dos ojos estaban sanos. El alcalde la dejó que montase y se fuese con Dios, y a los soldados los encarceló.

Se fué Catalina a Cuzco, y allí, jugando en casa de un amigo, vió

LA ROCA TARPEYA

Yendo a reconocer la Roca Tarpeya, entré por una puertecita vieja y agujereada. Una mujer alta, pálida, de mirar profundo y vestida de negro, fué quien me abrió y me condujo hasta el borde de aquella famosa roca de donde Manlio fué precipitado por haber pretendido la corona de Tarquino. ¿Esta es Roma? pregunté dentro de mí mismo. ¿Ese montón de ruinas que allá aparece, entre las cuales está ladrando lúgubremente un perro, fué la ciudad que dió Escipiones y Pompeyos? ¿Y esa triste montañuela que da mezquino pasto a cuatro esqueleteados búfalos, llamábase Trentino, y vió en sus faldas al pueblo romano y sus tribunos imponiendo la ley a los Quintios y los Claudios? ¿Esos ladrillos, casi negros, hacinados aquí y allá formaron tal vez la morada del gran Júpiter: de aquel barranco en donde veo durmiendo un pordiosero mostró Antonio por ventura el cadáver de César sacudiendo su ensangrentada clámide: por esa vereda espinosa, quizá la Vía Apia en otro tiempo, huyeron Casio y Bruto teñidos con la Roma en donde no hallasen servidumbre?

Juan MONTALVO

que un mirón de facha espantable, y al cual llamaban el nuevo Cid, tomaba por tres veces algunos reales del dinero de ella, y con un golpe de daga le clavó la mano en la mesa. Los concurrentes se enredan en pelea y salen a la calle, donde caen heridos Catalina y el Cid; pero se levantan y siguen riñendo a la puerta de una iglesia. El Cid murió, y a Catalina la llevan a su hospedaje, donde la confesó Fr. Luis Ferrer de Valencia, al cual ella, viéndose morir, le declaró su estado, y él maravillóse, la absolvió y la viaticaron. Días después la llevaron a los franciscanos, por recelo de la justicia, y allí estuvo hasta curar, cuatro meses. De Cuzco se marchó para Guamanga, huyendo del corregidor y de los amigos del Cid, y los de ella le dieron mil pesos, tres mulas, armas y tres esclavos. Llegada al puente del Apurimac (puente colgado de cuerdas de bejuco, de 80 varas de largo y 3 de ancho), quisieron prenderla, y defendióse, muriendo los negros y algún contrario. En Guacavélica sostuvo otra pelea, y en Guamanga, bella y rica ciudad, también el corregidor quiso detenerla cerca del palacio del "obispo Fr. Agustín de Carvajal", nacido en Cáceres. Pelearon y mató a un ministro, y al ruido salió el obispo con hachas y pidióla las armas, que le negó, aunque aquél le aseguró sacarla a salvo. Acometiéronla cuatro esclavos del corregidor, sin respecto a la presencia del obispo. Catalina derribó a uno, y al lado de ella se puso el secretario de aquél con espada y broquel, con otros, ponderando el desato. El obispo le quitó las armas y entróla en su palacio. Hízola curar, dióla de cenar y cerróla con llave, que se llevó. Al día siguiente la llamó el obispo a su presencia, le preguntó por su nacimiento y vida y exhortóla a pensar en la otra de tal modo, que ella se sintió tamañito y le confesó su sexo e historia: "...me embarqué, aporté, trajiné, maté, herí, maleé, correteé, hasta venir a parar en lo presente y a los pies de su señoría ilustrísima". El santo señor se quedó sin hablar, llorando, y dijo que tenía éste por el caso más notable, en este género, que había oído en su vida. Y al dudar de su verdad, Catalina le invitó la recocieran matronas. Halláronla virgen, y el obispo, delante de un capellán, la abrazó enternecido, y dijo: "Os venero como una de las personas notables de este mundo, y os prometo asistiros y cuidar de vuestra conveniencia y del servicio de Dios".

Vestida con hábito Catalina, la llevó el obispo a las Clarisas, que la recibieron procesionalmente. Cinco meses después murió el obispo, y a petición del arzobispo de Lima la llevaron a ésta, acompañada por seis hombres de espada. Allí durmió en el palacio arzobispal y comió en el del virrey príncipe de Esquilache, pasando a vivir en las Trinitarias más de dos años, hasta que llegaron los documentos probatorios de que en San Sebastián no había sido profesa. Con ello se la autorizó para dejar la clausura y volver a España. Hízolo en la Armada Real, y en el barco capitán *jugó y se peleó*, motivando que le llevasen a otro, la almiranta. Llegó a Cádiz el 1.o de noviembre de 1624 y obtuvo favores para dos hermanos que allí servían y conoció. En Sevilla y Madrid, las gentes acudían a verla vestida de hombre. En Madrid la hizo prender el vicario, sin haber por qué, y la hizo soltar el conde de Olivares. Al servicio de un conde pasó a Pamplona, dejando a aquél para ir a Roma, por ser el Año Santo del grande Jubileo. Se fué por Francia, y en Turín la tomaron por espía de España (por vestir de hombre) y la encarcelaron e hicieron volverse mendigando. Regresó a Madrid y presentóse al rey, solicitando pensión por sus servicios, lo que, en expediente que se hallaba en el Archivo de Indias de Sevilla, se le concedió en febrero de 1626, pensionándola con 800 escudos de renta.

Volvió a encaminarse a Roma por Cataluña, y en Bellpuig (Lérida) a ella y a tres amigos les roban nueve halhechores, por sorpresa, hecho que extrañó al rey al visitarle, en Barcelona, adonde Catalina llegó tan pobre que durmió en un portal. Embarcó para Génova y allí se peleó con un soldado que negaba el valor de los españoles. Recibióla en Roma el Papa Urbano VIII, que la autorizó para vestir he hombre, recomendándola no matara. Príncipes y prelados la inscribió en el libro de los ciudadanos romanos. En Nápoles se le burlan unas damiselas, diciéndola al verla vestida de hombre: "Señora Catalina, ¿adónde se encamina?", y les contesta: "Seroñas p... a darles a ustedes cien pescozones y cien cuchilladas a quien las defienda". Callaron y se fueron. Y con esto interrumpe su relato Catalina. En 1645 el capuchino fray Nicolás de Rentería era conducido por ella — que tenía un convoy de mulas y negros — desde Veracruz a Méjico. Vestía, dice el fraile, de hombre, con espada y daga adornadas de plata, y se llamaba D. Antonio de Eranso.

* * *

Don Vicente Riva Palacios, en su obra "Méjico a través de los siglos", t. II, dice que la famosa monja alférez, dedicada a la arriería, murió en Guitlaxtla, en el camino de Veracruz, en 1650, siendo suntuoso su entierro y honroso el epitafio de su sepulcro. Así dice la relación impresa en Méjico por Hipólito Ribrera, en 1653. Riva califica de escandalosa la carrera de Catalina, cuya valentía reconoce, y añade otras pendencias que ella no refiere. No se la admira tanto hoy porque, digo, si es asombroso el fingimiento y notable el valor, dado su sexo, su vida, para la cual fué ineficaz la clausura infantil, no fué nada edificante, por lo pendenciera y hurtadora de dinero a sus parientes y a algún amo, y ese mismo fingimiento constituía una incesante mentira y declaraba una dureza de corazón que ni a sus padres y hermano Miguel se abría. El buen obispo, que, según ella, le veneraba, se dejó subyugar por lo maravilloso del caso, aunque conoció de la vida de Catalina las frecuentes pendencias a veces mortales y los mil episodios de que está llena su aventurera vida.

LA BALADA DEL AMOR ETERNO...

Sé que vas a dejarme,
está escrito en mi sino;
jamás podrá pagarme
cariño por cariño,
tú eres mi roca dura,
yo soy tu manso río...

Mis manos fueron hechas
para sembrar tu trigo;
para velar tus sueños
mis ojos peregrinos;
para calmar tu fiebre
mis besos encendidos
y para ser tu mofa
mi embeleso infinito...

Sé que nada has de darme,
y yo nada te pido,
gozo siempre sufriendo
tus amargos desvíos,
soy la flor mal-nacida
que está al pie del abismo,
y sufrir tus desdenes
y tus raros caprichos
es la ley inmutable
de mi negro destino.

Llévame donde quieras,
arrástrame contigo, -
te seguiré piadosa
por todos los caminos...

Y cuando me abandones,
después que hayas caído
en el desprecio...
y ansíes un cariño;
cuando te sientas triste,
sin oro, y sin abrigo;
cuando nadie te quiera
por pobre y abatido,
no olvides que te aguarda
la paz de mi bohío
y que yo siempre espero
al lado del camino.

MIGUEL ANGEL JIMÉNEZ

EL ASEO

El desaseo es una indecencia, revela en las costumbres una absoluta ausencia de respeto hacia sí mismo y en el espíritu un hábito de vergonzosa torpeza.

En los más lejanos e ignorados rincones del Valle Negro, encontraréis perdida entre los zarzales, miserables chozas de barro secado al sol y sostenido con algunas tablas carcomidas. Diez veces sobre doce hallaréis la casita bien barrida, la vajilla brillante sobre el aparador, el lecho bien arreglado, la chimenea limpia, ni un solo grano de polvo sobre las vigas ahumadas; una miseria profunda, que apena a veces, pero siempre respetable y jamás repulsiva.

Sí, el aseo es la dignidad del pobre; es por el aseo que demuestra ser superior a su destino, y más digno a veces, de vivir en los palacios, que aquellos que los poseen. La indigencia que se abandona desganada e indolente no merece más que piedad; aquella que lucha contra su miseria, que lava sus andrajos, que asea y purifica su pobre casa, merece el respeto y la amistad. Pero la suciedad innecesaria y voluntaria, sólo inspira desagrado; pues no es más que una ignominiosa depravación.

George SAND

Maestro mecánico de "golf"

Un aparato para la práctica del "golf" que impide al que se ejercita completar un "stroke" si no es correcto, ha sido ideado por dos jugadores de Davenport, Iowa. Consiste en un bastón de "golf" de cabeza especial, sujeto a un riel, en el que se desliza en cualquiera de los tres golpes principales del juego cuando la posición y el movimiento del jugador son correctos. En caso contrario, la cabeza del bastón queda sujeta automáticamente hasta que la falta haya sido corregida.

Ese riel de guía ha sido construído tomando por modelos las trayectorias de los "strokes" de los mejores jugadores de "golf", registradas por el cinematógrafo.

Las aplicaciones médicas de la electricidad han dejado de ser una curiosidad científica

Deslumbrados por las hipótesis de los sabios de hoy, respecto de la energía intra-atómica y sus maravillosas manifestaciones, aprovechamos la oportunidad que se nos presentó de visitar el establecimiento de electroterapia establecido por el doctor Enrique Feinmann, en Buenos Aires, y donde el maravilloso fluido descubierto por Galvani tiene aplicaciones en el hipocrático arte de aliviar el humano dolor.

El distinguido higienista, que acaba de regresar de Europa, nos recibió con exquisita gentileza, y nos habló con fervido entusiasmo, de lo que ha podido estudiar en el viejo mundo, no solamente respecto a ciencias médico-quirúrgicas, sino también a legislación social y particularmente del trabajo, para lo cual llevaba misión oficial de los gobiernos de la Nación y de la provincia de Buenos Aires.

Poseíamos noción aproximada del empleo de la diatermia en la curación de determinadas enfermedades. En los avisos profesionales de muchos facultativos se alude a la electricidad médica. Sin embargo, estábamos lejos de imaginarnos la existencia de una vasta clínica dotada de multitud de aparatos eléctricos para especialidades diversas, desde enfermedades de la piel hasta desarreglos nerviosos y desde la cicatrización de heridas hasta la obesidad, la diabetes, la insuficiencia sexual.

Nos proponíamos en esta "interview" interrogar al Dr. Feinmann sobre los trabajos de Ramón y Zoeller sobre la anatoxina; la experimentación de la vacunación antitífica por la vía bucal, de acuerdo con los procedimientos de Beresdka y Lumiére; los ensayos de Calmette con la vacuna B. C. G. preventiva de la tuberculosis, en los recién nacidos. De todo lo cual nuestro interlocutor ocupóse en interesantes referencias, pero siempre para retornar a los desarrollos de la clínica electroterápica.

El doctor Feinmann no se encierra en un sistema hermético, de horizontes limitados. No. Espíritu libre, ávido de la verdad científica, sigue afanosamente los distintos caminos que a aquella pueden conducir. En el tratamiento de enfermos no se aferra a éstos u otros recursos; echa mano de los que conceptúa más eficaces según las condiciones personalísimas de cada paciente. ¿No dice el viejo aforismo de los discípulos de Galeno que no hay enfermedades sino enfermos? Así varían, en igual grado, los procedimientos. Para el médico de conciencia cada enfermo constituye un caso particular, verdadero objeto de estudio. La receta clásica es para él un anacronismo. Oigamos su palabra.

—Yo lo he expresado anteriormente: "en el complicado mecanismo de nuestra existencia, el consumo y las irradiaciones de energías son intensos e incesantes. Los antiguos hallaron en la transfusión de la sangre el remedio heroico de las hemorragias. La moderna medicina descubre, con más hondo criterio fisiológico, en la transfusión eléctrica, el medio de reparar las frecuentes pérdidas que padecemos de energía vital y orgánica. Análogo proceso explica ambos agotamientos; entre un anémico y un hipostémico, entre un enfermo del cuerpo y un decaído del alma, entre un pobre de la carne y un pobre del espíritu, no hay diferencia substancial y absoluta. Son simplemente líneas distintas de una misma unidad patológica; la investigación clínica establece el diagnóstico; los recursos terapéuticos, el tratamiento.

Nuevos principios biológicos marcan rumbos al arte de curar. Pasteur, con la seroterapia, abrió una era, reafirmada por Jenner, con la vacuna. La electricidad, como nos dice el Dr. Feimann, quizá resuelva en el porvenir los problemas de la longevidad, de la vida sana y feliz. ¿Qué es la electricidad? Poco se sabe. Le conocemos manifestaciones, no su esencia íntima, la "cosa en sí", de Kant. Conformémonos. El hombre domina la fuerza animadora de la Naturaleza, teniéndola prácticamente a su disposición. Lo demás, ¿qué importa?



DOCTOR ENRIQUE FEINMANN

Recorremos las dependencias de la clínica electroterápica. Frente a los aparatos experimentamos una impresión de confianza, harto distinta de la que provoca en el periodista la sala de rádium en el Instituto Experimental del Cáncer, que dirige el eminente doctor Roffo. La "mise en scene" nos pareció terrorífica. Sentimos un penoso estremecimiento, esa emoción de repercusiones viscerales que hiela la sangre en las venas y hace correr por la piel frío sudor. En estos departamentos del doctor Feinmann el espíritu, lejos de sobresaltarse, tranquilízase. Para llegar hasta ellos se atraviesa una galería inundada de luz solar, llena de flores y pájaros. La decoración es adecuada, el ambiente calmo, risueño, grato. Las máquinas eléctricas desprenden una sugestión protectora que gana el ánimo. Renace la fe en la vida, que hicieron vacilar el dolor y la desesperanza. La palabra oportuna del facultativo, gran psicólogo, amén de filántropo avezado a la tarea de levantar almas, hace lo restante, preparando al enfermo para la lucha en que la ciencia empeña su batalla contra el mal.

—La electroterapia—nos dice el doctor Feinmann — es una potencia nueva de la práctica terapéutica; como su compañera la helioterapia, encierra virtudes singulares; de ataque y de defensa, de reparación y de estímulo, que se manifiestan en sus principales propiedades médicas e higiénicas.

En seguida abunda en cifras eruditas. Desfilan los nombres de Roentgen, Finsen, Becquerel, D'Arsonval, Bergonie. Le escuchamos absortos.

—Principalmente, — continúa— en el campo de la fisiopatología nerviosa, la participación de la energía eléctrica es de impresionantes resultados; donde las otras tres armas (¿?) se agotan y resuelven darse por vencidas, la intervención de la física médica, es aún eficaz y decisiva. Sobre todo, en cierta parte de la zona arterial, nerviosa y muscular de nuestro organismo; desde la endarteritis obliterante y la grangrena de las extremidades, de origen vascular, rebeldes a los demás sistemas de tratamiento, hasta las parálisis periféricas de los pares raquídeos y craneanos y las neuralgias dolorosas, que no ceden al mejor hipnótico. Las siete grandes corrientes, al alcance de la electricidad médica, abarcan casi todo el frente de la clínica terapéutica. La corriente continua o voltáica, de acción trófica, sedativa y reguladora, sobre los sistemas muscular, nervioso y circulatorio, respectivamente; la corriente farádica, de intensa acción vasoconstrictora, preciosa para la reabsorción local de los edemas, y por extensión, mediante el baño hidro-eléctrico, a toda la economía, para activar los intercambios nutritivos; la corriente galvano-farádica, es una asociación circunstancial de las dos anteriores, la sinusoidal es una interesante variante de esta última, obtenida por D'Arsonval, como asimismo la ondulatoria, de efectos analgésicos, descongestionantes y excitantes de la contractilidad muscular, realmente notables. La sexta y séptima unidad electro terápica, es la franklinización y el darsonvalismo, es decir, la conocida electricidad estática, caracterizada por la elevadísima tensión (decenas de miles de volts) y una mínima cantidad, y la dinámica o de alta frecuencia, consistente en una corriente de oscilaciones alternativas, sin cesar cambiantes, de un sentido a otro, con una rapidez pasmosa de un mil, un millón y más, de veces, por segundo. El baño y la ducha estática, obran evidentemente sobre todo el organismo, tonificando el estado general y cambiando la hiperexcitabilidad del sistema nervioso; los efluvios y el soplo, cargado de ozono, que se obtiene del penacho metálico aspirado, obra disipando los accesos de asma, y aplicado a los tegumentos constituye el mejor tratamiento para diversas dermatosis agudas y crónicas, así como, para obtener la cicatrización de heridas de difícil evolución, y, finalmente, la chispa tiene análogas y útiles indicaciones. En cuanto a la alta frecuencia, ocupa el cuadro mayor de la clínica electroterápica; caen bajo sus tiros casi todos los blancos de la patología arterial, neuromuscular y de la nutrición; desde luego, la diabetes, el reumatismo, la obesidad, la litiasis, las diversas neuralgias y trastornos del artritismo; además, las principales enfermedades de la piel, como ser, el acné vulgar, el herpes zoster, el eczema, lupus, psoriasis, úlceras varicosas, etc., las múltiples dolencias del aparato digestivo, particularmente, la constipación, la colitis y las crisis gástricas. Como el sol, la electricidad es una sembradora de energías; lo mismo, en el átomo de radium, quinta esencia de la concentración electrodinámica, que en el hierro, cobre u oro.

El doctor Feinmann nos invita a sentarnos junto a una instalación para aplicaciones de corriente farádica, galvánica, rítmica, y sinusoidal. Un suave cosquilleo característico en las manos y la electricidad penetra en los tejidos de nuestro organismo. Desaparece en nosotros la sensación de cansancio, nos sentimos remozados. Luego nos va explicando las funciones de los aparatos: aquí la jaula de auto-inducción de D'Arsonval; más allá, un electrodo al vacío de Geissler; en otro sitio, las instalaciones de diatermia (cuya energía eléctrica se transforma en el interior del organismo en energía calorígena) y finalmente, la lámpara de Kromayer, fuente luminosa de rayos ultra-violetas (luz fría). Entre el consultorio y las salas de electroterapia y rayos X, una biblioteca bien provista, con su correspondiente mesa de lectura, poblada de diarios y revistas, ejerce sobre el espíritu del visitante, enfermo o simple amigo del buen doctor, influencia atrayente. No falta tampoco la obra de arte, que

infunde serenidad en el espíritu, apartándola, siquiera por un momento de las minucias cotidianas y los desasosiegos que engendran la inevitable claudicación física y el enigma de nuestra vida.

Nos despedimos del doctor Feinmann. Hasta ayer admirábamos los prodigios de los magos de la electricidad: Fesla, Edison, Marconi. Desde hoy en adelante han de interesarnos más las aplicaciones del misterioso fluído en la lucha contra el dolor y la muerte. Vemos encima de una mesa "Vivre", del célebre Dr. Sergio Voronoff. Nuestro interlocutor demuestra preocupación por las consecuencias que deparan al organismo humano las condiciones de la existencia actual. Cuando le hicimos una última pregunta sobre las teorías de Voronoff, el doctor Feinmann se encoje de hombros significativamente. No niega importancia a los injertos de glándula intersticial, pero, como espíritu positivista que es, contempla las realidades sociales. "Frente al torbellino que amarga la alegría de todas las horas, opóngase la visión de la raza y la responsabilidad ante las generaciones futuras". Remata su ilustración con una frase de Sófocles en "Edipo-Rey", y lo hace con la protesta en los labios, seguida de un canto al triunfo de la juventud en la constante renovación de la vida humana...

Federico QUEVEDO HIJOSA.

TRANSFIGURACION

La calma augusta que atesora el cielo
siento que a mí desciende de la altura,
palpita el alma de emoción más pura
y mi cuerpo es ya un ala, un tenue velo.

Toda serenidad emprendo el vuelo
absorta ante el hechizo de la albura
y ya nube que asciende, en mi ventura
subo al espacio, abandonando el suelo.

Mas la dicha anhelada, se evapora,
de pronto el cielo se encapota, llora,
oculta el sol su cabellera rubia

y aquella nube que mi ser encierra,
va cayendo de nuevo hacia la tierra
en los hilos plateados de la lluvia.

Alcira BONAZZOLA

Historia de las ejecuciones

El tormento y el cadalso en diferentes épocas y paises

Leyendo la historia se horroriza uno al ver el refinamiento con que el hombre castigaba las faltas y crímenes de sus semejantes, la variedad de tormentos, las terribles pruebas a que se les sometía.

La pena de muerte era lo de menos. En algunos países a los envenenadores se les castigaba a ser arrojados a una caldera con agua hirviendo, pero antes de llegar este momento eran horribles las torturas a que sometían a los infelices condenados.

En tiempos de Enrique VIII de Inglaterra fueron condenados a muerte, por traidores, dos individuos, tío y sobrino. Después de ahorcado el primero, un carnicero le abrió en canal, arrancándole todas las vísceras, y tal fué el horror que causó a su sobrino, que se confesó culpable, el cual cayó en poder del matarife y vivo le arrancó las entrañas, que después fueron quemadas.

Descuartizados los cadáveres, colocando las cabezas, piernas y brazos en diferentes partes de Londres, para escarmiento de los traidores.

Otros castigos eran el pótro, la rueda, la prueba del agua, la del fuego, los borceguíes y uno de los castigos más temidos eran las jaulas, en las que el prisionero no podía ponerse de pie ni permanecer echado.

La hoguera fué un suplicio que tuvo su origen en los tiempos más remotos. A veces se quemaban por grupos, metidos en jaulas, que ponían sobre la pira. El tormento era horrible, y a veces, para prolongar el martirio, se quemaba leña húmeda.

El gran Miguel Servet sufrió esta horrible muerte, condenado por su rival, el envidioso Calvino.

En el siglo X, la brutalidad empleada en estos casos no tenía límites. El robo se castigaba, si era una mujer la criminal, arrojándola por un precipicio, después de haberla martirizado inicuamente, y también el mismo delito se castigaba con la hoguera.

Cuando un esclavo hurtaba algo a su amo, ochenta compañeros de cautiverio formaban corro a su alrededor y le mataban a pedradas. Los que no daban en el blanco sufrían pena de azotes.

La hoguera, sobre todo para castigar a mujeres se empleó durante varios siglos y para sufrir este castigo bastaba con que se la acusase de bruja o de hichicera.

El deseo de ver sufrir ha sido interesante a muchos humanos. Calígula tenía un soldado que era un artista para decapitar, y cuando el Emperador romano se aburría hacía que el soldado decapitase en su presencia, para divertirse, unos cuantos infelices.

La decapitación era un método favorito de griegos y romanos para dar la muerte, y hasta se llegó a considerar como una muerte honorable perder la cabeza de un hachazo o de un sablazo.

Cicerón fué uno de los que perdió la vida en el tajo, y la misma suerte tuvieron ya en la Edad Moderna los Comuneros de Castilla Padilla, Bravo y Maldonado. La reina de Escocia, María Estuardo, Ana Bolena, esposa de Enrique VIII, en Inglaterra, sufrieron la misma pena, y más tarde Carlos I fué decapitado por orden del Cromwell.

Durante el reinado del monstruo ya citado, Enrique VIII, fueron ajusticiadas 72.000 personas, y su hija Isabel, tan cruel como su padre, siguió sus mismos pasos. No ha habido en ninguna nación época tan terrible como la de esos dos funestos monarcas. El asesinato de su encantadora prima, la Estuardo, echó un siniestro borrón en su historia, que nada ni nadie podrá borrar.

La guillotina es el instrumento o aparato que se emplea en Francia para la pena capital.

Fué introducida en aquel país por Guillotín en tiempo de la revolución y se cree que es de origen persa. Una máquina parecida, llamada "La Doncella" se conserva en un museo de Escocia. Según se dice, con ella fué decapitado en 1581 el Regente Mortón. La última persona que perdió la vida con aquel aparato fué el conde de Argyll, el cual al apoyar su cabeza en el tajo, dijo que nunca había besado a doncella tan dulce.

En España, Italia y Alemania también fué conocida la decapitación.

La guillotina se aceptó en Francia por la necesidad de cortar tantas cabezas, porque, según Samson, el verdugo, resultaba muy caro cortarlas con una espada y porque este instrumento olía a nobleza.

Se probó al principio con cadáveres del hospital de Bicetre. Se la conoció con el nombre de "La Petite Louisón" pero después tomó el de su introductor el doctor Guillotín.

La cuestión de si la muerte era instantánea se suscitó cuando al ser decapitada Carlota Corday, el verdugo colgó la cabeza y la abofeteó. Dicen que entonces la cara de la decapitada se cubrió de rubor.

El doctor Guillotín murió en la misma máquina que él había patrocinado y hecho adoptar.

En los Estados Unidos se han probado en estos últimos años los gases venenosos para quitar la vida a los criminales, pero no han dado resultado y lo general en casi todos los estados de la Unión es la silla eléctrica, que también ha tenido sus defectos, pues en muchos casos los reos han sufrido horribles quemaduras; se han achicharrado materialmente antes de morir electrocutados.

En Inglaterra se usa la horca. Es la pena capital para todos los reos de muerte, pero los nobles tienen el triste privilegio de ser ahorcados con una cuerda de seda en lugar de una de cáñamo, que es con la que se ahorca a los reos vulgares.

En Rusia también se practicaba la misma costumbre: la horca, pero ahora las descargas de fusilería han sustituído a la lenta y pesada ejecución de la horca. Ahora en cinco minutos los balazos de los soviets mandan al otro mundo a centenares de individuos.

En la China, en Siám y otros países emplean diferentes maneras de quitar de en medio a los que estorban y en algunos sitios se han empleado a los elefantes para machacar de un manotazo el cráneo del condenado a muerte.

Del garrote usado en España, hemos de decir que la generalidad de las personas creen que es una muerte producida por la asfixia, pues suponen que el collar al apretar el cuello produce la extrangulación, pero no hay tal. El collar aprieta el cuello para sujetar la cabeza junto al tornillo para que éste produzca la dislocación de las vértebras cervicales por medio de una cuchilla o cuña. Es decir que el agarrotado muere como si dijésemos desnucado y no ahogado.

ANECDOTA

Don Ramón del Valle Inclán no puede vivir sin discutir, sin provocar la incidencia de palabras o de hechos. Una tarde en que el autor de las "Sonatas" se hallaba dispuesto a iniciar la "tremolina" verbal, sus compañeros de tertulia decidieron burlarse de él concediéndole la razón en todo cuanto dijese. Don Ramón, que no tardó en adivinar la treta, supo desarmarlos y salir con la suya. Comenzó a hacer afirmaciones rotundas sobre determinado tema. Todo cuanto decía era aceptado de inmediato. Cuando hubo desarrollado su tema, el de las "barbas de chivo" interrogó: "¿Estáis de acuerdo con mis afirmaciones?" "Completamente", respondieron los otros. Y agregó don Ramón: "Pues bien; todo lo que he dicho y afirmado es incierto y contrario a mi verdadera idea. Sólo vosotros podíais aceptar semejantes disparates"

EL MISTERIO DEL AUTOMOVIL CELESTE

Una caza y una sorpresa

En un solitario cruce del camino de Oldmarket, como a unas cincuenta millas de Londres, el policía caminero, dependiente de una de las más grandes asociaciones inglesas de automovilismo, se hallaba cumpliendo su delicada misión.

Como a las doce del día oyó que en la casilla especial sonaba el timbre del teléfono. Fué a atender al llamado y recibió un mensaje urgente del puesto de policía inmediato comunicándole que debía vigilar especialmente el paso de un automóvil de gran tamaño, pintado de azul claro y que tenía el número Z-9843.

El auto había sido robado del garage privado de lord Urskine aquella mañana y hasta entonces no se había encontrado rastro alguno de él.

Después de anotar cuidadosamente el número indicado y la descripción del coche, Jack Barker, cerró la casilla y volvió a su puesto de observación en el centro del cruce de los caminos.

Pocos minutos después llegaron en una motocicleta con sidecar dos personas, que se acercaron a él.

—¡Buenos días! — dijo uno de los recién llegados.

—¿Van a dar un paseo? — preguntó Jack.

—En efecto. Vamos a pasar la tarde en esa posesión y pescaremos algo, para lo cual tenemos permiso especial del propietario. ¿Le molestaría tener cuidado de la moto hasta que regresemos?

—De ninguna manera — respondió el agente. — Colóquela apoyada en la casilla del teléfono. Ahí estará segura.

Como en aquel momento se produjese un aumento de circulación que hiciese necesaria su intervención el agente permaneció cerca de media hora entretenido y los otros desaparecieron. Fué entonces cuando vió que por la carretera se acercaba a buena marcha un gran automóvil de color celeste.

Jack pensó instantáneamente en el mensaje de la policía, y miró hacia el número del automóvil que se acercaba.

¡Era el automóvil robado!

Jack no podía detenerlo, pero, a fin de ganar tiempo, le hizo señas para que parase. La persona que lo manejaba no vió, o no quiso obedecer, pero el resultado fué que aceleró la marcha. Jack recibió una gran sorpresa al notar que no iba en el vehículo más que una persona conduciendo... y que era una mujer.

Vió su rostro, un lindo rostro, extremadamente pálido y reflejando el terror. Instantáneamente pensó en la motocicleta que le había sido confiada.

—Lo que es, no me va a burlar tan fácilmente — exclamó. Y cuando dos minutos después el auto había pasado de largo y se alejaba por el camino, el policía iniciaba su persecución.

El coche fugitivo marchaba a toda velocidad, pero el hecho de que su andar no resultase muy uniforme y fuese de un lado a otro del camino, le demostró que la joven que lo conducía no era muy ducha en el manejo de esa clase de vehículos.

El auto grande dobló en uno de los caminos transversales y la moto pasó de largo algunas decenas de metros. Cuando Jack volvió y se detuvo junto al coche perseguido, la joven había desaparecido y no se notaba rastro alguno de ella.

—¡Como ha sabido burlarme!— exclamó. — Veamos si noto algún rastro que... ¿Eh?...

Una exclamación cortó la frase. La causa de ello era que al mirar hacia el interior notó el cuerpo de un hombre cubierto a medias por una alfombra. Estaba amordazado y sus manos lo mismo que sus pies estaban ligados.

Sacó la mordaza que tenía medio asfixiado al prisionero. Lo desató y el desconocido se incorporó. Estaba dominado por la ira. Se puso de pie, miró en torno suyo, y antes de que el policía se diese cuenta de cuáles eran sus intenciones le envió con la derecha un fuerte golpe a la mandíbula haciéndolo caer semidesvanecido.

EL HEREDERO SECUESTRADO

Sin darse una cuenta cabal de todo lo que le había ocurrido, Jack volvió a necesitar de todas sus energías, pues oyó claramente un grito femenino pidiendo auxilio.

A unas cincuenta yardas del sitio en que se hallaba había una pequeña casa de campo y de allí era de donde se solicitaba su ayuda. Jack echó a correr en aquella dirección, relacionando la desaparición de la joven con la del individuo que estaba atado en el automóvil.

Cuando llegó empujó la puerta, que se hallaba a medio abrir, y penetró en el interior de la casa sin ceremonia alguna. En una habitación vió al hombre del automóvil que tenía en sus brazos a un niño como de cinco años de edad, que luchaba por desasirse del que lo sujetaba. En el mismo momento oyó por segunda vez el pedido de auxilio de la joven, y Jack alcanzó a distinguir ruidos que procedían de la parte alta de la casa, y que denotaban una encarnizada lucha.

El joven policía vaciló. ¿A quien debía atender primero, a la joven o al niño?

Un tercer grito, más desesperado esta vez, le hizo resolverse, y subió la escalera. En el primer piso encontró a un hombre bien vestido que trataba de llevar desde un salón a otra habitación a la muchacha del auto.

—¡Suéltela!—gritó — ¿Qué ocurre?

El hombre sorprendido soltó a la muchacha y se volvió hacia el recién llegado pero este no estaba dispuesto a dejarse sorprender otra vez y su atacante encontró la debida resistencia, y de un golpe bien dirigido lo derribó. Sin darle tiempo a que se rehiciese Jack lo cargó al hombro y lo llevó hasta la habitación donde quería meter a la jóven y cerró la puerta con llave.

Sentía deseos de terminar allí pronto para saber adonde había ido el otro hombre con el chico. Por su parte la jóven, ya más tranquila al notar la marcha de los acontecimientos, exclamó.

—¡Pronto! ¡No hay un momento que perder! El pequeño hijo de Lord Urskine, Miguel, ha sido secuestrado. Yo soy su niñera.

Cuando llegaron al hall no había señales del hombre ni del niño. Salieron al exterior a tiempo que se oía el ruido del motor de la motocicleta que se ponía en marcha.

La muchacha se retorcía las manos con desesperación.

—¡Se ha ido!—repetía. Y se ha llevado al pequeño Miguel con él. Vé, la cabeza del niño se alcanza a distinguir en el sidecar.

—¿Tiene el hombre que está encerrado arriba algo que ver en el asunto?—preguntó Jack.

—Sí. Es el que lo ha planeado todo. — respondió la niñera.— El otro hombre es un empleado de Lord Urskine. Es el segundo jardinero. Pero, por Dios no perdamos más tiempo ayúdeme a llegar al automóvil así podremos perseguir a Tanning. Así se llama el canalla.

Jack no dudó de que la muchacha podría explicar lo referente al robo del automóvil y dejó por el momento aquel aspecto del asunto. Lo que había que hacer, según decía muy bién la jóven, era perseguir al que se llevaba al niño.

RIMAS

I

Hora divina
optimista y buena,
que de auroras llena
mi vida anodina...
¡Hora mía serena!
Hora mía ungida
de todas las cosas
bellas y armoniosas
que tiene la vida...
¡Hora mía florida!
Detened el paso
en mi vida triste,
para que el fracaso
que mi tedio viste
huya a vuestro paso.
Y esa luz amada
que mi ser inunda,
mi dolor confunda,
con su lumbrarada...
¡Hora mía soñada!
Hora mía divina
de matiz de rosa,
que fulge radiosa
y dulce ilumina
mi vida tediosa.

II

Cuando muere un niño.
(Llora, corazón)
No trinan los pájaros,
se troncha una flor.
Un ensueño blando,
de amor e ilusión,
se pierden en la negra
sima del dolor.
Cuando muere un niño
(Llora corazón)
La casa se queda
sin voz.
Pedazos de entrañas
de las madres son,
las tristes plegarias
que llegan a Dios.
Cuando muere un niño
(Llora, corazón)
Se apaga una estrella,
¡se va la ilusión...!

GREGORIO ARRIETA

ANECDOTA

Jules Simon presidia un tribunal de exámenes de conjunto del bachillerato, y mientras un aspirante a bachiller iba desarrollando como podía el tema que le había tocado en suerte, Jules Simon hojeaba el programa.

De repente interrumpió al alumno.

—Dígame usted, ¿qué es una sinécdoque?

El infeliz muchacho miró al techo, miró al suelo, y a las paredes, y al auditorio... y se quedó callado como un muerto.

—¿No me ha entendido usted? — insistió el examinador

Silencio profundo.

Al fin, el pobre chico se decidió a hablar y dijo:

—No lo sé, señor presidente.

—¿No sabe usted lo que es una sinécdoque?

—No, señor, suspiró el alumno.

—Pues bien, amigo mío; ¡yo tampoco lo sé! ¡Tranquilícese y vamos a otra cosa!"

Cuando llegaron al camino principal, realizaron los trabajos necesarios para llevar hasta él al automóvil y se inició la persecución. Mientras marchaban a una velocidad de cincuenta kilómetros por hora la jóven le explicó que mientras paseaba con el niño aquella mañana, el pequeño Miguel había desaparecido, que como le preguntase a Tanning si lo había visto, ya que el estaba trabajando por aquellos sitios, este le respondió con evasivas y se alejó. Mientras continuaba buscando levantó del suelo un papel en el que un hombre llamado Purley daba instrucciones a Tanney para que le llevase al niño a un punto determinado a las once de la mañana donde estaría él con un automóvil para llevarlo al Oak Cottage, Benly.

Así supo la muchacha que el niño había sido secuestrado y cuando se disponía a dar la voz de alarma regresó Tanning y lucharon por la posesión del papel acusador. Ella recibió un golpe en la cabeza y cuando recobró el conocimiento se hallaba dentro del automóvil azul, que conducía el jardinero a toda velocidad.

Así continuaron sin detenerse hasta que Tanning tuvo que parar en el cruce de un camino para dejar pasar una cantidad de ganado. Obedeciendo a un repentino impulso, Nancy envolvió la cabeza del jardinero con una manta que había en el interior del auto y lo tuvo sujeto hasta que por falta de aire se desvaneció, entonces lo aseguró y siguió en el mismo auto hacia Oak Cottage donde esperaba hallar al niño.

Se encontraban en la persecución, al iniciar el ascenso de una pendiente y a poca distancia de la motocicleta, que, poco a poco, había ido perdiendo la ventaja que obtuvo en los primeros momentos. Era necesario organizar el plan de ataque para evitar que el niño sufriese daño alguno. Tanning al notar que era alcanzado había tomado el centro del camino para evitar que sus perseguidores pasasen delante de él y lo detuviesen.

Jack aminoró un poco la marcha del auto y dijo a Nancy, la niñera.

—Tome el volante y trate de mantener el automóvil todo lo más cerca posible de la moto, que yo, cuando considere propicio el momento saltaré. No se ponga nerviosa. ¡Accione con toda calma!

Después de esto se deslizó hasta uno de los estribos y avanzó por el guarda barros. Con una mano iba dirigiendo a Nancy y cuando los dos vehículos estaban a menos de una yarda de distancia, Jack dió el salto. Un peligroso salto, pués el menor error hubiera podido ser fatal. Pero el joven calculó bien las distancias y fué a caer en el asiento posterior de la moto.

Inmediatamente rodeó con el brazo la cintura de Tanning para trabar sus movimientos mientras buscaba a tientas la palanca de la moto para hacerla aminorar la marcha y detenerla luego.

La combinación le resultó, pués un momento más tarde la máquina cedía en velocidad y al fin se detenía.

Tanning hizo un salvaje esfuerzo para soltarse y los dos hombres cayeron al camino, luchando desesperadamente. Pero Tanning encontró el hombre que le era necesario, y cinco minutos después se hallaba asegurado.

Poco queda ya que decir. El jardinero y su cómplice, que había quedado encerrado en Oak Cottage, fueron entregados a la policía y Lord Urskine volvió a tener a su lado a su hijo, y cuando oyó la explicación amplia de todo lo ocurrido felicitó a Nancy, la niñera, y al jóven policía.

Seis meses más tarde los dos jóvenes se unían en matrimonio y los felices novios iniciaron una gira de bodas en un expléndido automóvil regalo de Lord Urskine, su padrino.

Historia de la comunicación

La transmision de las ideas de antaño y hogaño

Algo se ha deteriorado en el submarino. Todos los esfuerzos de su tripulación, todas las maniobras, son inútiles. El enorme delfín de acero declina su cabeza hacia abajo y se hunde hasta tocar en el fondo del mar. Sólo su cola, su popa, queda sobre la superficie de las aguas.

Veintiocho hombres luchan en su interior por salvar sus vidas. Sueltan una boya flotante con un timbre eléctrico, que no cesa de sonar durante las largas horas del día y las abrumadoras de la siguiente noche. Un buque que navega por el Atlántico oye la llamada y llega al lugar del desastre.

Los golpes que se oye indican que hay vida en el interior del submarino. Unos marineros se acercan en un bote a la parte del casco que emerge y abren un agujero en la chapa de acero, por donde envían al interior del submarino una corriente de aire comprimido que lleva la vida a la enrarecida atmósfera que respiran los náufragos.

Hora tras hora, la urgente señal S.O.S. cruza el éter en todas direcciones; la señal es recibida; telégrafos y teléfonos funcionan. Rápidos "destroyers" fuerzan las máquinas, llegan a la boya, en la que se conecta un hilo telefónico, y pocas horas después veintiocho marinos, débiles y maltrechos, salen por un boquete abierto en el casco, a la luz, al aire puro, a la vida.

Este accidente, ocurrido recientemente al submarino S-5 de la Marina yanki, es un ejemplo de lo útil que es la comunicación de ideas entre los hombres por los procedimientos modernos.

Hoy, las ondas de radio, sonido, luz y electricidad llevan mensajes inteligibles a través de mares y continentes, uniendo unos países con otros entre sí.

En la actualidad se habla entre Europa y América; se oye en Madrid lo que hablan y cantan en Nueva York, y en menos de un segundo, en medio nuestra voz se transporta a 5.000 kilómetros para que la oiga uno de los nuestros.

Hoy podemos enviar a gran distancia nuestra fotografía a través del aire para que se reproduzca con toda exactitud en el punto de destino. Dibujos y escritos se pueden transmitir a través del Atlántico por la radio y a través de los continentes por teléfono y telégrafo.

Todas estas maravillas no son sino botones de muestra de lo que nos reserva el porvenir.

Hace muy poco tiempo se transmitía en Inglaterra la imagen moviente de un ser humano a 16 kilómetros de distancia, cuya reproducción probó que la televisión estaba resuelta.

La "luz invisible", los rayos ultravioleta que nuestros ojos no pueden percibir se emplearon recientemente como ondas transmisoras para llevar imágenes cinematográficas en un experimento hecho por el Dr. Donald C. Stockberger, del Instituto de Tecnología de Massachusetts.

Proyectadas en una pantalla especial las figuras aparecían con una claridad de un color verde pálido, y con estos mismos rayos invisibles se ha transmitido y recibido música, con un aparato ordinario de radio.

El citado doctor dice que estos rayos puedes utilizarse para faros de automóviles, cuya luz en lámparas "no encendidas" no deslumbra, sino que ilumina el camino con una suave fosforescencia. Parece increíble que tal dominio sobre los misterios de las vibraciones, que ha traído una nueva era en las comunicaciones, se haya llevado a cabo en tan pocos años, especialmente si consideramos que durante miles de años los hombres han tratado de mejorar los métodos de transmitir sus ideas a distancia.

La Naturaleza empezó por dotar al hombre de un instrumento en su garganta que produjese sonido y otros dos aparatos en la cabeza como receptores. El hombre primitivo haría vibrar las cuerdas de su laringe para producir un sonido natural, y luego, con los labios, la lengua, la nariz, empezó a modular los sonidos, formando palabras según las vibraciones que emitía. Estos sonidos eran transmitidos por ondas, ya a través del aire, ya por los líquidos, para que fuesen a herir o impresionar el oído de otros seres y por medio de los nervios conducirlos al cerebro y recibir ideas equivalentes.

Pero el hombre, en su lucha por la existencia, pronto necesitó mejorar esta transmisión de palabras y pensamientos, y recurrió al tambor, a los golpes de tam tam para comunicarse a distancia, sobre todo para las llamadas y alertas en tiempos de lucha.

Hace muchísimos siglos que el hombre había recurrido a las ondas luminosas para esos fines, empleando hogueras en un principio, telégrafos ópticos y heliógrafos después. Los romanos emplearon mucho las colinas para esta clase de comunnicaciones, y muchas de las que aún quedan restos eran hechas artificialmente para este fin comunicativo.

Con la difusión de conocimientos que trajo la invención de la imprenta, se notó la necesidad de un modo rápido de comunicarse las ideas. En este último siglo la comunicación ha alcanzado un progreso maravilloso.

Puede decirse que fué ayer cuando aún se empleaban las postas y las galeras aceleradas, y sólo han transcurrido noventa años desde que Morse creó el telégrafo y sólo sesenta y nueva la vida de un hombre desde el día en que Ciro W. Field unió los dos continentes con el primer cable submarino.

Poco después apareció Bell con un teléfono, y los hombres concibieron la idea de que las ondas eléctricas con las sonoras podían transmitirse a través del aire.

Entraba en sus postrimerías el siglo XIX cuando Marconi, encontrándose en nu barco a cerca de cien kilómetros de la costa, envió a través del aire, sin cable alguno el primer mensaje inalámbrico.

Dos años después la telegrafía sin hilos funcionaba entre los dos continentes.

Y ahora, henos aquí con la última maravilla, con el teléfono inalámbrico transatlántico, por medio del cual podemos sostener una conversación entre Europa y América, a una distancia de una séptima parte de la circunferencia de la tierra, sin más límites que el precio de la conferencia, pues cuesta ¡veinticinco dólares por minuto!

Se pueden mantener a un tiempo cinco conversaciones, separadas con un circuito, gracias a corrientes de alta frecuencia.

En clase de trigonometría

El profesor. — Señor Solano: ¿por qué factor hay que multiplicar esa igualdad?

Solano (titubeando). — Por... por... por...

El profesor. — ¿Por qué factor?, señor Cazaña.

Cazaña. — Por seno de beta.

Solano. — Me lo has quitado de la boca.

Cazaña. — ¿El qué? ¿El seno? Hombre creía que ya habías pasado la época de lactancia.

El halcón de Abass-ben-Haúz

(CUENTO MARROQUI)

Por Carlos V. Dumont

Terminaba el almuédano de cantar el "sbah-alger" o sea de darnos los buenos días "en ópera" cuando nuestro gran amigo Abass-ben-Haúz, nos anunció que las mulas estaban listas. La víspera habíamos planeado una excursión cinegética a dos leguas de la ciudad de Tetuán, donde según Ben-Haúz los conejos y las codornices podían matarse, leyéndoles algunas obras de nuestro teatro nacional, sin necesidad de gastar un solo tiro.



Calle del Mokadden, en Tetuán

Montamos en las respectivas mulas, mi compañero Pepe Lúgaro, director de "El Heraldo", de Tánger, Abass-ben-Haúz y yo, subiendo por la empinada calle del Mokadden (personaje) que como se vé por la fotografía, no tiene absolutamente ningún parecido con nuestra calle Florida.

Mis intuitivos e inteligentes lectores (no hay de qué) se darán cuenta fácilmente que si ésta es la calle del personaje, la calle del "mendigo" tiene que ser muchísimo peor. Felizmente es de lo poco típico que le va quedando a Tetuán.

El buen Abass-ben-Haúz, de quien éramos huéspedes, además de ser un fiel amigo y algo picado de viruelas, tenía una extraordinaria pasión por la caza con halcón. Entre los muchos que poseía se destacaba "Mohendisín" (el geómetra) llamábalo así por las figuras que describía en su vuelo antes de caer sobre la presa.

"Mohendisin" iba posado sobre el hombro de su dueño, envuelta la cabeza con un capuchoncillo rojo.



Abass-ben-Haúz, apenas iniciamos la marcha, nos repitió, por centésima vez, las hazañas de aquel halcón. El célebre pájaro jamás volvía sin traer algo en el poco, así es que tanto Lugaro como yo ansiábamos ver actuar al famoso Mohendisin.

Atravesamos el "Souk-el-Had" (feria del Domingo) por entre cacharros de barro cocido, pilones de azúcar, esteras y babuchas. Sobre anafes de hierro algunos moros asaban la "kéfta" (carne picada).

Ya en las murallas de la ciudad, entramos en otro zoco, el del pan, donde hicimos un alto para comernos un par de "koeb-el-ghezal" (pezuñas de gacela). Con este nombre "poético" llaman los moros a unas tortas riquísimas, rociadas con miel.

Salimos al campo, apurando el paso de las cabalgaduras, y dejando la carretera que va hacia Ceuta, nos dirijimos en dirección de Alkazar, bordeando algunas huertas, para luego entrar en pleno llano donde apenas veíanse, de trecho en trecho, contrariamente a lo que ven todos los viajeros que van

Cuando se va montado y se llega a donde se quería llegar, lo primero que se hace es echar pie a tierra que es lo que hicimos nosotros. Nos internamos en aquella lóbrega espesura con la valentía de un Roosevelt y empezamos a llamar con nombres cariñosos a codornices y conejos, pero no aparecían "ni a tiros".

Ibamos ya a decirle a nuestro amigo Ben-Haúz una de esas cositas que hacen ruborizar al mismo Alah cuando el moro nos gritó ¡Acá! ¡Vengan acá! De inmediato desató el capuchón a su halcón.

El pajarraco, alzó la cabeza, luego la movió de un lado a otro, se rascó el pescuezo con una pata y metiendo el pico debajo del ala, se dispuso a dormir con la tranquilidad de un fakir. La indignación de Abass, llegaba hasta los límites del Sahara. ¡Kahuad! (léase Ahijuna) exclamó el moro zamarreando al pobre "Mohendisin" ¡Míralo! ¡Vamos! ¡Se te escapa!

"Mohendisin" reaccionó. Volvió a mirar el espacio, divisó la presa que nosotros no veíamos y planeando suavemente comenzó a elevarse..



Una vendedora de pan en el zoco de Tetuán

a Marruecos es decir "pitas" y "chumberas". ¡No señores! había adelfas, lentiscos, higueras enanas y unos lagartos padres, que tomaban el sol a falta de otra cosa.

Después de mucho "ir sentados" porque las que andaban eran las mulas, divisamos un monte más espeso que la cabellera de González Pacheco y que era etapa final de nuestra excursión "de ida".

Debo advertir que durante el camino ni Lugaro ni yo habíamos visto un miserable pajarillo, detalle que nos traía algo mohinos.

Llegamos por fin al monte, de una lujuriante vegetación y si fuera a enumerar las clases de plantas que en él crecían con los nombrecitos que nos dictó Abass-ben-Haúz, había para hacer gárgaras de agua azucarada durante una semana.

Nos dolía ya la nuca de tener el cuello echado hacia atrás, siguiendo los vuelos del halcón, cuando lo perdimos de vista.

¡Oh! dijo Ben-Haúz. ¡Lo traerá... lo traerá... lo conozco a mi "Moehdisin"!... y hasta creímos notar, entre las barbazas del moro, una "lágrima furtiva".

Toda la santa mañana nos la pasamos pegando carreritas, con la mano de visera y mirando hacia arriba.

¡Allí vá! ¡vean! decía yo.

¡No... no es! — respondía Abass...

¿Es aquél?—interrogaba Lúgago...

¡Si... es... es...! — palmoteaba yo.

¡No!... ¡no es... no es! repetía Abass...

Y así hasta que nos rindió el cansancio y el hambre.

Acabábamos de dar fin a las vituallas que traíamos en las alforjas, cuando escuchamos sorprendidos un aleteo sobre nuestras cabezas.

¡"Mohendisin"! — gritó jubiloso Ben-Haúz.

Era él en efecto. Posado sobre la copa de una palmera jigante, sostenía algo en el pico que no po-



Zoco del Had

díamos distinguir por el fuerte reflejo del sol.

Ben-Haúz, silbó de un modo particular y el halcón dejóse caer a plomo, soltando sobre el turbante de su amo y señor, una rata mahometana de dos kilos neto.

¿Pero es que las ratas vuelan aquí? — preguntó Lúgaro asustado.

¡Kelb! (perro) exclamó Abass broncíneo de ira, dirigiéndose al pájaro y depositándolo en el suelo.

¡Dejastes escapar la presa! ¡Cobarde! ¡Y para justificarte te has arrastrado por el suelo, trayéndome esta inmundicia! ¡Tú no sirves para halcón, nacistes para gato! ¡Toma! y diciendo esto, le dió tal puñetazo que convirtió al pobre "Mohendisin" en una tortilla con plumas.

Después de esta tragedia grandguignolesca volvimos a Tetuán. Habíamos gastado en salvas doscientos noventa y ocho cartuchos; Abass-ben-Haúz cazó un mochuelo, Lúgaro una tórtola y yo traía una ramita de olivo.



LA LUZ MALA

Por Juan Bautto

Para FRAY MOCHO

Serían las doce y media de la noche cuando Robustiano Peña hizo entrada en el aposento donde dormían sus compañeros. Lo único que rompía el silencio de cuando en cuando era el ronquito de algunos de los durmientes. Uno de estos, medio dormido, fué sorprendido por Peña en el preciso momento en que se apropiaba de la manta de un compañero, tirándola despacito para que el otro no notara la sustracción.

—¡Eh, ladrón! — le gritó Peña. Tenés frío, ¿eh?

El sorprendido, pegó un salto en el lecho y abandonando la manta, contestó restregándose los ojos:

—¡Ah! Sos vos. Sentía frío, che.

—Pero considerá qu'el tamién lo siente.

—El está dormido, che; y vos sabés qu'el que se duerme... ¿Y vos entoavía andás dispierto?

—Cayate, hermano. En verdá no se como estoy vivo; por poquito quedo durmiendo pa siempre del susto que me he yevao.

—¡No digás! ¿Qué te pasó?

—Vengo e'l poblao. ¡Ay hermanito! Tranquilito venía, che, al galope e'l lobuno, cuando, po ayá cerquita e'l rancho e' Agapito, po el camino que va l'estancia "El Atejo", vide... vide ¡la luz mala! Dentre el matorral, cerquita nomá e'ande apuñalearon al turco mercachifle l'año pasao, ¿t'acordás? Güeno ahi jué. Redepente che, sin darme cuenta, surgió la luz. Primero la vide chiquita ansina como la luz e'un candil pero a medida que avanzaba se me iba haciendo grandota y caminaba así como suspendida en el aire.

—¿Vendrías chispiao? De otra forma...

—¡Qué, hermano! Fresquito como una lechuga. Cuando más habré tomao ocho ó diez guindaos orientales désos legítemos que tráin e' Montevideo.

—Habrá si'o alguna alucenación, che. No puedo creir que sea l'alma e'l pobre David que ande haciendo diabluras.

—Eso no te lo puedo asigurar, pero si te garanto que yo la vide como a cien metros y pa que veás, ahi tengo al lobuno tuito empapao e' sudor e' la carrera que le dí. Lo que mas siento es que me puedo enfermar e'l corazón. ¡Había que sentirlo al loco! Daba más brincos q' un chivito. ¡Cha! Si hasta temí que juera a romper el cuero y saltar p'ajuera. Y la cara, hermano; me ardía. Con decirte que se me pasó tuito el frío como por arte e' magia alcanza ¿no?

—Me da que pensar lo que te ha pasao; pero de tuitas maneras creo que no sea dengun alma..., como a lo mejor sea, ¿no?, !quien te dice!..., tantas veces... En fin, vamos a dormir qu'han e' ser como l' una e' la madrugada. Mañana se resolverá algo con los muchachos pa ver si se pude darle una galopiada a esa luz pa que se vaya a otro pago.

—¿Y si nos la dá a nojotros como me la dió a mí?...

—No lo creo, che. Por más que sea gauchita, vamo a ser lo menos vainte nojotros si es que nos ponemos e' acuerdo. Y después que no vamos a dir así nomas...

—Tengo entendido que no se puede con eya. Dicen qu'el solo nombre acobarda al más pintao.

—Una luz por mas mala que sea no puede asustar a unos cuantos siempre que no reculen cuando se encuentren frente a frente. ¿Y yeva algún arma l'ánima encarnada en esa luz? Porque asigún he oído referir es l'anima e' algún dijunto que quiere vengarse.

—De yevar algún arma no sé si yeva, pero dicen que se han dao casos de hayar a endevidos con las patas estiradas en el lugar ande si había visto a la luz y qu'era al mesmo tiempo el lugar ande se había últimao a'lguno.

—Mañana se verá quien ha e'ganar. ¡Que descansés!

—Mal via, hacerlo, pero trataré e'dormirme.

Por la mañana, apenas levantados, se iban enterando los peones de la ingrata nueva y del plan que tenían preparado para poner en práctica esa misma noche, el compañero de Peña y éste, conjuntamente con los que quisieran "dar una manito".

Se discutió acerca del asunto lo bastante para que pasaran varias horas entre consultas, preguntas acerca de las características que presentaba "el bicho", etc. Unos sostenían, (los menos) "qu' esas eran cosas e chicos", pues, decían "parece mentira quihaiga hombres que creigan en "cucadas". Los restantes estaban del lado de Peña, afirmando que existían esas cosas y otras más "peliagudasas". Los últimos prepararon sus cuchillos y algunos hasta descolgaron de la pared, viejos trabucos "del tiempo e' Moraira" decían los incrédulos, que servirían después de colocarles los "confites e'la fiesta e' la muerte e' la luz mala" según dijo uno de los presentes, para ahuyentar ó "matar a la luz o lo que juera".

Llegó la noche, y entre bromas y conjeturas se pasaban los minutos a la espera de la hora, las doce de la noche. De varias botellas de bebidas se servían los "expedicionarios" "padir tomando coraje".

—¡Las doce menos vainte, muchachos! — gritó uno, consultando un reloj.

Se levantaron de sus asientos los de "la partida" y se encaminaron en busca de sus caballos que preparados aguardaban tascando los frenos y pateando con impaciencia.

Montaron todos en sus respectivos animales y emprendieron la marcha.

Pocas eran las palabras que se dirigían y la vez que lo hacían era para decir que faltaba poco para llegar, "una legüita apenas". Al fin, como a mil metros distinguieron una lucecita que oscilaba como pendida en el aire, a la distancia.

—¡Ahí está! — apuntó alguno. Corramos a lo que dean los pingos — dijo otro y se lanzaron a la carrera con las manos en los cuchillos ó en "los tronadores" (los trabucos), los que los poseían. Poco tardaron en estar cerca del rancho de don Agapito, pero la luz que entonces se había hecho grande y visible había desaparecido como por encanto.

—Esto es un mesterio, — dijo un paisano que tenía más ganas de irse que de quedarse.

—Si parece obra del mesmo mandinga.

—¿Y ahura que hacemos? — preguntó otro.

—Propongo que yamemos a don Agapito pa saber si él ha visto algo.

Y aceptada que fué la proposición, golpearon.

—¡Don Agapito! — llamaron.

—¿Qué pasa? — preguntó una voz y al instante apareció don Agapito.

—Semos el la estancia "El chorlito" — dijeron. Veníamos a preguntarle acerca de una cosa — declaró el capataz Andrade al tiempo que se apeaba e iba al encuentro de don Agapito que abría la tranquera.

—Se trata e... Y el capataz Andrade sin poder terminar de hablar se fijó en un objeto que relucía por momentos en las manos del dueño del rancho. — ¿Un farol? — preguntó. ¿Y ricién lo tenía encendido?

—Sí — contestó don Agapito — como hay una e' normidá é' hormigas ¿sabe?, había resuelto exterminarlas con un veleno y lo había traído pa alumbrarme. Y ante los atónitos visitantes terminó:— Tengo sembradas unas verduritas; ¿saben? Y es una picardía que eyas se las coman, ¿no les parece?

LOS HUEVOS DE LAS AGUILAS

Es por muchos conocida la graciosa ocurrencia que tuvo un presidente de los Estados Unidos de Norteamérica al obsequiarle su retrato a don Porfirio Díaz, entonces Presidente de México.

Exornando al nórdico presidente aparecían en el retrato, por un lado las enormes bocas de los cañones, por otro sus acorazados, por otros sus montañas sudando petróleo y saludadas por el retumbo de sus potentes maquinarias; completaban la alegoría algunos sacos de oro dispersos por aquí y por allá. Fina fué la galantería del señor presidente al obsequiarle a don Porfirio el retrato y al mismo tiempo decir, de un modo muy cortés, *con lo que contaba la gran República.*

Don Porfirio, un tanto picado por la ocurrencia del colega vecino, quiso también corresponderle haciendo uso del mismo procedimiento, aunque no con idéntico lujo porque era menos rico.

Mandó comprar una enorme cantidad de huevos y la dispuso en forma de círculo, colocándose él en el centro. Hecho esto llamó a un fotógrafo para que le retratara en aquella rara pose.*Concluído el trabajo, resultó don Porfirio exornado de huevos, retrato que envió al presidente de los EE. UU. Se dice que en un arranque de buen humor manifestó en la dedicatoria que México no era tan rico como los Estados Unidos y que lo único que tenía eran huevos.*

El obsequiado comprendió la ironía de don Porfirio, y es desde entonces que los Estados Unidos de Norteamérica guardan esa especie de respeto a México. El Tío Sam, que es muy zorro, no necesitó que le hicieran dos veces el mismo regalo para saber que los huevos que ponen las águilas aztecas son grandes y son muchos.

Carlos Alberto PINEDA

Cuento judío

Lévy, que se ha convertido al catolicismo, es sorprendido un día de Cuaresma por el sacerdote del lugar, en el momento que, sentado a la mesa, se dispone a comerse un pato asado.

—Está bien, Lévy. ¿Es así como sigues los mandatos de Nuestra Santa Madre Iglesia? ¿Te parece bonito comer patos en Cuaresma?

—Perdone usted, señor cura; pero esto no es pato: es merluza.

—¡Merluza! ¿Pero es que te crees que estoy loco?

—Señor cura, ¿por qué os extrañáis? El día feliz en que abjuré mi maldita religión, vos me dijisteis: "Lévy: desde este mismo instante dejas de ser judío y eres cristiano". Pues bien; yo al ver al pato le he dicho: "Pato: desde este mismo instante dejás de ser pato y eres merluza".

Conocimientos útiles :: *Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar*

Tinta simpática para postales.— Se disuelve en agua una sal de plomo, preferentemente acetato de plomo, y con esta solución, absolutamente incolora, se escribe como si fuese con tinta ordinaria.

Para que se manifiesten los caracteres, se expone la postal a las emanaciones del sulfhidrato de amoníaco, que es fácil adquirir de cualquier comerciante en productos químicos. Las letras aparecen escritas en negro, debido a la formación del sulfuro de plomo de este color.

Para pegar objetos de caucho endurecido se conoce un cemento que da bastante buen resultado.

Se funde gutapercha y asfalto, y se aplica la mezcla en caliente, conservando sólidamente en contacto las superficies que se desee unir, hasta su completo enfriamiento.

Los sabañones se curan rápidamente, aunque estén reventados, aplicándoles un trocito de papel de estraza bien humedecido y espolvoreado con harina y envolviendo luego la mano en una venda ancha de lana.

Para colorear en negro mate el hierro y el acero por oxidación, puede emplearse el siguiente líquido:

Cloruro de bismuto ...	10 gramos
Bicloruro de mercurio	50 „
Percloruro de hierro	20 „
Cloruro de cobre	10 „
Acido clorhídrico ...	60 „
Alcohol	50 „
Agua destilada	500 „

Añádase tintura de fuchina u otra análoga para disimular el color.

Para emplear este líquido, se empieza por pulimentar bien el objeto y quitarle todo rastro de grasa. Se cubre en seguida con una capa uniforme del líquido, sea metiéndolo en éste o sea con ayuda del pincel; se deja secar, y se tiene en seguida en agua hirviendo durante media hora. La operación se repite hasta obtener el tono de color deseado. Conseguido esto, se pasa el objeto por un baño de aceite, o mejor todavía, se le expone por unos momentos delante del fuego después de darle una mano de aceite.

La porcelana se puede pegar en casa con mucha facilidad. Se hace una pasta con cal viva pulverizada, la clara de un huevo y suero y vinagre a partes iguales, todo lo cual se mezcla, se bate y se pone a lumbre no muy fuerte.

Los bordes de la rotura de la porcelana se calientan también antes de aplicar el cemento, del cual bastará con dar una capa muy tenue para hacer la pegadura.

La juntura hay que tenerla sujeta hasta que el cemento se seque.

Para exterminar las ratas y los ratones tómense partes iguales de azúcar blanca y cal viva, pulverícense ambos ingredientes y luego mézclense bien.

Póngase un poco de esta mezcla extendida sobre papeles, platos o cazolitas, cerca de los agujeros y los sitios que suelen frecuentar los roedores, y se notará que la mezcla en cuestión les agrada mucho, pero les hace caer en una postración extrema a la que sigue la muerte.

La cal al combinarse con los humores y ácidos del estómago, produce un calor que les abrasa los intestinos.

Papel incombustible. — Déjese impregnar el papel, a 50o. en la composición siguiente: ocho partes de sulfato de amoníaco, tres de ácido bórico, dos de bórax y ciento de agua.

Para obscurecer el calzado de color se pone en la horma y se lava con jabón y un poco de sosa. Procúrese no mojar demasiado el cuero, déjese secar al aire y aplíquese luego una crema obscura de buena marca. Téngase mucho cuidado, antes de aplicar la crema, de que el cuero esté bien seco.

Para escribir sobre hojalata, se disuelve una parte de cobre metálico en 10 de ácido nítrico y luego se añaden otras 10 de agua. Se escribe con una pluma ordinaria algo dura. Si la hojalata está engrasada, la tinta no se adhiere, en cuyo caso basta frotar la superficie, donde se vaya a escribir, con un trapo espolvoreado con blanco de España.

Se puede dorar, por procedimiento químico y electrolítico. Para el cobre, se emplea la siguiente fórmula, por fricción.

Se mezclan íntimamente, las siguientes materias, reducidas a polvo finísimo:

Cloruro de oro seco ..	20 gramos
Blanco de España ...	100 „
Cianuro de potasa ..	60 „
Crémor tártaro	5 „
Agua	100 „

Con esta pasta se frotan los objetos, por medio de una franela después de bien limpios los objetos, con potasa, alcohol, etc., a fin de que se adhiera la fina capa de dorado al objeto. Esta mezcla es venenosa, a causa del cianuro.

Los objetos de hierro y acero hay que cobrearlos antes de dorarlos.

Para dorar en frío sin el cianuro, se emplea el siguiente líquido:

Cloruro de oro	7 gramos
Ferrocianuro de potasa	30 „
Patasa cáustica	30 „
Cloruro de sodio	30 „
Agua	1.000 „

La plata se puede dorar por el siguiente procedimiento: Se disuelve el oro en agua regia (3 partes de ácido clorhídrico y una parte de ácido nítrico), y luego se echan en la solución pedacitos de trapo hasta que todo el líquido quede absorbido. Se dejan secar, se queman, se recogen las cenizas. Después de bien limpio el objeto, se empapa un trapito de hilo en un poco de solución saturada de sal común, y con este trapo húmedo se toman de las cenizas anteriores, un poquito, se frota y se bruñe después.

Para quitar las manchas de pintura de los pavimentos. — Se toman 450 gramos de perlasa (potasa) y el triple de cal viva. Disúelvase ésta en agua y se añade la potasa cuidando de que la preparación tenga la consistencia de la pintura ordinaria.

La preparación se aplica sobre la mancha, y transcurridas doce horas, no hay más que rasparla, porque así se quita con gran facilidad.

AGUAFUERTES DEL ZOOLÓGICO

LAS GAVIOTAS DE ANTAÑO

De los encajes marmóreos, de los oros viejos de la Catedral, bajan, mansísimas, a la plaza San Marco y rodean confiadas a la romántica "miss" que distribuye granos y migas de pan, las palomas que desde generaciones y generaciones vienen sabiendo que su vida es respetada allí por el hombre.

De las toscas figuras de los monstruosos iconos indostánicos de nuestra casa de elefantes, de los torreones almenados de nuestra fortaleza de los osos, bajan a los jardines, repitiendo a medias el clásico volido de sus primas venecianas, los millares de palomas que pueblan el Jardín Zoológico, pero, en vano la "miss" romántica o la deliciosa chinita de los ojos de gacela y del cutis moreno como la Sulamita, arrojarán, gentiles y a manos llenas, migas y granos a nuestras palomas; al más pequeño ademán, con vigoroso aleteo, vuelven a sus altos miradores, porque en tantos años no ha podido entre ellas formarse la tradición del respeto a su vida, y porque de vez en cuando la aleve honda de resortes de goma, que maneja el muchacho travieso, las golpea en pleno pecho y quedan allí moribundas, contando a sus compañeras el crimen inconsciente del que quedaron heridas.

Y así como en el Jardín Zoológico no pueden las palomas llegar a ese gentil y poético intercambio amistoso con la raza humana, así también en la campaña argentina se va desvaneciendo poco a poco un cuadro saturado de poesía y que parecía arrancado de la bíblica leyenda de Ruth y Noemí las moabitas. Iba el viejo arado, de la misma forma que el de Evandro, abriendo dificultosamente el surco en la virgen tierra de la pampa, al lento paso de bueyes pacientes, y el labriego que firme mantenía la mansera, marchaba fatigado y contento entre un nimbo cándido de bullangueras gaviotas que, tras del surco, por millares, se alimentaban de larvas nocivas, disminuyendo plagas, asegurando cosechas y cantando en el silencio enorme de la pampa, el estrídulo grito de su voracidad tan benéfica.

Cuando el sol declinaba, cuando la pampa se estremecía al céfiro fresco de la virazón crepuscular, el lento buey, el antiguo arado, el fatigado labriego, tomaban el camino del descanso; y las gaviotas, en nimbo cerrado volaban a la charca lejana, calladas ya y devolviendo el exceso de su voraz y benéfico botín del día.

Ahora la pampa está muy parcelada; ahora el buey queda en el establo para el frigorífico, ahora el labriego es un ajustador que aprieta tornillos, que mueve rodajes de arados mecánicos; ya la pampa no es virgen, ya hay muchos cazadores que gastan pólvora en chimangos y en gaviotas, y éstas ya no alegran el cuadro de belleza bíblica y las larvas se multiplican y las cosechas corren mayores peligros que antes.

Clemente ONELLI.

Notas cinematográficas

"EL GAUCHO", MARAVILLA DE REALIZACION DE UN IDEAL SUDAMERICANO. — "El Gaucho", no es una pintura del paisano criollo. Su espíritu es más vasto. Sintetiza con rasgos de penetrante humanidad al nativo de todos los países de la América latina.

"El Gaucho", es un relato vivo, apasionante y romancesco. Su realización por Douglas Fairbanks ha sido considerada como maravillosa en todas partes.

Ningún breve resumen de la obra, puede hacerle justicia, a la acción construída con tanta habilidad. Basta decir, que la imaginación es capturada al principio del prólogo, y sostenida hasta el fin de la leyenda. El buen humor de Fairbanks y de sus hazañas intrigantes, son el condimento, para el movimiento vital de la obra, cuyo gusto combina algo de la leyenda española, y su romanticismo.

Las aventuras de Doug, son de la clase que divierten a viejos y jóvenes. Sus proezas, saltos y su notable destreza con las boleadoras, sirve para acentuar, más bien que detraer de sus escenas de desempeño soberbio. En Sherwood Forest, él es el galante aventurero, siempre con una sorpresa para su auditorio.

La fotografía por Tony G. Gaudio es admirable, y las escenas dibujadas por Carl Oscar Borg, el director artístico de Fairbanks, constituye un fondo de un encanto raro. F. Richard Jones dirigió esta notable producción.

"El Gaucho", ha comenzado a exhibirse en los cines, Petit Splendid, Palace Theatre y París.

DOS ESTRELLAS Y CUATRO VILLANOS INCLUYE EL ELENCO DE "EL GAUCHO". — Douglas Fairbanks en "El Gaucho", nueva producción de Artistas Unidos, que se estrenó días pasados en los cines, Palace Theatre, Petit Splendid y París, incluye en su reparto, dos estrellas principales en lugar de una, y cuatro villanos.

Eve Southen aparece como la hermosa, y mística "muchacha del milagro", en contraste de Lupe Vélez, como "la montañesa", salvaje e impetuosa, y decidida a capturar al gaucho mismo. Miss Vélez una mejicana, recién llegada a la pantalla, pero su fama la ha precedido. Anteriormente en roles de vampiresa, Miss Southern, demuestra ser tan fascinadora en su carácter de santa, como en los anteriores, que eran muy poco santificados.

Siniestro y cruel, aparece Gustav von Seffertiz, como el usurpador Sud Americano. El actor austriaco, ha ganado fama, después de una notable carrera teatral. Su despiadado teniente, está representado por Michael Vavitch, que estaba anteriormente asociado con Balieff, en "Chauve Souris". Un montenegrino de nacimiento, Vavitch peleó en el ejército ruso. Fué un cantor de ópera muy conocido.

Charles Stevens, el indio apache, que ha aparecido en todas las películas de Fairbanks, desde que Doug entró a los films, es el teniente traicionero de el Gaucho. Fred de Silva, portugués de nacimiento, tiene el rol de un oficial ebrio de caballería, encargado de arrestar al Gaucho.

Como el generoso padre Nigel de Brulier, es visto otra vez en ropas de clérigo. De todos los artistas de Hollywood, él ha representado el mayor número de veces, importantes partes de eclesiástico, entre las cuales es especialmente recordada la del Cardenal Richelieu, en "Los tres mosqueteros". Carlotta Monti, que "bailó hacia la fama", desde un colegio de Los Angeles, es una bailarina de café. Al Mac Quarrie, uno de los actores más viejos de Fairbanks es un mendigo atacado de la plaga, merodeando por los alrededores del santuario, exigiendo dinero de los peregrinos. Extensas fuerzas de soldados, y gauchos, y un inmenso tropel de ganado, ayudan a formar un fondo lleno de color, para una de las más pintorescas y románticas de todas las producciones de Fairbanks.

ARGUMENTO DE "EL GAUCHO"

En un país imaginario, un hecho milagroso, ha favorecido el surgimiento de un pueblo, que preside "El padre", y una bella niña algo mística conocida como la "muchacha del milagro". El pueblo es por ello, la Meca de muchos peregrinos que van en busca de la salud. Desde la distante capital, Ruiz, el usurpador, habiendo oído hablar de aquel pueblo de los milagros, envía a su teniente para confiscar la fortuna que allí hay, por las dádivas generosas de los curados. Pero he aquí, que el Gaucho, hombre valiente y temerario se presenta en escena. El ha oído hablar también, de las riquezas que atesora ese pueblo, y va en procura de justicia. En las montañas se encuentra con una hermosa mujer, que se une a ellos. Para entrar al pueblo, el Gaucho se disfraza y se arregla de manera de asumir el mando de todo. Al conocer a "El padre" y "la muchacha del milagro", queda muy impresionado.

Pero la montañesa es celosa y ataca a la joven. Al intervenir el Gaucho recibe una puñalada. La plaga negra — la lepra, hace presa en el, y su herida se infecta. Logra huir a caballo hacia un punto solitario, en donde es hallado por la "muchacha del milagro", quien lo persuade a acompañarla al lugar piadoso, para que se cure. Mientras tanto, un renegado disperso a los hombres adictos al Gaucho, por medio de un mensaje falso, por el cual se decía que el capitán los había abandonado. La montañesa traiciona al Gaucho, y lo pone en manos de Ruiz, que viene a capturarlo en persona. Cuando ella comprende lo que ha hecho y quiere evitarlo, es demasiado tarde. Determinada ya ayudarlo, va en busca de sus adictos, para que ataquen el pueblo. Desde su prisión, el Gaucho ve a la "muchacha del milagro" y "al padre", que son llevados prisioneros. Logra escapar de su celda y reúnese con los que venían a rescatarlo. Van a ejecutar a sus amigos, y el quiere impedirlo a toda costa. Sabiendo que la policía es numerosa, el Gaucho se ingenia y realiza un asalto estratégico, triunfando en toda la línea, y salvándolos. Ruiz y el teniente, son depuestos, mientras el Gaucho ocupa su lugar en el pueblo. Deja encargado de todo a sus hombres, y él se marcha a través de la noche, con la muchacha que eligió su corazón.

'LA FALSA HEREDERA'—La bailarina Maida Vincent (Margarite de la Motte), hace las delicias de los habitúes en el Club D'Or, mientras a la lejana aldea de Markham, donde un joven, David Ross (Donald Keith), ha montado una radio en la trastienda de Ez Water (Alfredo Fisher), remendero del pueblo, llegan los acordes de la música del cabaret neoyorquino y la locura del champaña.

Terminada la fiesta, Maida se ha retirado a descansar en la habitación que, conjuntamente con su amiga y colega, Josefita Dame (Betty Hilburn), posee en una pensión de artistas. El sueño de ambas jóvenes es frecuentemente interrumpido por extraños ruidos provenientes de la habitación contigua. Con el consiguiente disgusto, abandonan el lecho para ir a exponer sus quejas. Cual no sería su extrañeza al encontrar a una niña, Mary Vogan, postrada, presa de grave enfermedad, sola y falta de recursos! Con la ayuda de Maida la enferma consigue ser internada en un hospital, hecho lo cual, su bienhechora escribe a Henry Ableton, abuelo de la paciente, a quien ella aún no conoce, comunicándole el domicilio de su nieta y su estado de salud; razón que invoca para solicitarle dinero.

Varios días después se presenta a Maida, Alam Thomas, albacea testamentario, y le comunica que Ableton ha fallecido de un síncope cardíaco, dos días antes de ser recibida su carta. Thomas, enterado a su vez de que Mary también ha dejado de existir, instiga a la joven para que se preste a extraños manejos, a los cuales accede ella encantada. Ocho días más tarde, llega a la aldea de Markham donde Henry Ableton residía en compañía de su hermano Mark y del sobrino de ambos Alam Ross. Allí se entera de que una disposición testamentaria exige que Mary permanezca dos años en la aldea antes de recibir la herencia.

La residencia de los Ableton, muy confortable, resulta un verdadero presidio para Maida que añora las bulliciosas reuniones y las revistas del Club d'Or. No pudiendo resignarse a vivir entre un anciano y un joven a quien considera un tonto, regresa a Nueva York, más, aquel ambiente no posee ya el encanto de otrora.

Maida comprende que se ha enamorado del aldeano, pero, entre ella y el objeto de su amor, levántase ahora su impostura. No obstante, regresa a Markham. La luz hácese en forma inesperada, y, mientras Mark, cuya administración de la herencia dista mucho de ser la más indicada, muere a semejanza de Henry, Maida y David hacen proyectos para un cercano y dulce porvenir.

Film dramático del sello Excellet Pictures, que la Argentine American Film Corporation ha comenzado a exhibir en los cines Callao, Petit Splendid, Grand Palais y Alvear.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U.T. 0428, B. Orden.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el Exterior	
Trimestre	. $ 2.50	Trimestre	. $ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	. „ 5.00	Semestre	. „ 6.00	Semestre	„ oro 4.00
Año	. „ 9.00	Año	. „ 11.00	Año . . .	„ oro 8.00
N.o suelto	. „ 0.20	N.o suelto	. „ 0.25		
N.o atrasado	„ 0.40	N.o atrasado	„ 0.50		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

LA PRESION DE ABAJO ARRIBA EN LOS LIQUIDOS

Un disco de cartón en contacto por su cara inferior con un líquido cuya superficie se halla á un nivel más elevado, exeperimenta una presión de abajo arriba igual al peso de una columna líquida que tuviese por base dicha superficie y por altura la del líquido exterior encima de ella.

En un tarro grande de vidrio lleno de agua hasta tres cuartas partes de su contenido, introduciremos tres tubos de lámpara de distintas formas y el disco de cartón, y veremos demostrado lo dicho.

Introducido en el agua el primer tu-



bo formado por dos cilindros de diámetros diferentes, con el disco de cartón aplicado en su parte baja, veremos que el líquido no entra en el tubo. Para separar el disco de cartón será necesario verter agua en el tubo y aquél no se separará hasta que el nivel del líquido interior sea igual al del líquido exterior.

Un segundo tubo, perfectamente cilíndrico, y otro tercer tubo cuya parte inferior sea más ancha nos permitirán igual demostración.

En el tubo cilíndrico, la cantidad de agua necesaria para separar el disco de cartón será mayor que en el primero. Y finalmente, en el tercer tubo el agua tendrá que verterse en mayor cantidad que en los dos anteriores.

Para que la demostración con los tres tubos de forma diferente dé el resultado á que hemos hecho referencia, es necesario que el diámetro del círculo que se pone en contacto con el disco de carton sea el mismo en todos ellos.

N.o 1 — COMPRIMIDO

, R K

N.o 2 — CHARADA

Puntuación mi *prima dos*,
nombre augusto *dos tercera;*
mi todo lector amigo,
más que un ave vocinglera.

N.o 3 — JEROGLIFICO

Mi "prima" dice lo mismo con dos letras que con una,
en "primera" y "dos" trabajan los que no tienen fortuna;
"prima" y "tercera" un deporte por el que hay gran fición,
regálame si te place un "todo" que falta me hace
lector amigo, si quieres que te dé la solución.

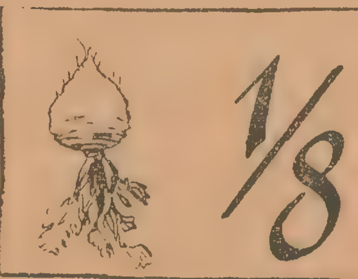
N.o 4 — CHARADA

FU COLORADO NEGRO PARAGUAY O

N.o 5 — JEROGLIFICO



N.o 6 — NOMBRE HISTORICO



N.o 7 — COMPRIMIDO



N.o 8 — JEROGLIFICO



N.o 9 — CHARADA

Primera es nota, *tercera* es letra
segunda y cuarta preciosa flor;
la *cuarta* corre sin detenerse,
y en un buen todo que tengo yo,
se ve la cara de una muchacha
que tiene el nombre de Encarnación.

PENSAMIENTOS

La adulación es la más vergonzosa bajeza. — A. AGUAYO

*

¿Quién hay tan firme que no pueda ser seducido?.— SHAKESPEARE.

*

En el tiempo no hay instante de firmeza y el llanto y la tristeza son sombras de pasatiempo. — LOPE DE VEGA.

*

No conviene que los hombres, en los días festivos, anden ociosos por los retretes. — MAQUIAVELO.

*

Quien es buen cónyugue en casa, también es buen ciudadano. — SOFOCLES.

*

¡Dichoso quien sabe conocer la esencia de las cosas y huella con sus pies las flaquezas humanas, la fatalidad inexorable y los terrores de la muerte! — VIRGILIO.

*

—Trabajar es la felicidad de la vida, poco importa lo que se haga, con tal que se trabaje: el trabajo es tabla de salvación en los momentos críticos de la existencia. — INGENIEROS.

*

—La más verdadera de las alegrías es la del deber cumplido. — V. HUGO.

N.o 10 — JEROGLIFICO



N.o 11 — CHARADAS RAPIDAS

I

Prime, consonante
segunda y tercera, color;
todo en las puertas.

II

Primera, pronombre;
segunda, pronombre;
todo, juego de cartas.

N.o 12 — TARJETA

Ida E. Rolon

BRASIL

Con las letras de esta tarjeta, formar el nombre y apellido de orador argentino, ya fallecido.

N.o 13 — FRASE CRIOLLA



Soluciones del número anterior

Nro. 59—Besos.
„ 60—Entre nuevo y viejo cabe consejo.
„ 61—Instante.
„ 62—Dios sobre todas las cosas.
„ 63—Meteoro.
„ 64—Estómago.
„ 65—Sobre el pucho.
„ 66—Atalaya.
„ 67—Afortunado.
„ 68—Entre dos que bien se quieren con uno que coma basta.
„ 69—Sobre gustos no hay nada escrito.
„ 70—Majadero.
„ 71—Taco.
„ 72—Gato con guantes no caza ratones.

PAPEL Y TINTA

"La sombra imperialista", por Salomon Wapnir.

Fresco aún el juicio con que la prensa del país consagrara cual un libro de méritos indiscutibles, "Crítica Positiva" del escritor Salomón Wapnir, ya nos ofrece su autor un nuevo fruto de su inquietud espiritual.

"La Sombra Imperialista", opúsculo que la Editorial Tor acaba de poner en circulación, es un serio y meditado estudio acerca de la labor desarrollada por Víctor Raúl Haya de la Torre, frente al palpitante problema del imperialismo.

Haya de la Torre ha ocupado, desde los comienzos del movimiento antiimperialista, el puesto más prominente en la organización latino-americana de este cuerpo revolucionario. Ha sido, en todo momento, el líder conspicuo de las cruzadas que realizara esta corporación. Débese a su tenacidad, a su fe, y a su entusiasmo que los propósitos enunciados en la constitución de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, hayan trascendido a todos los pueblos de sudamérica, propagándose sus orientaciones y abriéndose camino sus finalidades.

Escrito en forma clara y expositiva, las páginas de Wapnir contribuyen a divulgar los propósitos y finalidades del movimiento que agita a las fuerzas nuevas de los pueblos de América.

Precede a "La sombra imperialista" una interesante carta-prólogo del Dr. Alfredo L. Palacios y lo escolta un documento apéndice del periodista peruano deportado, Manuel A. Seoane.

X.

"Universal caricatura" por C. H. Windmere.

El autor, que dedica este libro " a los exaltados del morbo Sensual-Deportista Contemporáneo", dice que su argumento le fué inspirado por una crónica policial en la que se decía que:

"...la señora V. requirió la "presencia del agente de fac- "ción, pues un individuo, que "era el novio de una hija suya, "llamado N., le exigía cincuenta "pesos para dejar volver a casa "a la muchacha. En tales cir- "cunstancias apareció ésta, ma- "nifestando haber logrado huir "de la habitación donde la ha- "bía llevado y encerrado con "engaños el mencionado sujeto, "quien la había vejado ignomi- "niosamente, como asimismo "otros dos amigotes del tal fu- "lano".

Sinceramente, no puede una persona bien nacida dejar de sentir un latigazo de disgusto, un profundo sentimiento de náusea al contacto mental con seres de tan bajísima extracción.

Y es que esta especie tiende a multiplicarse, a menos de que el Todopoderoso —porque visiblemente no es en la tierra donde se ocupen de ello — intervenga, es un hecho de que da bien cuenta "la prosperidad" increíble de los libelos corosivos.

No se alegará ciertamente que para mejora de la sociedad o de la especie se pueda tolerar la innoble cátedra que, so pretexto de modernista afectismo, o cínico verismo, asumieron sujetos con alma de negreros, negociantes de pústulas y llagas.

Por su parte, la justicia, en su eterna ceguera, castiga con la furia de las leyes sólo al ejecutor, que las más de las veces es el brazo inconsciente de malsanas sugestiones y de atormentados instintos.

Sin duda, el universo estadá condenado a convertirse en una vergonzosa "Caricatura" que este libro critica y comenta.

X.

"Maestros y Educadores", por Víctor Mercante. — Edición Manuel Gleizer.

El reputado educador, profesor Víctor Mercante, acaba de dar a conocer el tomo segundo, bajo el epígrafe de "Maestros y Educadores", en el que agrupa interesantes y valiosos trabajos que merecen leerse con atención y recogimiento; pues en ellos se estudian, con conocimiento y detenidamente, las revelantes figuras de Manuel Belgrano, J. M. Fernández Agüero, Marcos Sastre, Pedro Scalabrini, Joaquín V. González y Juan Vucetich.

Cada uno de ellos, el señor Mercante nos lo muestra en sus distintas fases en que descollaron como hombres, patriotas, cónsules, historiadores, educadores, etc., haciendo desfilar ante nuestros ojos, curiosos e ilustrativos pormenores, que antes de ahora no los conocíamos suficientemente.

También va incluso en este volúmen el homenaje tributado al profesor Mercante, por amigos y profesores de La Plata, con motivo de su traslado a Buenos Aires, después de 37 años de actuación en la enseñanza, en la capital de la provincia nombrada.

"Maestros y Educadores", de Víctor Mercante, es una obra de positiva trascendencia espiritual, escrita en forma amena, y de provechosos resultados prácticos: aprender, deleitándose.

"La gruta de las perlas", por María Angélica Méndez Caldeira. — Librería de Jesús Menéndez, 1928.

Con este libro ingénuo y fantástico, realista y espiritual a la vez —dice el prologuista, señor Juan Carlos Fernández,—la señorita María Angélica Méndez Caldeira aporta a nuestra literatura un nuevo contingente de ricos valores, porque en él, como en la gruta submarina de su hermoso cuento, hay joyas exquisitas y tesoros ocultos.

Y, en verdad, en todos los cuentos que integran este volumen, puede admirarse una rica sensibilidad de artista, al mismo tiempo que un exacto conocimiento del tema que aborda. Desde el interesante cuento "El pájaro maravilloso", y el que le sigue, "Charlas de tradición", hasta esas narraciones que se titulan "Un día en Palermo", "La gruta de las Perlas", "La niña que protegían las hadas" y "Valentín, el Payaso", entre otras, se distingue a la autora de "Gracia y Castalia", libro de poemas en prosa, publicado últimamente con éxito de crítica; espíritu poético por excelencia, y dueña, además, de una poderosa imaginación, que, a ratos, apartándose de la realidad ambiente, vaga por el país de la fantasía; y es entonces, cuando su temperamento romántico se halla más a tono con los dos cuentos últimos citados, y el penúltimo del libro que comentamos, intitulado, "La casita encantada".

"La gruta de las perlas", es un libro de cuentos instructivos, cuya segunda edición, corregida y aumentada, acaba de aparecer, trayendo entre sus páginas importantes ilustraciones.

Agregaremos también, que estos cuentos han sido escritos, especialmente, teniendo en cuenta el fin pedagógico-moral a que van destinados; es decir, para los alumnos de las escuelas primarias.

"La bandera argentina", por Antonio Galante, 1928.

"La bandera argentina", es una "Oración" de carácter patriótico, en la que se historian los episodios más culminantes de nuestra gesta histórica, en la que se exalta la vida espiritual de nuestra enseña patria.

Claro está, que quien ha compuesto este interesante y bello trabajo literario, forzosamente ha tenido que estudiar, previamente, todo el que se refiere a nuestra organización de país independiente; pues esta "Oración" a la bandera argentina, es más que nada, una exacta síntesis de nuestra historia misma, en que, simbólicamente, toca a grandes rasgos el espíritu nacional a través de su gloriosa etapa.

"La bandera argentina" ,escrita sobriamente, es más bien breve por su extensión, aunque de gran trascendencia espiritual e histórica.

Y, es por eso mismo, quizá, que esta composición tiene más mérito que el asignado por su mismo autor. Además de ser breve, es original por su forma y por su concepción; agregándose a ésto, una dicción cuidada, y un alto vuelo lírico en la inspiración que la motivan.

José Mauricio PEIXOTO

"Matar", por el doctor Carlos F. Melo.

El doctor Carlos F. Melo, cuya autoridad literaria y científica lo destacan con perfiles propios e inconfundibles, ha honrado la fecha cívica del 25 de Mayo, en una forma bella, eficaz y elocuente, contribuyendo a la cultura con un aporte valiosísimo en la publicación de unas páginas saturadas de elevado patriotismo y encendidas de un santo fervor argentino.

Trátase de un estudio sintético y luminoso de las bases, evolución y resultados del glorioso movimiento que tuvo como consecuencia nuestra libertad civil y la emancipación americana en una epopeya sublime. Este libro de sabias orientaciones y generosos anhelos ha sido escrito para la juventud, y sus páginas ardientes e inspiradas constituyen el más hermoso homenaje que un literato podía haber rendido a la patria en el día del fausto acontecimiento para la nacionalidad argentina.

Roque CEPEDA VERON

TEATROS

"PROVINCIANO HABIA DE SER" EN EL COMICO

Pues, señor, este era un muchacho alegre y sentimental que vivía en Buenos Aires su vida de estudiante pobre y que, para mayor tristeza, un día recibe la noticia de que la madre no puede seguir enviándole recursos porque a ella misma le faltan allá en el pueblecito donde pasa a solas su vejez. El jóven, que aunque un poco loco tiene buen corazón, se empeña entonces en abolir su bohemia azarosa y buscar mejores caminos para allegar recursos con destino a la anciana y adecentar él también un poco su existencia. Dicho y hecho. Con una suerte verdaderamente teatral, al poco tiempo consigue salir de pobre y, de yapa, el amor de una chica linda y cariñosa que hará la felicidad de su futuro hogar.

Este cuento, que como se ve carece de personajes enrevesados y de situaciones complicadas, nos lo ha contado con parecida simplicidad el señor José A. Saldías en su pieza "Provinciano había de ser" estrenada últimamente en el Cómico. El asunto está presentado en cuatro momentos o episodios y se desenvuelve con la facilidad y sencillez de una serpentina que se nos cae de la mano. Esta ingenuidad de la obra y de los personajes la hace amable y simpática, cualidades aumentadas por ciertos momentos de comicidad que han sido intercalados con acierto y sin llegar la nota festiva más allá de lo conveniente para el equilibrio general.

A favor de una interpretación muy atinada, gustó al respetable público "Provinciano había de ser" recibiendo su autor bastantes aplausos, de la misma índole que la pieza estrenada.

Se desempeñaron con especial acierto en su respectivo cometido, la señorita Blanca Crespo, que demostró ser capaz de asumir responsabilidades mayores de las que hasta ahora se le habían confiado en la escena; Amelia Villavicencio, que trabajó con empeño y claro criterio; Luis Arata, eficaz como siempre sin tener que apelar a recursos extremos para conquistar la adhesión y simpatía del auditorio y también muy correctos Bouhier, Varela, Rosingana, Vitola y Gangloff.

Entretanto, "Stéfano" sigue gustando mucho al público.

"EL TENIENTE PEÑALOZA", EN EL SMART

La frondosa producción de Alberto Vacarezza cuenta con un acierto más, dentro del género de sainetes que constituye su especialidad más aplaudida. Nos referimos al sainete costumbrista, en el que aparecen diseñados con maestría y hábilmente movidos en escena los tipos de la calle que todos vemos y oímos a cada momento.

Lo de menos en las obras de esta índole es el argumento, pues basta cualquier trama y no le faltan a este autor asuntos de más o menos interés que sirvan de pretexto para presentar en escena un puñado de personajes que hagan desternillarse de risa al auditorio. En "El teniente Peñaloza" la acción gira alrededor de la vida de cuartel, habiendo encontrado Vacarezza sus tipos favoritos, con sagacidad insuperable por la verdad con que nos son presentados.

Aunque el nervio central de la pieza es un conflicto dramático, se trata de una producción francamente cómica, sin otro objeto que el de hacer reír de muy buena gana a todos los públicos. Porque Vacarezza no tiene un público especial adicto, sinó que cualquiera que esté dispuesto a pasar un rato distraído resulta buen público de Vacarezza.

La compañía de Marcelo Ruggero, con su capo cómico a la cabeza, sacó mucho partido de la obra, que fué consagrada por los grandes aplausos del público como un gran éxito.

JUGUETERIA Y BAZAR

Generalmente los autores teatrales aspiran a que sus personajes tengan o aparenten vida real y no se presenten al espectador como meras figuras imaginativas cuyos actos responden a la exclusiva voluntad de su creador. Contrariamente, Martínez Cuitiño, afrontando hasta la sugestión del título, no teme a la categoría de muñecos y aún los denigra un poco calificándolos como de ocasión y así, en su última obra que será estrenada proximamente en el Nacional, exhibirá al público sus personajes bajo la denominación de "Muñecos de ocasión". Y es fácil que estos llamados muñecos tengan más vida que los que en otras obras quieren ser personas.

DEALESSI-RATTI

El simpático binomio que al frente de un homogéneo conjunto se hace aplaudir calurosamente en el Liceo, ha encontrado dos vetas muy productivas en "Ahogarse y salvar la ropa" y "La vuelta al mundo en ochenta sustos". Se encuentran cómodos con el cartel ocupado por esas producciones, que ha gustado extraordinariamente y no necesitan por ahora echar mano de ninguna novedad.

COLON Y CASAUX, GALLEGOS

Por falta de espacio no podemos incluir en esta página el comentario del estreno, en el Nuevo, de la pieza "Colón era gallego", que firma Julio F. Escobar. Lo haremos en el número próximo.

LOS PLAGIOS

Se dice que un autor nacional ha acusado de plagio escandaloso al señor que firma sus producciones con el anagrama de Oriac. Realmente es vergonzoso que para presentar las tonterías que nos dan en el Maipo, tengan ciertos autores, que solo lo son fúsil en mano, necesidad de salir a campear por esos repertorios un cuadrito cursi o una maquieta manoseada. Para eso, que no firmen o que den la cara en su verdadero papel.

"SANDINO", EN EL ATENEO

Una vez más ha quedado establecido que el teatro es un género completamente distinto de las demás manifestaciones de la literatura, al estrenar en el Ateneo la compañía de José Gómez la pieza "Sandino", original del prestigioso escritor Sr. Máximo Soto Hall, autor de numerosas obras de mérito.

Con el plausible propósito de externar sus ideas políticas de americanista demócrata y amante de la libertad de los pueblos, el Sr. Soto ha llevado a la escena la figura del general Sandino, patriota nicaragüense de destacada actuación en los sucesos ocurridos últimamente entre los Estados Unidos del Norte y la tierra de Rubén Darío. Su obra es algo así como un himno al patriotismo de Nicaragua, que conmueve no sólo a los hijos de dicho país, sino a todos los ciudadanos de América que contemplan no sin desagrado el imperialismo yanquee, que ha puesto su punto de mira en las pequeñas naciones centroamericanas, quizás para pulsar el ánimo de las más grandes. La intención, como decimos, es loable; pero el autor olvidó o no tuvo en cuenta que la escena no es precisamente el vaso más propicio para contener teorías políticas. Es así que "Sandino" se reciente de escasa teatralidad; su acción no sigue un proceso de creciente interés y, además, es reducida, pobre, defecto principal harto difícil de salvar en el teatro, sobre todo cuando a falta de acción el diálogo no la reemplaza eficientemente.

Una escena de carácter poético, el final del segundo acto, demuestra que el autor es capaz de ofrecer, encarando otros temas, valores de alta literatura.

La interpretación no logró realzar "Sandino".

LLEGO "EL ESPECTADOR"

En la Comedia, después de 50 repeticiones de "La sombra del pasado", el mayor éxito de esta temporada en teatro grande, la compañía Rivera-De Rosas-Franco estrenó la nueva producción de Vicente Martínez Cuitiño, "El espectador", que fué bien acogida.

En nuestra próxima edición comentaremos la flamante obra del autor de "La fiesta del hombre", dramaturgo respetado cuya labor anterior le señala como uno de los autores rioplatenses de más vuelo.

LA PAGANO AL IDEAL

Pocos días más y ocupará el escenario del teatro Ideal, sala que ha sido refaccionada, la compañía formada por la conocida actriz Sra. Angelina Pagano para ofrecer comedias y dramas en tres actos, alternando los espectáculos con el elenco infantil que también dirige la referida actriz.

Se propone la Pagano debutar estrenando el poema en tres jornadas de Arturo Capdevila, "El amor de Scherezada".

OTRA VEZ PERDIGUERO

Ida a provincias la compañía Sanjuán, la reemplazará en el Mayo el conjunto que dirige Arsenio Perdiguero y lo encabeza en unión de su esposa, la bella y gentilísima actriz Mercedes Díaz. Quiere decir que Perdiguero insistirá con el público porteño por segunda vez en la temporada, ya que actuó hace poco en el Avenida. Le deseamos fortuna desde el debut que será el sábado.

LA OLONA

A raíz del éxito de "El demonio fué antes ángel", novedad para Buenos Aires que nos brindó la Sra. Olona, la dirección del conjunto insistirá con obras del maestro Benavente, repasando su repertorio. Ha empezado con "Los ojos de los muertos", pieza que hace mucho no se reprisaba, obteniendo éxito. Creemos que es una excelente idea representar a tan grande autor español, posibleemnte el exponente más alto de la dramaturgia contemporánea.

BUENOS AIRES

Sin variar su cartel, sigue actuando con salas muy pobladas la compañía de Muiño, que ha lleva do a más de 50 representanciones la pieza "¡Sinvergüenza!" y a cerca de 300 "El cabo Rivero", éxito monstruoso de Vacarezza. Siempre se anuncia que las primeras novedades serán "El gran circo Rivolta", de Manuel Romero, y "El casorio de Bulfarini", de Martinelli Massa y Aguilar. Se anuncian, pero, ¿cuándo se estrenarán?—No sabemos, contesta el simpático secretario Juancito Caruso.

TRAVERSA, DRAMATURGO

El más rubio y genovés de los empresarios teatrales Julio C. Traversa, ha escrito otra obra. Como Ratti está en Europa y Traversa no puede vivir sin estrenar, se la entregó a Casaux, quien la represetará en castellano.

El cable ha trasmitido el acontecimiento a Europa y de todos los países grandes autores solicitan autorización para verterla a todos los idiomas... Traversa, como D' Annunzio, convulsiona el mundo cuando estrena...

GRAN SPLENDID

La mejor sala cinematográfica de la Capital acaba de ofrecer un importante estreno: "El velero yankee", película del programa Max Glücksmann, interpretada por los mismos artistas que ejecutaron "El barque del Volga", cuyo éxito todos recuerdan. "El velero yankee" es una cinta preciosa, que el público de la aristocracia, "habitué" de este cine, recibió con inequívocas expresiones de agrado.

Nuevas películas notables serán estrenadas en la semana, lo cual atraerá mucho público.

CAPITOL

"Una nueva y gloriosa Nación", la película Ajuria que se estrenó últimamente en el Cervantes, se da en esta sala con mucha concurrencia de familias. Es una producción patriótica, bien construída y que gusta a todo el mundo.

GLORIA

La pequeña y bonita sala de la avenida de Mayo continúa desarrollando su temporada con excelente fortuna. Bien es verdad que el cartel cuenta siempre con los títulos de las películas que más atraen al público y que la empresa renueva los carteles con buena puntería...

PARC

Este cine situado frente a la plaza Italia y administrado por la casa Max Glücksmann, brinda a sus favorecedores espectáculos de todo punto atrayentes, siendo este el motivo de que las familias de Palermo lo hayan erigido en su favorito.

Ultimas creaciones de la moda femenina





1 — Traje de crespón de China color rosa antiguo, guarnecido con crespón de China azul ultramar. — 2 — Modelo Cecile y Lafontán. — Traje de crespón Georgette negro, trabajado con pliegues finos y adornado con crespón Georgette rosa. 3 — Modelo Philippe y Gastón. — Traje para la tarde, confeccionado con crespón de China color gris con incrustaciones de crespón de China negro y rosa. La parte negra va bordada con florecitas de metal oro. — 4 — Modelo Duvil— Traje de crespón Georgette color rojo, trabajado con pliegues nervaduras y adornado con flor de crespón Georgette rojo.



Tall. Gráf. A. GARCIA & Cía. Perú 1746.